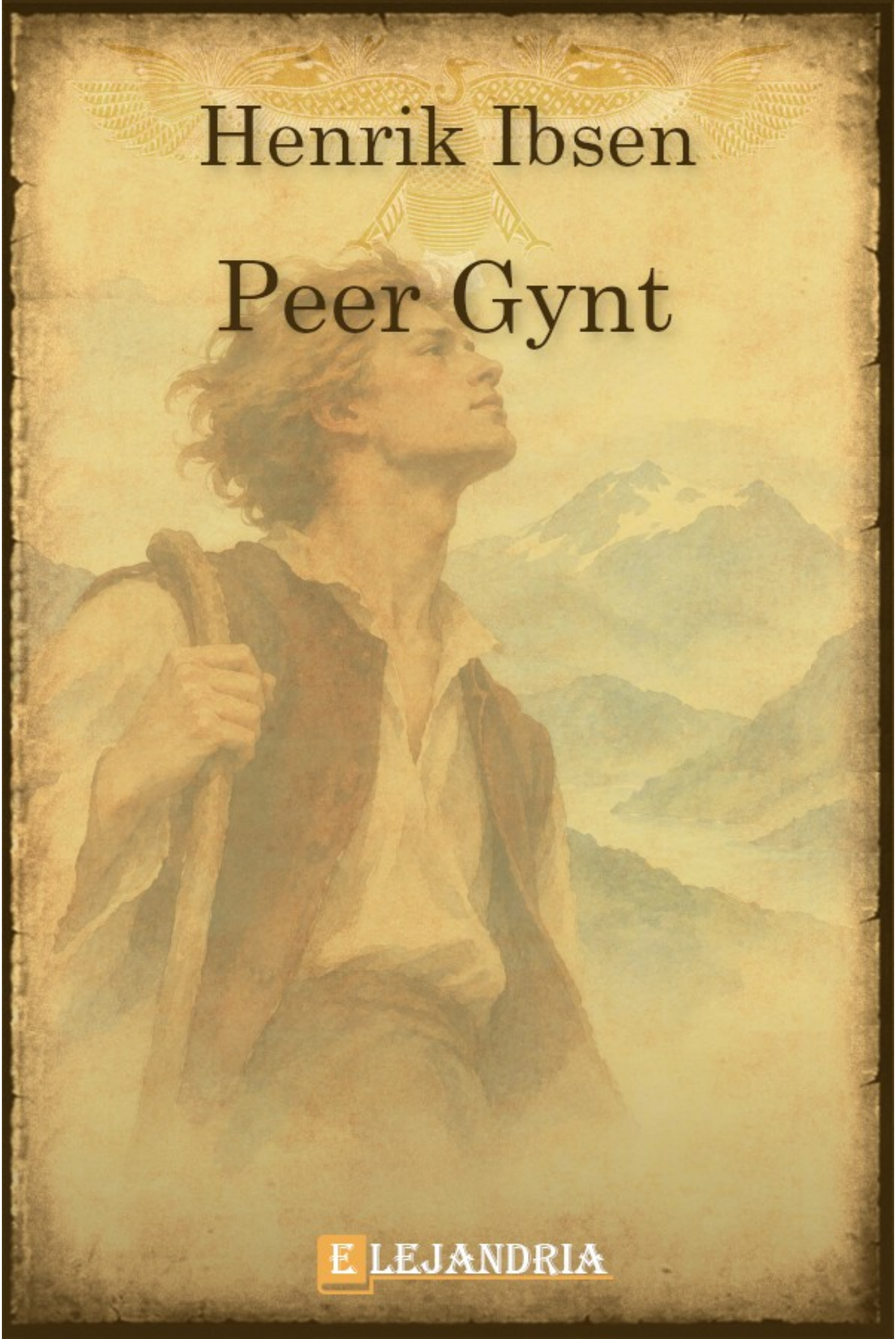
Henrik Ibsen

Peer Gynt



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Peer Gynt

Henrik Ibsen

Publicado: 1867
Fuente: archive.org
Traducción: José Ramón Pérez Bances
Edición original: Dramas de Enrique Ibsen, t. V (Madrid, Hernando, 1926)

PEER GYNT

Poema dramático en cinco actos

Henrik Ibsen

Traducción de José Ramón Pérez Bances

PERSONAJES

- AASE, viuda de un labrador.
- PEER GYNT, su hijo.
- DOS MUJERES con sacos de trigo.
- EL HERRERO ASLAK.
- INVITADOS A LA BODA, COCINERO, MÚSICOS, etc.
- UN MATRIMONIO FORASTERO.
- SOLVEIG y HELGA, hijas suyas.
- EL DUEÑO DE HÁGSTAD.
- INGRID, su hija.
- EL NOVIO Y SUS PADRES.
- LAS PASTORAS.
- UNA MUCHACHA vestida de verde.
- EL VIEJO DOVRE.
- UN EDECÁN, OTROS TROLLES, PRÍNCIPES Y PRINCESAS, UN PAR DE BRUJAS, ESPÍRITUS DE LA TIERRA, ENANOS, etc.
- UN MUCHACHO FEO, VOZ EN LA OSCURIDAD, VOZ DE PÁJARO.
- KARI, criada.
- MASTER COTTON, MONSIEUR BALLON, HERR VON EBER-KOPF, HERR VON TROMPETERSTRAHLE, viajeros.
- UN LADRÓN, UN ENCUBRIDOR.
- ANITRA.
- ÁRABES, ESCLAVOS, BAILARINAS, etc.
- LA ESTATUA DE MEMNON.
- LA ESFINGE DE GIZEH.

- PROFESOR BEGRIFFENFELD, doctor en Filosofía, director del Manicomio de El Cairo.
- HUUH.
- HUSSEIN, ministro oriental.
- UN FELLAH con la momia de un rey.
- VARIOS LOCOS Y VIGILANTES.
- UN BARCO NORUEGO Y TRIPULACIÓN.
- UN PASAJERO.
- UN CLÉRIGO, VARIOS MOZOS, UN ALCALDE, UN FUNDIDOR, UNA PERSONA FLACA.
- FIELES que van a la iglesia.

La acción comienza a principios del siglo XIX y termina casi al final. Transcurre parte en el valle de Gudbrandsdal y en las montañas vecinas, parte en la costa de Marruecos, en el desierto del Sahara, en el Manicomio de El Cairo, en el mar, etc.

ACTO PRIMERO

Delante de la casa de Aase. Abajo hay un río, con un molino a la otra orilla. Día caluroso de verano. Peer Gynt, mozo de unos veinte años, fuerte y sano, baja por un sendero. Aase, su madre, pequeña y flaca, le sigue; está colérica y riñe.

AASE.—¡Mientes, Peer!

PEER GYNT.—*(Sin pararse.)* No, de veras que no.

AASE.—¡Jura entonces que todo es verdad!

PEER GYNT.—¿Por qué jurar?

AASE.—¡Avergüénzate! En todo el año no has mentido tanto como ahora.

PEER GYNT.—*(Parándose.)* De veras que no he mentido,

AASE.—¿No te da vergüenza engañar así a tu madre? Te marchas a la montaña en busca del reno; te pasas meses enteros entre nieve y hielo, y vuelves con la piel destrozada, con la chaqueta rota, sin fusil y sin reno. ¿Y quieres que no me incomode con las historias de caza que para disculparte inventas?

PEER GYNT.—Déjame que te diga la verdad. El animal estaba al oeste del lago Gende, cuyas aguas lavan su piel. Estaba detrás de un matorral, mirando dónde encontraría pasto en la nieve.

AASE.—*(Con burla.)* ¡Oh, el animalito!…

PEER GYNT.—Casi sin respiración aguardaba; oía el ruido de sus cascos, veía las puntas aguzadas de sus cuernos… De pronto ensancha las ventanas de la nariz… ¡Madre, jamás viste un animal tan grueso!

AASE.—Claro, claro que no.

PEER GYNT.—Suena el tiro, la bestia cae, y antes de que pudiese darse cuenta, me precipito sobre ella; me pongo a caballo sobre él, le cojo la oreja izquierda, saco rápidamente el cuchillo para hundírselo; pero en esto vuelve en sí, grita desesperadamente, se levanta; el cuchillo se me cae de la mano, y comienza a saltar furioso por las rocas.

AASE.—*(Involuntariamente.)* ¡Por Dios, no sigas!…

PEER GYNT.—¿Has visto ya las rocas que rodean al Gende? Pues por ellas se precipita el animal hasta que llegamos al agua. Mas cuando estábamos ya en el lago, aparece nadando hacia nosotros otro reno. Míranse con furia, braman y se embisten con ímpetu ciego. Salta el agua de la violencia del choque; pero mi reno sigue nadando, y yo, agarrado a la cola, me dejo arrastrar a la orilla.

AASE.—¿Y no te rompiste nada? ¿No sufriste daño en piernas y brazos? ¡Qué dicha! ¡Gracias, Dios mío, por haber tenido compasión de él! Esos jirones de la chaqueta y de los pantalones no son nada. ¡Escaparte de una muerte segura!… *(De pronto se calla, le mira con la boca abierta; no encuentra palabras durante un rato largo, y, por fin, exclama.)* ¡Oh, infame, qué manera de mentir! La historia la conozco hace más de veinte años… ¿No estaba contigo Gudbrand Glesne?

PEER GYNT.—Le pasaría lo mismo que a mí. ¿Por qué no se han de repetir estas cosas?

AASE.—Tus mentiras son viejas, son como una chaqueta vuelta del revés. ¿Quién podría reconocer el viejo engaño en la nueva vestimenta?… Me asustas con esas historias espantosas, y yo noto cómo fantaseas, cómo me sirves platos recalentados…

PEER GYNT.—¡Si otro me dijera eso, yo daría buena cuenta de él!

AASE.—*(Llorando.)* ¡Oh, qué desgraciada soy, Dios mío! ¡Ojalá estuviese sepultada en la tierra fría! Ni lágrimas, ni ruegos, ni amenazas llegan al corazón de este monstruo.

PEER GYNT.—Querida madre mía, no te enfades; tienes razón, pero sé buena y alegre…

AASE.—¡Cállate! ¿Basta que quiera para estar alegre? ¿No tengo que pensar en el porvenir? ¿No he de quejarme amargamente si en vez de la recompensa merecida, solo recibo la vergüenza de mi hijo?… *(Llora.)* Dime, ¿qué queda de la antigua riqueza, de los tesoros de plata amontonados por tu padre, el viejo Rasmus Gynt, para su hijo? Compraba tierras, andaba en coches dorados. ¿Dónde están las copas de plata que servían en los banquetes ruidosos, en que estallaban las botellas, y los invitados, borrachos, reían como bienaventurados? Nunca volveremos a reunirlos.

PEER GYNT.—¿Y adónde ha ido la nieve derretida?

AASE.—¡Calla! ¡Respeta a tu madre! ¡Mira la casa!… Las ventanas, tapadas con trapos; en las cuadras no hay forraje; los caballos y las vacas no tienen techo; las empalizadas están rotas; la tierra no se labra hace años.

PEER GYNT.—No hables del capítulo ese, y recuerda que muchas veces se ha vuelto la hoja.

AASE.—Donde antes había trigo no hay más que desolación. Pero puede contarse contigo… No sabes más que fantasear grandezas, como el párroco que vino de Copenhague, y que enseguida preguntó por tu nombre y dijo que eras más rico en entendimiento que ningún príncipe. Y de contento por la charla sin sustancia, tu padre le dio un caballo con un trineo… Entonces había aquí casa abierta, se veía constantemente al arcipreste, al capitán y a los demás. Mas, por fin, se hizo el silencio, y todo el orgullo se vino abajo el día en que John salió de casa como vendedor ambulante. *(Se seca las lágrimas con el pañuelo.)* Pero tú eres grande y fuerte. Debías proteger a tu madre cuando vienen los acreedores ansiosos; debías apuntalar lo vacilante, salvar el último resto… *(Llora.)* ¡Oh, me moriré si pienso en eso! Ahí lo tenéis todo el día sentado en la chimenea, cavilando sobre unos tesoros que dice que va a encontrar. Cuanto coges lo echas a perder. Si entras en el cuarto de hilar, huyen de ti las muchachas; fuera no haces más que tomar parte en pendencias…

PEER GYNT.—*(Yéndose.)* ¡Déjame, madre!

AASE.—*(Siguiéndole.)* ¿Puedes negarlo? ¿No eres siempre el cabecilla de todas las reyertas? Donde quiera que vas intrigas, pegas, muerdes como

un perro rabioso. El otro día le tocó al herrero; le mordiste en un brazo o le arrancaste un dedo; no lo sé.

PEER GYNT.—¿Quién hizo llegar a ti esas murmuraciones?

AASE.—Kari oyó gritar.

PEER GYNT.—*(Frotándose el brazo.)* Sí; pero ¿sabes quién gritaba?

AASE.—¿Tú?

PEER GYNT.—Eso es… Es muy fuerte…

AASE.—¿Quién es fuerte?

PEER GYNT.—El herrero, naturalmente.

AASE.—¡Voy a escupirte en la cara! ¿No te avergüenzas, cobarde? ¡Dejarte pegar por un borracho semejante!… *(Llorando.)* ¡Nunca he recibido una deshonra como esta! ¡Se deja pegar como un cordero!… ¿Porque él sea fuerte has de ser débil tú?

PEER GYNT.—No tengas cuidado. Sobre otro ha caído el quebranto. *(Riendo.)* Consuélate, madre.

AASE.—¿Cómo, holgazán, vuelves a mentir?

PEER GYNT.—Sécate las lágrimas de tus ojos. *(Mostrándole el puño izquierdo.)* Mira, con estas tenazas le agarré mientras usaba de la derecha como maza.

AASE.—¡Oh, canalla, bribón; tú me llevarás a la sepultura!

PEER GYNT.—No, no pasará eso. El fin será muy otro. ¡Madrecita querida, confía en mi palabra! Vendrá un día en que te honrará todo el mundo. Aguarda hasta que emprenda una gran empresa, hasta que haga algo grande.

AASE.—Para eso tendría que volverse el mundo al revés.

PEER GYNT.—¿Hay algo que no se pueda conseguir, madre?

AASE.—Valía más que pensases antes en coserte tus vestidos desgarrados.

PEER GYNT.—*(Excitado.)* ¡Quiero ser rey, emperador!

AASE.—Sí, hazte ilusiones, hínchate…

PEER GYNT.—Déjame tiempo, verás a lo que llego.

AASE.—Sí, con el tiempo se cogen rosas. ¡Se va muy lejos!…

PEER GYNT.—¡Ya verás!…

AASE.—¡Cállate la boca! Loco de atar estás. Claro que podrías llegar a ser algo si te condujeses de otro modo y pensases en algo más que en urdir embustes… La de Hägstad te quiere; es un capullito joven y fresco… No necesitas más que extender la mano.

PEER GYNT.—¿Lo crees así?

AASE.—El viejo es demasiado débil; la hija es la que manda en casa. ¡Oh, si no te conociésemos!… Primero piafas como un caballo de raza, y luego te vuelves manso como un cordero. Y si ella va delante, tú te arrastras detrás. *(Llora de nuevo.)* ¡Oh, Peer, hijo mío, quién te hubiese visto dueño de Hägstad! Estarías sentado a una mesa bien repleta si fueras el novio.

PEER GYNT.—Pues vamos allá; está cerca.

AASE.—¿Cómo?

PEER GYNT.—¡A Hägstad!

AASE.—¡Pobretón, no es para ti esa miel! Se acabó el pretender…

PEER GYNT.—Pero ¿por qué?

AASE.—¡Hay para llorar a mares!… Perdiste dicha y novia… *(Sollozando.)* Mientras tú corrías detrás del reno, Mats Moen te ha robado la novia.

PEER GYNT.—¿Quién, el espantajo?…

AASE.—Ella cree que mejor es él que ninguno.

PEER GYNT.—Espera, madre, que el caballo… *(Quiere irse.)*

AASE.—Esta vez vale más que seas holgazán. Peer, la boda es ya mañana.

PEER GYNT.—¿Mañana? Bien; pues iré hoy.

AASE.—¡Silencio! Bastantes preocupaciones tengo ya. No hagas caer todavía sobre mí las burlas de la gente.

PEER GYNT.—¡Cállate! *(Gritando y riendo.)* ¡Hurra, madre! No necesito coche ninguno. Te llevaré yo mismo alegremente. *(Se levanta.)*

AASE.—¡Déjame!

PEER GYNT.—Te llevaré en brazos a las bodas. *(Andando por el río.)*

AASE.—¡Socorro! ¡Dios mío, ten compasión de mí! ¡Nos ahogaremos!…

PEER GYNT.—¡Agárrate bien; si no me moriré!…

AASE.—¡Ya lo creo; en la horca morirás! *(Tirándole de los pelos.)* ¡Bárbaro!

PEER GYNT.—No hagas movimientos. El suelo es fangoso y resbaladizo.

AASE.—¡Bribón!

PEER GYNT.—Mueve solo la lengua; eso no molesta. El río se remansa.

AASE.—¡Sujétame mejor!

PEER GYNT.—¡Hurra! Jugaremos al caballo y al jinete. *(Galopando.)* Yo soy el caballo. ¡Venga ahora un galope!

AASE.—¡Peer, párate; mira que llamo!…

PEER GYNT.—¿Lo ves? Ya llegamos a tierra firme. Dale un beso al caballo por haberte pasado por el río.

AASE.—*(Dándole una bofetada.)* ¡Toma! ¡Así te pago tus gracias!

PEER GYNT.—¡Ay! ¿Sabes qué duele de firme?

AASE.—¡Déjame!

PEER GYNT.—Primero, a la boda. Habla con el padre; háblale de mí. Dile que Mats Moen es una bestia.

AASE.—¡Déjame!

PEER GYNT.—Haz que piense bien de mí. Habla en favor de Peer Gynt.

AASE.—Sí, ya puedes pensar cómo te pondré. No quiero regalarte ninguna cualidad falsa. Te pintaré por delante y por detrás. Haré saber al viejo todas tus artes diabólicas.

PEER GYNT.—¿Sí?

AASE.—*(Pateando colérica.)* No cerraré mi boca hasta que el viejo llame al perro para echárselo al pordiosero.

PEER GYNT.—Entonces iré solo a la boda.

AASE.—Pero yo iré pisándote los talones.

PEER GYNT.—No podrás resistir la caminata.

AASE.—Me agarraré a ti y no habrá quien me suelte. ¡Oh, quisiera morder piedras, arrancar árboles de cuajo! ¡Déjame!

PEER GYNT.—Si me prometes…

AASE.—No te prometo nada; te describiré para que sepa quién eres.

PEER GYNT.—¿No quieres apaciguar tu cólera? Si no, te quedarás en casa.

AASE.—No, ahora quiero ir también a la boda.

PEER GYNT.—No puede ser.

AASE.—¿Vas a impedírmelo por fuerza?

PEER GYNT.—No; no quiero más que ponerte en seguridad. *(La posa sobre el tejado del molino. Aase grita.)*

AASE.—Peer, ¿qué haces? ¡Déjame bajar!

PEER GYNT.—Si me prometes…

AASE.—¡No te prometo nada!

PEER GYNT.—¡Madre!…

AASE.—*(Tirándole un pedazo de césped.)* ¡Bájame inmediatamente!

PEER GYNT.—No puede ser. *(Acercándose.)* Pero estate tranquila. No revuelvas en el césped y en las piedras; no muevas así las piernas; si no, vas a destrozar el tejado, vas a caer.

AASE.—¡Canalla!

PEER GYNT.—Ten calma.

AASE.—¡Aborto del infierno!

PEER GYNT.—No digas esas cosas, madre.

AASE.—¿Dónde se habrá visto una felonía semejante?

PEER GYNT.—Más valía que me dieras tu bendición para el camino.

AASE.—¡Ojalá te rompieras la cabeza!

PEER GYNT.—Madrecita, no tengas miedo. Ten paciencia; pronto vuelvo. *(Vase, se vuelve, amenaza con el dedo y dice.)* Pero no te muevas.

AASE.—¡Peer!… ¡Dios mío, se va! ¡Embustero…, mal cazador!… ¡Peer…, mi buen Peer!… ¡Nada…, ya va montaña abajo! *(Gritando.)* ¡Socorro, que me caigo!

(Dos mujeres, con sacos a la espalda, bajan hacia el molino.)

MUJER PRIMERA.—¿Eh? ¿Quién llama?

AASE.—¡Yo llamo, yo!

MUJER SEGUNDA.—¿Aase? ¿Sobre un trono tan alto?

AASE.—Vecina, tengo miedo… Me parece como si ya fuera a subir al cielo.

MUJER PRIMERA.—¡Feliz viaje entonces!

AASE.—Traed la escalera. Quiero bajar. ¡Peer de los infiernos!…

MUJER SEGUNDA.—¿De modo que ha sido su hijo, Aase?

AASE.—El que traje en mis entrañas. Este es el pago que me da.

MUJER PRIMERA.—Nosotras somos testigos.

AASE.—Se ha marchado… Está en camino… Pero yo le seguiré hasta Hägstad.

MUJER SEGUNDA.—Allí será usted vengada, pues el herrero lo curtirá de lo lindo.

AASE.—*(Retorciéndose las manos.)* ¡Si me cogen al pobre muchacho, me lo van a matar!

MUJER PRIMERA.—¡Oh, ya hace mucho tiempo que le está anunciado!…

MUJER SEGUNDA.—Sí; no respeta ningún mandamiento. *(Gritando.)* ¡Elvind, Anders, venid enseguida!

UNA VOZ DE HOMBRE.—¿Qué ocurre?

MUJER SEGUNDA.—Aquí está en el tejado del molino la madre de Peer Gynt.

Un cerrillo con maleza y arbustos. El camino va por detrás; ante él hay una empalizada. Peer Gynt viene por un sendero, se dirige hacia la empalizada, se para y mira a lo lejos.

PEER GYNT.—Ahí está Hágstad; pronto habré llegado. *(Vacilando.)* Ingrid estará sola en casa. *(Con la mano haciendo de pantalla, mira a lo lejos.)* ¡Cuánta gente hay allá abajo!… ¡Bah!, lo mejor será que me aleje; lo mejor para mí y para ella, para los dos… *(Vacila de nuevo.)* Me siento excitado, y todo baila alrededor de mí; siento como si me ardiesen las entrañas. *(Se separa unos pasos de la empalizada y arranca distraído algunas hojas de árboles.)* Si tuviera algo que beber, algo fuerte… Si pudiera volverme sin que nadie lo notase… Una bebida que me fortificase sería lo mejor; no se sentirían las risas.

(De pronto mira asustado a su alrededor, y luego se esconde en la maleza. Pasan algunas gentes, con regalos de todas clases, que van a la boda.)

UN HOMBRE.—*(A una mujer.)* Su padre era un borracho y su madre es una loca.

LA MUJER.—No tiene nada de particular que el hijo resulte un bribón.

(Las gentes siguen su camino. Poco a poco aparece Peer Gynt, rojo de vergüenza, y les sigue con la vista.)

PEER GYNT.—*(Bajo.)* Me parecía que hablaban de mí… *(Con risa forzada.)* ¡Charlatanes, no me importan vuestras murmuraciones! *(Se tira de espaldas sobre la hierba, con la cabeza apoyada en las manos, y mira al cielo.)* Qué extrañas formas tienen las nubes; parecen caballos con jinete, con silla y con riendas. Aquella otra es una mujer montada en una escoba… *(Ríe para sí.)* ¡Mi madre!… Grita y me insulta. Llama: ¡Aquí, Peer! *(Se le cierran los ojos.)* Ahora tiene miedo… Peer Gynt la conduce; su séquito es

numeroso; su caballo tiene por todas partes guarniciones de plata. Lleva sombrero y guantes; el manto, forrado de seda, cae en pliegues elegantes; la magnífica espada descansa en la vaina dorada. Ved con qué majestad va sobre el caballo, resplandeciente, como si el Sol apareciese sobre la tierra. El pueblo allá abajo pulula en las calles y no sabe refrenar su alegría jubilosa; agitan los sombreros, se inclinan, hacen reverencias. Ahora aparece el emperador Peer Gynt, con sus magnates, y desparrama monedas por la calle, como si fueran piedras sin valor; se hacen todos ricos como condes y prelados. Peer Gynt atraviesa a caballo la corriente. A la otra orilla está el príncipe de Inglaterra, y con él la doncella de Inglaterra, dulce y encantadora. Los duques y pares de Inglaterra se levantan; el emperador de Inglaterra le sienta a su lado, se quita la corona y dice…

ASLAK.—*(A algunos otros que van por el otro lado de la empalizada.)* ¡Mirad, ahí tenéis a Peer Gynt el borracho!

PEER GYNT.—*(Incorporándose rápidamente.)* ¿Cómo? ¿Emperador?

ASLAK.—¡Levántate, amiguito mío!

PEER GYNT.—¡Diablo! ¡El herrero! ¿Qué es esto?

ASLAK.—*(A los otros.)* Todavía no se le ha quitado la última borrachera.

PEER GYNT.—*(Dando un salto.)* ¡Déjame en paz!

ASLAK.—Lo que voy a dejarte… Bueno, te dejaré… Pero ¿de dónde has caído? Hace cinco semanas que no se te ve. ¿Estuviste en la montaña con alguna hada?

PEER GYNT.—Me han ocurrido cosas muy extrañas.

ASLAK.—*(Guiñando el ojo a los demás.)* ¿Sí? Cuenta, cuenta.

PEER GYNT.—A nadie le importa nada.

ASLAK.—*(Tras una pausa.)* ¿Vienes con nosotros a Hägstad?

PEER GYNT.—No.

ASLAK.—Pues debías ir. Dicen que le gustas a la novia.

PEER GYNT.—¡Tú, pájaro de mal agüero!…

ASLAK.—*(Apartándose un poco.)* ¿Por qué esa violencia? Si Ingrid te dio calabazas, otras muchas quedan. ¡Valor, hijo de John Gynt! Vente a

Hägstad; ya encontrarás allí alguna ovejita…

PEER GYNT.—¡Vete al diablo!

ASLAK.—También hay viudas enamoradas y ardientes… Bien, buenas tardes; le daré recuerdos tuyos a la novia. *(Se van riendo.)*

PEER GYNT.—*(Les sigue un rato con la vista, y luego se vuelve.)* ¡Que el diablo se los lleve, a mí me es igual! *(Mirándose.)* Los pantalones están rotos, la chaqueta tiene un agujero… ¡Si al menos tuviera vestidos nuevos!… Pero qué me importa a mí eso. *(Pateando con rabia.)* ¡Si pudiera arrancarles el desprecio del pecho!… *(Se vuelve de pronto.)* ¿Qué es esto? ¿Quién está ahí?… Me parecía como si alguien se arrastrase… No; voy a buscar a mi madre. *(Vuelve a ir hacia arriba, se para y escucha en la dirección de la boda.)* Van a bailar. *(Mira a lo lejos, escucha y vuelve a bajar lentamente; sus ojos lucen.)* ¡Hay tantas muchachas!… ¡Sí, sea lo que sea, iré a la fiesta! ¡Qué me importa mi madre! ¡Que venga lo que venga!… *(Corre hacia abajo saltando y riendo.)* ¡Cómo gozan y se abrazan al bailar! Siento como si oyese los ruidos de una tormenta… Gutthorm sabe tocar el violín. Las muchachas les dan la mano a los muchachos… ¡Tengo que ir a la fiesta! *(Pasa de un salto la empalizada y corre hacia abajo.)*

El patio de Hägstad. La casa, en el fondo. Muchos invitados. Se baila con ímpetu sobre la hierba. El músico está sentado ante una mesa. El cocinero está a la puerta. Van y vienen las criadas entre las edificaciones. Personas de edad están sentadas en distintos sitios y conversan.

UNA MUJER.—*(Tomando asiento en un grupo que está sentado sobre unos maderos.)* ¿La novia?… Llorará todavía un poquito. Pero un beso bien apretado lo arreglará todo.

EL COCINERO.—*(En otro grupo.)* ¡Aquí, buenos amigos, un jarro fresco!

UN HOMBRE.—¡Basta ya, amigo!

UN MOZO.—*(Que pasa saltando, con una muchacha de la mano.)* ¡Arriba, Gutthorm; rasca y que suene bien!

LA MUCHACHA.—Sí, rasca que se oiga más allá de la montaña.

UNAS MUCHACHAS.—*(Alrededor de un mozo que salta.)* ¡Eso sí que es un salto!

UNA MUCHACHA.—¡Tiene fuerza el condenado!

EL MOZO.—*(Bailando.)* Hay que saltar alto hasta el techo y lejos hasta la pared.

EL NOVIO.—*(Casi llorando, se acerca a su padre, que habla con otros, y le tira de la manga.)* No quiere, padre; es muy orgullosa.

EL PADRE.—¿Qué es lo que no quiere?

EL NOVIO.—Se ha encerrado…

EL PADRE.—Pues busca la llave y déjate de comedias.

EL NOVIO.—No comprendo estas cosas.

EL PADRE.—Eres como un madero. *(Se vuelve a los otros. El novio se aleja a través del patio.)*

UN MOZO.—*(Que viene por detrás del grupo.)* Chicas, ahora empieza a ponerse alegre la fiesta. Peer Gynt está ahí.

ASLAK.—*(Que acaba de llegar.)* ¿Quién le invitó?

EL COCINERO.—Nadie. *(Se va hacia la casa.)*

ASLAK.—*(A las muchachas.)* Si habla, callaros; que esté siempre solo.

UNA MUCHACHA.—*(A otro.)* No, no; huiremos de él como de la peste.

PEER GYNT.—*(Viene sofocado, se queda parado en medio de las muchachas y da unas palmadas.)* ¿Cuál de vosotras es la más ligera?

LA PRIMERA.—*(A la que se acerca.)* Yo no.

OTRA.—Yo no.

UNA TERCERA.—Yo tampoco.

PEER GYNT.—*(A una cuarta.)* Entonces, ven tú. ¡Te lo ruego!

LA CUARTA.—*(Rechazándole.)* No tengo tiempo.

PEER GYNT.—*(A una quinta.)* ¿Tú?

LA QUINTA.—*(Yéndose.)* Tengo que irme a casa.

PEER GYNT.—¿Esta tarde? ¿Quieres burlarte de mí?…

ASLAK.—*(Al poco tiempo, a media voz.)* Se va a los invitados de edad.

PEER GYNT.—*(A un hombre de edad.)* ¿Dónde están las otras?

EL HOMBRE.—Búscalas. *(Se aparta de él.)*

PEER GYNT.—*(Se queda de pronto silencioso y mira tímidamente a las gentes. Todos le miran, pero nadie habla con él. Se acerca a otros grupos. Adonde él llega, calla todo el mundo; cuando se aleja, se ríen.)* Pensamientos…, miradas agudas como flechas. Las siento zumbar y rechinar en mis oídos.

(Va a lo largo de la cerca. Solveig, con la pequeña Helga, entra con sus padres en el patio.)

UN HOMBRE.—Los forasteros…

OTRO.—¿Los de Oriente?

EL PRIMERO.—Sí, de Hedal.

EL OTRO.—Vienen también a la fiesta.

PEER GYNT.—*(Va a su encuentro, señala a Solveig y pregunta al hombre.)* ¿Puedo bailar con ella?

EL HOMBRE.—*(Amistosamente.)* ¿Por qué no en un día de bodas? Pero primero tengo que saludar a la gente de la casa. *(Entran.)*

EL COCINERO.—*(A Peer Gynt, ofreciéndole un jarro.)* Cuando se está pensativo y tristón, sienta bien un trago.

PEER GYNT.—*(Mirando a los que entran.)* Perdona, no tengo sed. *(El cocinero le deja estar. Peer Gynt mira hacia la casa y se sonríe.)* ¡Qué criatura! ¡No he visto nunca nada semejante! Todo humildad, desde la cabeza hasta los pies. La mirada sobre el delantal blanco; en la mano, el libro con incrustaciones de plata… ¡Y cómo se acoge a la madre! Tengo que seguirla. *(Quiere entrar en la casa.)*

UN MOZO.—*(Que viene con otros.)* ¿Te marchas ya del baile, Peer?

PEER GYNT.—No.

EL MOZO.—Pues ese no es el camino. *(Le coge de los hombros y quiere hacerle volverse.)*

PEER GYNT.—Déjame.

EL MOZO.—¿Huyes del herrero?

PEER GYNT.—¿Huir yo?…

EL MOZO.—¿Te ha pagado ya lo de Lunde? *(Los mozos se ríen y se van al baile.)*

SOLVEIG.—*(En la puerta.)* ¿Tú eres el mozo que me invitó a bailar?…

PEER GYNT.—Yo soy. Vamos al baile. *(La toma de la mano.)*

SOLVEIG.—Pero solo un ratito, dice madre.

PEER GYNT.—«¡Dice madre, dice madre!…» ¡Qué florecita chiquita!

SOLVEIG.—¿Te burlas?

PEER GYNT.—¿Qué? ¿Eres ya mayor?

SOLVEIG.—Me confirmé el año pasado.

PEER GYNT.—Dime tu nombre, niña grande.

SOLVEIG.—Yo me llamo Solveig. ¿Y tú?

PEER GYNT.—Peer Gynt.

SOLVEIG.—¡Mi liga se ha soltado! Voy a atarla. *(Se marcha.)*

EL NOVIO.—¡No quiere, madre!

LA MADRE.—¿Que no quiere, hijo mío?

EL NOVIO.—No quiere…

LA MADRE.—¿Qué?

EL NOVIO.—No quiere encerrarse conmigo.

EL PADRE.—*(Colérico.)* ¡Merecías que te atasen a la cama!

LA MADRE.—¡Oh, no le riñas! ¡Pobre hijo mío! *(Se van.)*

UN MOZO.—*(Llega con otros muchos al baile.)* ¿Un trago, Peer?

PEER GYNT.—No.

EL MOZO.—Nada más que una gota.

PEER GYNT.—*(Mirándole sombríamente.)* ¿Tienes algo?

EL MOZO.—¡Ya lo creo que tengo! *(Saca una botella del bolsillo y bebe.)* ¡Cómo quema! ¿No quieres?

PEER GYNT.—Nada más que para mojar los labios. *(Bebe.)*

OTRO MOZO.—Tienes que probar también mi botella.

PEER GYNT.—No, amigo.

EL MISMO MOZO.—Vamos. No necesitas sacarle el corcho.

PEER GYNT.—Dame una gota. *(Bebe.)*

UNA MUCHACHA.—Anda, vámonos.

PEER GYNT.—*(Riendo.)* ¿Tienes miedo? ¿De quién?

MOZO TERCERO.—De ti, ¿quién no lo tiene?

MOZO CUARTO.—En Lunde estuviste bien; allí mostraste lo que podías.

PEER GYNT.—Puedo más que eso. Aquello no era nada.

MOZO PRIMERO.—*(Bajo.)* Empieza a ponerse bueno.

VARIOS MOZOS.—*(Formando corro alrededor de él.)* Cuenta, cuenta, ¿qué puedes?

PEER GYNT.—No, mañana.

OTROS MOZOS.—No nos lo ocultes.

UNA MUCHACHA.—¿Sabes embrujar, Peer?

PEER GYNT.—Puedo hacer venir al demonio.

UN HOMBRE.—Mi abuela sabe hacerlo también.

PEER GYNT.—Lo que yo puedo hacer no puede nadie; de eso no hay duda. Una vez lo encerré en una nuez.

VARIOS MOZOS.—*(Riendo.)* ¡Sí, sí; ya nos lo figuramos!

PEER GYNT.—Maldecía y lloraba, y quería regalarme medio mundo…

UNO DEL CORRO.—Pero tuvo que entrar.

PEER GYNT.—Claro que sí. Y todavía aumenté el tormento: cerré el agujero con mucho cuidado.

UNA MUCHACHA.—¡Qué cosas dices!…

PEER GYNT.—Ya podéis figuraros cómo resollaba allá adentro… Como una mosca atrapada en una tela de araña.

UNA MUCHACHA.—¿Y está todavía en la nuez?

PEER GYNT.—No, ya hace tiempo que se me marchó; pero la broma me produjo la enemiga del herrero.

UN MOZO.—¿Cómo fue eso?

PEER GYNT.—Me fui al herrero, y le pedí que me partiese la nuez del diablo. Y Aslak el herrero encontró enseguida manera. Agarró unas tenazas para sujetar la nuez, la puso sobre el yunque, abrió las piernas y levantó el martillo…

UNA VOZ DEL CORRO.—¿Lo mató?

PEER GYNT.—Golpeó como un hombre. Al primer golpe, el martillo se hizo pedazos. Pero el demonio se encoge, sale como una chispa, atraviesa el techo, abre la pared…

VARIOS MOZOS.—¿Y el herrero?…

PEER GYNT.—Se frotó las manos quemadas, y desde entonces acabó nuestra amistad.

(Risas generales.)

ALGUNOS.—La historia es buena.

OTROS.—Es la última.

PEER GYNT.—¿Creéis que la he inventado?

UN HOMBRE.—No; en eso eres inocente. La mayor parte ya se la oí a mi abuelo.

PEER GYNT.—¡Mentira! ¡Me pasó a mí!

EL HOMBRE.—Eso es; siempre a ti.

PEER GYNT.—*(Girando sobre un tacón.)* ¡Oh, sé galopar sobre un caballo por el aire azul!… ¡Puedo más todavía!… ¡El que no lo crea es un canalla!

(Todos ríen en alta voz.)

UNO DEL CORRO.—¡Galopa por el aire!

MUCHOS.—¡Sí, querido Peer Gynt!

PEER GYNT.—No necesitáis rogarme tanto. Vengo galopando como un trueno. Todos caen a mis pies.

UN HOMBRE DE EDAD.—¿No veis que está borracho?

OTRO.—¡El estúpido!

OTRO.—¡El fantasioso!

OTRO.—¡El embustero!

PEER GYNT.—*(Amenazándoles.)* ¡Hato de viejos!…

UN HOMBRE.—*(Medio borracho.)* Peer, espera; vamos a sacudirte la chaqueta.

VARIOS.—Sí, hay que ponérsela bien blanda… ¡Bah, debía ir a un manicomio!

(El grupo se deshace; los viejos, coléricos; los jóvenes, con risa y burla.)

EL NOVIO.—*(Acercándosele.)* ¿Es verdad que puedes galopar por el aire?

PEER GYNT.—Sí, Mats; si extendemos la capa…

EL NOVIO.—¿De modo que tienes una capa que te hace invisible?

PEER GYNT.—Mi sombrero es el… *(Se separa de él. Solveig, con Helga de la mano, cruza. Peer Gynt va a su encuentro con ojos lucientes.)* ¡Solveig!… ¡Oh, cómo me alegro de que vengas! ¡Ahora voy a llevarte al baile!

SOLVEIG.—No, déjame.

PEER GYNT.—¿Por qué?

SOLVEIG.—¡Estás completamente loco!

PEER GYNT.—El reno es salvaje, su sangre hierve… Ven, muchacha. ¿No oyes la melodía?

SOLVEIG.—*(Soltando su mano.)* No puedo.

PEER GYNT.—¿Por qué no?

SOLVEIG.—Has bebido. *(Se va con Helga al otro lado.)*

PEER GYNT.—¡Ante mis ojos bailan chispas! ¡De buena gana les hundiría a todos mi cuchillo!… ¡A ella también!

EL NOVIO.—*(Dándole con el codo.)* ¿No puedes llevarme adonde está mi novia?

PEER GYNT.—¿Tu novia? ¿Dónde está?

EL NOVIO.—En la habitación. Si quisieras intentarlo…, tú lo conseguirías…

PEER GYNT.—Tengo bastante con las mías. ¿Qué me importan tus penas? *(Le cruza una idea por la cabeza, y dice bajo, pero con firmeza.)* ¿En la habitación del granero? *(Se acerca Solveig.)* ¿Lo has pensado bien? *(Solveig quiere irse, pero él se lo impide.)* Te avergüenzas porque parezco un vagabundo…

SOLVEIG.—*(Rápidamente.)* ¡Eso no es verdad! ¡Miente tu lengua!

PEER GYNT.—Comprendo… Me han puesto débil. Bebí…, pero solo porque tú me habías rechazado.

SOLVEIG.—No puedo, aunque quisiera.

PEER GYNT.—¿Es tu padre el que no quiere nada conmigo? Comprendo; será piadoso, le cuelga la cabeza senil… ¿Pero tú?…

SOLVEIG.—¿Qué voy a decir?

PEER GYNT.—Conozco ese silencio. Tú y mi madre tenéis las mismas manías. ¡Contéstame! *(Transición. Con voz contenida, pero firme y asustadora.)* ¿No? Pues a medianoche iré a buscarte como un monstruo; ten cuidado. Y si oyes gritos y chillidos, no creas que es el gato que maulla. Te arañaré y te morderé hasta que te haga daño. Chuparé tu sangre muy cerca del corazón. A tu hermanita me la comeré entera. Porque, ¿sabes?, yo soy un

vampiro… *(Se interrumpe de pronto y suplica lleno de miedo.)* ¡Oh, ven, ven a bailar!

SOLVEIG.—¡Qué antipático estás ahora! *(Se va a la casa.)*

EL NOVIO.—*(Vuelve.)* Ven, ayúdame, Peer… Te daré un buey.

PEER GYNT.—¡Vamos! ¡Enseguida!

(Se van por detrás de la casa. Vienen muchas gentes del baile; la mayor parte están borrachos. Ruido y agitación. Solveig y Helga, con sus padres y algunas personas de edad, salen de la casa.)

EL COCINERO.—*(A Aslak, que va delante.)* ¡Ten calma!

ASLAK.—*(Quitándose la chaqueta.)* Hoy se va a decidir de una vez cuál de los dos es el más fuerte.

ALGUNOS.—¡Sí, que se peleen!

OTROS.—¡No harán más que insultarse!

ASLAK.—Nada de palabras. Hablarán los puños.

EL PADRE DE SOLVEIG.—Serenidad, herrero.

UN MOZO.—Nos pagará las cínicas mentiras como se merece.

OTRO.—¡Un puntapié!

UN TERCERO.—¡Le escupiremos en la cara!

UN CUARTO.—*(Al herrero.)* ¡Dale de veras!

ASLAK.—*(Quitándose la chaqueta.)* Lo degollaré como a un ternero.

AASE.—*(Llega con un bastón en la mano.)* Si mi hijo está aquí, se llevará una buena zurra. ¿Dónde está?

ASLAK.—Para ese tipo, un palo es demasiado blando.

ALGUNOS.—¡El herrero quiere pegarle!

OTROS.—¡Zurrarle!

ASLAK.—*(Escupiéndose en las manos y mirando a Aase.)* ¡Plancharle!

AASE.—¡Cómo! ¿Pegarle a él?… ¡También yo tengo dientes y uñas afiladas! Pero ¿dónde está? *(Gritando.)* ¡Peer!

EL NOVIO.—*(Viene corriendo.)* ¡Que el demonio lo lleve! ¡Venid, padre y madre!…

EL PADRE.—¿Qué pasa?

EL NOVIO.—Figúrate… Peer Gynt…

AASE.—*(Gritando.)* ¿Le han matado?

EL NOVIO.—¡Oh, no!… Acaba de salir escapado…

LA MULTITUD.—¿Con la novia?

AASE.—*(Dejando caer el bastón.)* ¡El estúpido!…

ASLAK.—*(Despechado.)* Sí, allá sube montaña arriba; trepa como un gamo.

EL NOVIO.—*(Llorando.)* ¡La lleva como una ternerita!

ASLAK.—¡Feliz viaje!

AASE.—*(Amenazándole.)* ¡Ojalá te cayeras!… *(Gritándole.)* ¡Ten cuidado, tú!

EL DUEÑO DE LA CASA.—*(Descubierto y pálido de ira.)* ¡Pido castigo para el ladrón!

AASE.—¡No, Dios mío! ¡Protégele!

Acto segundo

Un sendero estrecho de montaña, muy arriba. Por la mañana temprano. Peer Gynt sube aprisa y de mal talante por el sendero. Ingrid, todavía medio vestida de novia, trata de contenerle.

PEER GYNT.—¡Apártate de mí!

INGRID.—*(Llorando.)* ¡Oye mis súplicas! ¿Adónde voy a ir?

PEER GYNT.—¡Me es igual!

INGRID.—*(Retorciéndose las manos.)* ¡Ay de mí!

PEER GYNT.—El camino es libre; pero tienes que apartarte de mí.

INGRID.—La culpa nos liga.

PEER GYNT.—Precisamente eso enciende el odio. ¡Que el diablo se lleve a todas las mujeres!… ¡Menos una!…

INGRID.—¿Quién es esa una?

PEER GYNT.—¡Tú no!

INGRID.—¿Una? ¿Quién es la sola…?

PEER GYNT.—¡Vete por donde has venido! ¡Fuera! ¡Con tu padre!

INGRID.—¡Querido! ¡Amigo mío!…

PEER GYNT.—¡Calla!

INGRID.—No habré entendido bien… ¿Que me vaya?

PEER GYNT.—Con tus súplicas no haces más que afirmarme en mi resolución.

INGRID.—¡Primero seducirme, y después rechazarme!…

PEER GYNT.—¿Qué es lo que puedes ofrecerme tú?

INGRID.—Hägstad, y más todavía. Sí…

PEER GYNT.—¿Tienes un pelo dorado y de seda? ¿Tienes un libro de rezos en la mano? ¿Tienes unos ojos como aquellos? ¿Vas agarrada al vestido de tu madre?

INGRID.—No; pero…

PEER GYNT.—¿Te confirmaste el año pasado?

INGRID.—Ya sabes que no.

PEER GYNT.—¿Estás libre de toda envidia? ¿Tienes el pudor en la frente? ¿Dices no a mis ruegos?

INGRID.—¡Dios mío, cómo se extravía su mirada!

PEER GYNT.—¿Sale de ti un resplandor dulce? ¿Se hace piadoso el que te ve? ¡Habla!

INGRID.—¡Oh, Peer!…

PEER GYNT.—¿Qué voy a hacer entonces? *(Quiere irse.)*

INGRID.—*(Cortándole el camino.)* ¿Sabes?, ¡si te vas es un crimen!

PEER GYNT.—¡Me es igual!

INGRID.—Puedo prometerte riquezas si te quedas.

PEER GYNT.—¿Qué son las riquezas?

INGRID.—*(Llorando.)* ¡Me sedujiste!…

PEER GYNT.—Viniste de buen grado.

INGRID.—Estaba desconcertada.

PEER GYNT.—Yo estaba loco.

INGRID.—Pero pronto estará llena la copa.

PEER GYNT.—Si me alcanza el castigo, será justo.

INGRID.—¿No te conmueves?

PEER GYNT.—Como una piedra.

INGRID.—¡Bien; un día pagarás tu mala acción! *(Se va camino abajo.)*

PEER GYNT.—*(Está un momento en silencio, y luego dice.)* ¡Que el diablo se lleve a los que me amonestan, a todos esos locos y, sobre todo, a todas las mujeres!

INGRID.—*(Vuelve la cabeza y grita con burla.)* ¡Menos una!

PEER GYNT.—¡Una sola! *(Van cada cual por su camino.)*

En un lago de montaña, con orillas pantanosas. Hay tormenta. Aase, desesperada, grita y mira hacia todas partes. Solveig la sigue con dificultad. Los padres de la última, con Helga, vienen detrás.

AASE.—*(Retorciéndose las manos y mesándose los cabellos.)* ¡Todo se pone contra mí adondequiera que vaya! Las terribles montañas, el cielo, el lago. De la montaña sale niebla que confunde y lleva a los brazos de fango del pantano traidor. De arriba bajan piedras, y los hombres le cavan ya la sepultura. ¿Podrán hacerlo? ¡Oh Dios mío, tú no lo querrás! ¡Hijo mío!… ¡Que el diablo se lleve a ese loco! *(Volviéndose a Solveig.)* ¿No es incomprensible en este hijo mío, que no hacía más que inventar historias y tejer mentiras dondequiera que estuviese, y que nunca hizo nada útil? Y de pronto… ¡Y cómo va a acabar!… Nosotros éramos como el árbol y la corteza desde que mi difunto empezó a beber y a hacer todo género de locuras. El dinero se fundía como la manteca al sol. El hijo y la madre quedaban en casa, y solo buscaban olvidar… Para luchar con el hombre me faltaba valor; puede ser que fuese demasiado débil, demasiado buena. Luchar contra la suerte no es posible; solo se piensa en sacudir los cuidados y en librarse de los pensamientos que atormentan el corazón doliente. Uno se embriaga con aguardiente, otro miente… Nosotros nos contábamos cuentos de princesas y encantadores; a veces había parejas enamoradas, novias robadas también. Pero nunca creí que las malditas historias… Que… ¡Peer! ¡Allí tiene que estar! *(Corre hacia una pequeña altura y mira al lago. Llegan los padres de Solveig y Helga.)* ¡Ni un rastro!

EL HOMBRE.—*(Con dulzura.)* Eso es lo peor.

AASE.—*(Llorando.)* ¡Ay, Peer mío; mi cordero perdido!…

EL HOMBRE.—*(Asintiendo amistosamente.)* ¡Sí, perdido!

AASE.—¡Creer eso es una tristeza muy grande! ¡No, es bueno!

EL HOMBRE.—¡Insensata mujer!

AASE.—No tenéis razón. El chico es bueno, aunque yo sea mala.

EL HOMBRE.—*(Con voz dulce y amistosa siempre.)* Su espíritu se ha oscurecido; está perdido.

AASE.—*(Llena de miedo.)* ¡Dios ha elegido a muchos pecadores!

EL HOMBRE.—¿Crees que resistirá esta prueba?

AASE.—*(Con calor.)* ¡Habrás de verle cabalgar por el aire!

LA MUJER.—¿Qué es eso, mujer?

EL HOMBRE.—¿Qué es lo que dices?

AASE.—¡Para él no hay empresa difícil! ¡Ya veréis cómo alcanza gloria y honra!

EL HOMBRE.—Lo mejor que puede pasar es que le veáis en la horca.

AASE.—*(Gritando.)* ¡Oh, calla, calla!

EL HOMBRE.—¡Puede ser que en manos del verdugo le entre el remordimiento!

AASE.—*(Atolondrada.)* ¡Habláis de un modo tan extraño!… ¡Me dan vértigos!… Pero ya le encontraremos.

EL HOMBRE.—Hay que salvar su alma.

AASE.—Y su cuerpo. Yo lo encontraré, aunque no sea más que una débil mujer. En el pantano, en el abismo, en la cueva… ¡He de encontrarle!

EL HOMBRE.—Aquí hay un sendero.

AASE.—¡No me abandones! ¡Ayúdame!

EL HOMBRE.—Es mi deber de cristiano.

AASE.—Entonces son paganos todos los demás. Ni uno solo quería venir conmigo.

EL HOMBRE.—Lo conocen demasiado.

AASE.—¡Pero piensa que está en peligro su vida! *(Se retuerce las manos.)*

EL HOMBRE.—Aquí hay huellas de pasos.

AASE.—¡El monstruo!… ¡Me dan ganas de maldecirle!

EL HOMBRE.—Tenemos que buscar más lejos, junto a mi cabaña. *(Él y su mujer marchan delante.)*

SOLVEIG.—Cuéntame algo más.

AASE.—*(Secándose los ojos.)* ¿De mi Peer?

SOLVEIG.—Sí, todo.

AASE.—*(Se sonríe y se encoge de hombros.)* ¿Todo? Te cansarías.

SOLVEIG.—No, no; antes te cansarías tú de hablar.

A la caída de la tarde, en una altura sin árboles. A lo lejos, montañas nevadas. Las sombras son ya largas.

PEER GYNT.—*(Viene a todo correr; luego se para de pronto.)* Toda la gente me sigue; vienen a cogerme con palos y escopetas. El viejo, sobre todo, está furioso. Hay que alejarse, pues. ¡Peer Gynt se ha libertado! ¡Esto es algo más que una lucha con un herrero! ¡Me siento como un oso! *(Golpea alrededor y da un salto.)* ¡Sí, romper, golpear, tirar piedras, apagar con mis gritos el ruido de una cascada, arrancar el árbol con sus raíces de la roca que le retiene!… ¡Esto es vida, esto es ser! ¡Esto endurece y fortifica como a los pinos la tempestad! ¡Vayan al diablo todas las mentiras!

TRES PASTORAS.—*(En lo alto, corriendo, gritando y cantando.)* ¡Enanos! ¡Enanos de la montaña! ¿Queréis bailar? ¡Salid!

PEER GYNT.—¿A quién llamáis con esos gritos?

LAS PASTORAS.—A los enanos.

LA PRIMERA.—¡Enano, ven con violencia!

LA SEGUNDA.—¡No, ven con engaños!

LA TERCERA.—¡Las habitaciones que estaban tan llenas, están vacías!

LA PRIMERA.—¡Engaño es violencia!

LA SEGUNDA.—¡No, engaño es ofensa!

LA TERCERA.—¡En vez de mozos, nos cortejan enanos!

PEER GYNT.—¿Dónde están los mozos?

LAS TRES.—*(Riendo.)* ¡No pueden venir!

LA PRIMERA.—El primero me trataba como a una reina, y ahora se casa con una viuda.

LA SEGUNDA.—El mío encontró una mendiga, y andan los dos por el mundo.

LA TERCERA.—El mío mató a nuestro hijo.

LAS TRES.—¡Enanos! ¡Enanos de la montaña! ¿Queréis bailar? ¡Salid!

PEER GYNT.—*(De un salto se pone junto a ellas.)* ¡Yo soy un enano y tengo tres cabezas!

LAS PASTORAS.—¿Es verdad?

PEER GYNT.—¡Valgo mucho más que vuestros estúpidos amigos!

LA PRIMERA.—Vámonos a la cabaña.

LA SEGUNDA.—Hay cerveza.

PEER GYNT.—Déjala correr.

LA TERCERA.—Somos jóvenes, y queremos gozar de la vida.

LA SEGUNDA.—*(Le besa.)* Arde y chisporrotea como hierro candente.

LA TERCERA.—*(Igualmente.)* Como ojos de niño.

PEER GYNT.—*(Bailando con las tres.)* Ánimo obstinado, pensamientos alegres, ojos rientes, murmurios llorosos.

LAS TRES MUCHACHAS.—*(Sacando la lengua hacia la montaña, gritan y cantan.)* ¡Enanos! ¡Enanos de la montaña! ¡Vais a ver cómo bailamos!

(Bailan con Peer Gynt.)

La ladera de una montaña, con grandes árboles. Las estrellas brillan por entre el follaje. En las copas de los árboles cantan pájaros. Pasa una muchacha con vestido verde. Peer Gynt la sigue, galanteándola.

LA VERDE.—*(Parándose y volviéndose.)* ¿Es verdad eso?

PEER GYNT.—*(Haciendo ademán de cortarse el cuello.)* Tan verdad como me llamo Peer; tan verdad como que tú eres una hermosa mujer. Si me aceptas, lo pasarás bien. No tendrás nada de lo que no sea para tu cuerpecito delicado. No hilarás, ni cardarás lana, y comer, comerás hasta que revientes.

LA VERDE.—¿Pegar tampoco?

PEER GYNT.—No cogeré tu cabecita más que para besarla. ¿Tan poca confianza tienes en el hijo de un rey?

LA VERDE.—¿Un príncipe tú? Mi padre, el rey de los Dovre…

PEER GYNT.—¿Eres tú su hija? Es una coincidencia admirable.

LA VERDE.—Su palacio está en medio del Róndane.

PEER GYNT.—Pero mi madre es tan poderosa como él.

LA VERDE.—Cuando él está colérico, casi se caen las montañas.

PEER GYNT.—Se caen en cuanto mi madre riñe un poco.

LA VERDE.—Mi padre corre a saltos por entre las nubes.

PEER GYNT.—No hay corriente bastante ancha ni bastante impetuosa para mi madre.

LA VERDE.—¿No tienes más vestidos que esos harapos?

PEER GYNT.—¡Habrás de verme vestido de domingo!

LA VERDE.—Yo voy todos los días vestida de oro y seda.

PEER GYNT.—Pues me pareces bastante descuidada.

LA VERDE.—Así habla quien no comprende. Pero es que entre nosotros ocurre que tenemos para todas las cosas una doble vista. Si vinieras al palacio de mi padre, puede ser que no vieses más que una mole de rocas como caídas del cielo.

PEER GYNT.—También en casa ocurre eso. Mi madre te parecería sucia y asquerosa. Verías la ventana tapada con medias viejas que te harían taparte las narices.

LA VERDE.—Con frecuencia lo blanco nos parece negro.

PEER GYNT.—También lo grande puede parecer pequeño y lo sucio limpio.

LA VERDE.—*(Arrojándose a su cuello.)* ¡Oh, Peer, hemos nacido el uno para el otro!

PEER GYNT.—Como la pierna para el pantalón y el cabello para el peine.

LA VERDE.—*(Gritando.)* ¡Ven, corcel de boda, caballo mío querido!

(Llega un jabalí gigantesco, con un lazo al cuello y un saco viejo en vez de silla.)

PEER GYNT.—¡Viva! ¡Pasemos la puerta! ¡Apresúrate pronto, caballo!

LA VERDE.—*(Cariñosamente.)* Salí de mal humor del palacio de mi padre… Pero todo se ha trocado en dicha.

PEER GYNT.—*(Golpea al jabalí y salen al trote.)* En el atavío de sus caballos se conocen las gentes finas.

La sala del trono de los Dovres. Gran reunión de trolles, espíritus domésticos y enanos. El viejo Dovre está sentado en el trono, con cetro y corona; sus hijos y parientes más próximos, a sus lados. Peer Gynt está ante él. Confusión.

UN EDECÁN.—¡Matadle, matadle, que ha hechizado a la hija de nuestro rey!

OTRO.—¡Ay de mí! ¡Que tengamos que soportar tal vergüenza!…

UN PRÍNCIPE.—¿Le corto los dedos?

OTRO.—¿Le arranco el cabello?

UNA PRINCESA.—¡Quisiera morderle una pierna!

OTRA.—¡Yo prefería acabar enseguida con él!

UNA BRUJA.—*(Con una espumadera.)* ¿Le cocemos o le asamos?

OTRA.—*(Con un cuchillo.)* ¿Le asamos a la parrilla o le ponemos en estofado?

EL VIEJO DOVRE.—¡Silencio! ¡Tengamos calma! *(Llamando hacia sí a sus íntimos.)* Deliberemos… En los últimos años vamos para atrás, y no sabemos bien qué rumbo llevamos. Ahora, sangre joven no es de despreciar. El muchacho es casi irreprochable. Es esbelto, fuerte y bien formado. *(A Peer Gynt.)* ¿De modo que tú quieres casarte con mi hija?

PEER GYNT.—Pero exijo el reino como dote.

EL VIEJO DOVRE.—La mitad, desde luego; pero la otra mitad, no, mientras yo viva.

PEER GYNT.—Estoy conforme.

EL VIEJO DOVRE.—Pero aguarda, hijo mío. Tienes que prometerme un par de cosas y aceptar una condición; si no perderás la vida. Primeramente, no debes preocuparte de lo que esté más allá del Róndane; no debes ver el día ni la tierra.

PEER GYNT.—Un rey no echa de menos esas cosas.

EL VIEJO DOVRE.—Luego… ¡Ahora viene lo importante!… *(Se levanta.)*

EL EDECÁN MÁS ANTIGUO.—¡Peer Gynt, prepárate ahora a roer el enigma!

EL VIEJO DOVRE.—¿En qué se diferencian hombre y troll?

PEER GYNT.—Se parecen exactamente. El grande corta, y el pequeño araña. Cada cual usa de sus uñas como puede.

EL VIEJO DOVRE.—Perfectamente. Ya veo que armonizamos. Pero quiero continuar el examen y aclararte una diferencia. Allá fuera, donde

moran los hombres, se dice: «Sé fiel a ti mismo.» Nosotros, en cambio, decimos: «Troll, *bástate* a ti mismo.»

EL EDECÁN.—*(A Peer Gynt.)* ¿Qué tal? ¿Es profundo? ¿No te dan vértigos?

PEER GYNT.—No es muy nuevo.

EL VIEJO DOVRE.—¡Que esa palabra, bastante fuerte y ostentosa, sea el lema de tu escudo!

PEER GYNT.—*(Rascándose detrás de la oreja.)* Pero si…

EL VIEJO DOVRE.—Es preciso, si quieres ser señor aquí.

PEER GYNT.—Sea. Hay que saber acomodarse…

EL VIEJO DOVRE.—Además, hijo mío, tienes que honrar las comidas y bebidas que nosotros tomamos. *(Hace una seña. Dos enanos traen de comer y beber.)* Dente lo que te den, no te ocupes de si es dulce o amargo; lo principal es que esté hecho en casa.

PEER GYNT.—*(Rechazando lo que le han traído.)* Me parece bien que comáis tales manjares; pero yo no podré acostumbrarme a ellos.

EL VIEJO DOVRE.—Pero con ellos viene la copa de oro; de quien la tenga, de ese será mi hija.

PEER GYNT.—*(Reflexionando.)* Escrito está: fuerza tu naturaleza; y después de todo, solo los comienzos son difíciles. Sea como queréis. *(Se somete.)*

EL VIEJO DOVRE.—Eso se llama ser razonable. ¿Comes?

PEER GYNT.—Ya me iré acostumbrando.

EL VIEJO DOVRE.—Luego tienes que quitarte tus vestidos de cristiano. Los nuestros son magníficos, hilados, tejidos y hechos en casa. Y sobre la cola va un lacito.

PEER GYNT.—*(Secamente.)* Yo no tengo cola.

EL VIEJO DOVRE.—Eso se arregla pronto. Te ataré la cola del Estado.

PEER GYNT.—¡No me toques! ¿Crees que soy un bufón?

EL VIEJO DOVRE.—No será nunca mi hijo quien no tenga un apéndice en la parte posterior.

PEER GYNT.—¡Convertís en bestias a los hombres!

EL VIEJO DOVRE.—Te equivocas, hijo mío; solo teniendo un lazo amarillo sobre la cola parecerás un príncipe.

PEER GYNT.—*(Para sí.)* ¡Bah, el hombre no es más que un soplo! Lo mejor es someterse al uso general. ¡Átamela!

EL VIEJO DOVRE.—Te habías puesto algo arisco. Ahora eres un mozo tratable.

EL EDECÁN.—Trata de bailar y de mover la cola.

PEER GYNT.—Esas payasadas estúpidas quédense para la servidumbre. ¿También tendré que renegar de mi fe?

EL VIEJO DOVRE.—No; esa puedes conservarla hasta la sepultura. La fe es libre, no paga impuestos; por eso no temas… Tú la llamas fe; nosotros la llamamos miedo.

PEER GYNT.—Si se mira bien, resultas una persona con quien uno puede entenderse.

EL VIEJO DOVRE.—¡Hijo mío, nosotros somos mejores que nuestra fama!… Pero desterremos toda desavenencia y pasemos a satisfacer necesidades espirituales. ¡Salid muchachas! ¡Haced sonar vuestras arpas! ¡A ver, bailarina! ¡Muévete y salta! *(Música y baile.)*

EL EDECÁN.—¿Te gusta?

PEER GYNT.—¡Hum!…

EL EDECÁN.—Tocan y cantan con gracia.

PEER GYNT.—No sé con qué ojos mirarás tú. Yo veo a una vaca pulsando las cuerdas del arpa, y a un monstruo horrible que baila.

EL EDECÁN.—¡Coméroslo!

EL VIEJO DOVRE.—Todavía ve con ojos humanos.

LAS PRINCESAS.—¡Le arañaremos, le pellizcaremos, le chuparemos la sangre!

LA VERDE.—*(Llorando.)* ¡Decir eso cuando somos mi hermana y yo las que tocamos y bailamos!…

PEER GYNT.—¿Eras tú?… ¡Bien, ya no tiene remedio! Pero supongo que sabrás comprender una broma.

LA VERDE.—Desdícete, pues.

PEER GYNT.—Música y baile eran realmente admirables.

EL VIEJO DOVRE.—Sí, ese es vuestro estilo; así lo hacéis siempre sin poderlo remediar… Y si tenéis un choque como nosotros, cura la herida, pero todo queda como estaba… Mi yerno es razonable: viste el traje que aquí se usa, vació con decoro la copa, consintió que se le atase la cola, hizo cuanto quisimos de buen grado. Ahora, hijo mío, hay que expulsar de ti para siempre al viejo Adán. Sí, hijo mío; es preciso un tratamiento enérgico para domar la obstinada naturaleza humana.

PEER GYNT.—¿Qué más quieres de mí?

EL VIEJO DOVRE.—Quiero cambiar tus ojos; te cortaré el izquierdo y te sacaré por entero el derecho. Así parecerás armónico.

PEER GYNT.—¡Me parece que no estás en tu juicio!

EL EDECÁN.—Es el viejo Dovre, amigo, que reúne en sí toda la sabiduría.

EL VIEJO DOVRE.—*(Poniendo algunos instrumentos cortantes sobre la mesa.)* Aquí está el cuchillo. Pronto verás mejor todas las cosas. La novia te parecerá perfecta; te sentirás tranquilo…

PEER GYNT.—¿Estás borracho?

EL VIEJO DOVRE.—Piensa cuántas penas y sinsabores te ahorrarás. ¿No era el ojo el que te hacía llorar?

PEER GYNT.—No siempre; a veces es una cebolla…

EL VIEJO DOVRE.—Ya dice la Biblia, acuérdate, que si te molesta tu ojo, te lo arranques.

PEER GYNT.—Pero dime, ¿durará mucho tiempo la vista de troll? ¿Cuándo recobraré mi vista de hombre?

EL VIEJO DOVRE.—¡Nunca!

PEER GYNT.—Entonces, muchas gracias.

EL VIEJO DOVRE.—¿Qué quieres?

PEER GYNT.—Volver al mundo.

EL VIEJO DOVRE.—No, aguárdate. Pudiste deslizarte en mi casa; pero ya sabes que no hay camino para salir de ella.

PEER GYNT.—No querréis obligarme por la fuerza…

EL VIEJO DOVRE.—Espero que serás razonable, príncipe. Tienes talento, y conseguirás sacudir de ti al hombre horrible… ¿Verdad que sí quieres?

PEER GYNT.—Yo sigo siendo el hijo de John Gynt. Por una novia, y mucho más con un reino encima, pasa uno por ciertas cosas; pero todo tiene un límite. Es verdad que dejé que me ataseis la cola; pero no es necesario andar siempre con ella. Me quité la chaqueta, que por cierto estaba llena de remiendos; pero me la pondré de nuevo un día. Y por lo que toca al potingue repugnante que hube de beber, tengo la esperanza de hallar un contraveneno. Estoy dispuesto a jurar que la vaca es una muchacha; mi conciencia resiste un juramento falso… Pero saber que ha de durar eternamente, que no he de volver a ver un cristiano, que he de vivir con vosotros sepultado en la montaña, encadenado, sin poder salir jamás… ¡Gracias por vuestros favores! ¡Que el diablo os lleve a todos!

EL VIEJO DOVRE.—¡El majadero conseguirá encolerizarme de veras! ¿Crees que voy a empezar de nuevo, amigo? ¡Inaudito!… Primero seduces a mi hija…

PEER GYNT.—¡Mientes!

EL VIEJO DOVRE.—Tienes que tomarla por mujer.

PEER GYNT.—No veo la razón.

EL VIEJO DOVRE.—¿Cómo? ¡Avergüénzate! ¿No le prometiste tu corazón y tu mano?

PEER GYNT.—¿Nada más? ¿Qué importancia tiene una broma semejante?

EL VIEJO DOVRE.—Sois siempre los mismos dondequiera que estéis. Para vosotros solo vale aquello que la mano coge. ¿Es decir, que tu palabra

no significa nada? ¿Un juramento es una cosa ligera, bribón?

PEER GYNT.—¡No muerdo yo tales anzuelos!

LA VERDE.—¡Peer mío, no pasará mucho tiempo antes de que seas padre!

PEER GYNT.—¡Abrid la puerta!

EL VIEJO DOVRE.—¡Tu hijo, semejante a un gato negro, te seguirá!

PEER GYNT.—*(Limpiándose el sudor.)* ¿Estoy despierto?

EL VIEJO DOVRE.—¿Qué quieres que haga de él?

PEER GYNT.—¡Mándalo al infierno!

EL VIEJO DOVRE.—Pero si reflexionas, príncipe, comprenderás que la cosa no queda resuelta con eso. ¡No es una broma tener un hijo!…

PEER GYNT.—¡No seas terco, viejo! ¡Y tú, doncella, sé razonable! ¡Dejadme salir! No soy príncipe, ni valgo nada, y para comerme estoy demasiado flaco. *(La Verde cae desvanecida y es sacada fuera.)*

EL VIEJO DOVRE.—*(Le mira un rato con profundo desprecio, y luego dice.)* ¡Estrelladlo contra las rocas!

LOS PRÍNCIPES.—Padre, antes déjanos jugar al ratón y al gato, al lobo y al cordero, al milano y la paloma con este loco.

EL VIEJO DOVRE.—¡Acabad!… Yo tengo sueño… Buenas noches. *(Vase.)*

PEER GYNT.—*(Perseguido por los príncipes.)* ¡Dejadme, canalla infernal! *(Trata de subir por la chimenea.)*

LOS PRÍNCIPES.—¡Mordámosle, pellizquémosle!

PEER GYNT.—¡Ay, ay! *(Pretende salir por la claraboya.)*

LOS PRÍNCIPES.—¡Hinquemos bien los dientes!

EL EDECÁN.—¡Cómo se divierten!

PEER GYNT.—*(Luchando con uno de ellos, que le ha mordido una oreja.)* ¡Suelta!

EL EDECÁN.—*(Dándole un golpe en la mano.)* ¡Muchacho, que estás en un palacio real!

PEER GYNT.—¡Allí hay un agujero de ratón! *(Corre hacia él.)*

LOS PRÍNCIPES.—¡Cerradle el paso!

PEER GYNT.—El viejo era malo, pero los jóvenes son bestias.

LOS PRÍNCIPES.—¡Degolladlo!

PEER GYNT.—¡Si al menos fuera un ratón!… *(Corre.)*

LOS PRÍNCIPES.—*(Formando un círculo.)* ¡Cerremos el círculo!

PEER GYNT.—*(Desesperado.)* ¡Oh, quién estuviera en casa! *(Cae al suelo.)*

LOS PRÍNCIPES.—¡A él, a él!

PEER GYNT.—*(Completamente cubierto por los príncipes.)* ¡Socorro, madre! ¡Pronto! *(Se oyen a lo lejos campanas de iglesia.)*

LOS PRÍNCIPES.—¡Oíd, suenan las campanas! *(Los enanos huyen entre gritos y lamentos. La habitación se viene abajo; todo desaparece. Profunda oscuridad. Peer Gynt da golpes al aire con una rama.)*

PEER GYNT.—¡Contesta! ¿Quién eres?

UNA VOZ.—Yo mismo.

PEER GYNT.—¡Fuera del camino!

LA VOZ.—El camino es bastante ancho.

PEER GYNT.—*(Va hacia otro lado, pero tropieza con alguien.)* ¿Quién eres?

LA VOZ.—Yo mismo. ¿Puedes tú decir otro tanto?

PEER GYNT.—Yo digo lo que me parece, y mi espada es tajante. Ten cuidado, si no quieres que lluevan sobre ti mandobles. Saúl mató a mil; Peer Gynt, a dos mil. ¿Quién eres?

LA VOZ.—El gran torcido.

PEER GYNT.—¡Bah, bah! Primero decías tonterías, y ahora te pones enigmático… ¡Déjame pasar!

LA VOZ.—Da la vuelta.

PEER GYNT.—No. *(Golpeando fuertemente.)* ¡Cayó! *(Quiere seguir, pero tropieza de nuevo.)* ¿Qué es eso? ¿Sois más de uno?

LA VOZ.—No, uno solo. Es el torcido; no hay ni rastro de sangre; el torcido está muerto, y, sin embargo, sigue viviendo.

PEER GYNT.—*(Tirando la rama.)* ¡El arma está embrujada! ¡Siente mis puños, miserable! *(Golpea.)*

LA VOZ.—Confíate en el puño; él te llevará al fin. Esa es la lucha elevada.

PEER GYNT.—La ida está tan lejos como la vuelta; dentro es tan ancho como fuera. Está aquí y allí. No encuentro por ninguna parte el fin del monstruo. ¿Cómo te llamas? ¡Muéstrate! ¿Qué casta de ser eres?

LA VOZ.—El torcido.

PEER GYNT.—*(Tanteando a su alrededor.)* No estás muerto ni vivo. ¿Tienes forma? ¿Qué eres? *(Gritando.)* ¡Pégame!

LA VOZ.—El torcido no está tan loco.

PEER GYNT.—¡Pega, pega!

LA VOZ.—¡Oh, no!

PEER GYNT.—¿No quieres luchar conmigo?

LA VOZ.—El torcido vence sin lucha.

PEER GYNT.—¡Si fueses algún enanillo, algún ser joven o viejo, al menos habría algo que aplastar! ¡Ahora se pone a roncar!…

LA VOZ.—¿Qué deseas?

PEER GYNT.—¡Emplea la violencia!

LA VOZ.—El gran torcido vence poco a poco.

PEER GYNT.—*(Mordiéndose en piernas y brazos.)* ¡Necesito sentir en la carne uñas y dientes! ¡Quiero oír gotear mi propia sangre! *(Se oye el vuelo de grandes pájaros.)*

VOZ DE PÁJARO.—¿Viene al fin?

LA VOZ EN LA OSCURIDAD.—Sí, paso a paso.

VOZ DE PÁJARO.—Conmigo vienen más atrás todas las hermanas.

PEER GYNT.—Si quieres ayudarme, muchacha, hazlo pronto. Aquí no vale ser silencioso y tímido…

VOZ DE PÁJARO.—¡Delira!

LA VOZ.—¡Ya le tenemos!

VOZ DE PÁJARO.—¡Las hermanas también!

PEER GYNT.—¡Caro se paga un poco de vida con una hora de tal dolor desgarrante!… *(Cae desfallecido.)*

LOS PÁJAROS.—¡Ahí le tienes! ¡Cógele! ¡Ya no se escapará! *(Se oyen a lo lejos campanas y cantos.)*

EL TORCIDO.—*(Cae y tiembla.)* ¡Era demasiado fuerte y había mujeres protegiéndole!

Amanecer. En la montaña, delante de la cabaña de Aase. La puerta está cerrada. Todo silencioso y solitario.

PEER GYNT.—*(Está apoyado en la pared, y duerme; luego despierta, mira a su alrededor y escupe.)* ¡Solo un pescado, salado para comer!… *(Vuelve a escupir, y ve a Helga, que viene con un cesto de comida.)* ¿Eres tú, chiquilla? ¿Para quién es eso?

HELGA.—Para Solveig.

PEER GYNT.—*(Da un salto.)* ¿Dónde está?

HELGA.—No lejos de ti.

SOLVEIG.—*(Detrás de la pared.)* ¡No te acerques a mí! ¡Quédate ahí!

PEER GYNT.—*(Quieto.)* ¿Crees que te iba a llevar enseguida?

SOLVEIG.—¡Avergüénzate!

PEER GYNT.—¿Sabes dónde he estado esta noche? El príncipe de los Dovre viene detrás de mí.

SOLVEIG.—Por eso tendrían un sonido tan claro las campanas hoy.

PEER GYNT.—A Peer Gynt no le atrae con esos sones. *(Solveig se va.)*

HELGA.—*(Llorando.)* ¡Siempre la asustas con tus cosas! ¡Espera! *(La sigue.)*

PEER GYNT.—*(Cogiéndola del brazo.)* Mira lo que tengo en mi bolsillo: un botón de plata. Te lo daré si hablas por mí.

HELGA.—¡Ay, suéltame!

PEER GYNT.—¡Ahí tienes, toma!

HELGA.—¡Déjame!

PEER GYNT.—¡Dios te bendiga si…!

HELGA.—¿Quieres comerme?

PEER GYNT.—No; dila tan solo que no me olvide. *(Helga se va corriendo.)*

Acto tercero

En medio de un bosque de pinos. Tiempo turbio de otoño. Nieva. Peer Gynt, en mangas de camisa, está derribando un árbol.

PEER GYNT.—*(Mientras golpea con el hacha un viejo pino.)* ¡Oh, qué duro eres, viejo amigo! Pero no durarás mucho tiempo; ya empiezas a inclinarte. *(Vuelve a golpear.)* Ya veo que tienes una coraza de acero; pero yo tengo golpes innumerables. Y aunque extiendas con dolor tus brazos, es natural que te quejes; al fin tendrás que morder la hierba. *(Deja de pronto de golpear.)* ¡Bah, qué absurdo! No es más que un árbol viejo; no es un caballero con coraza de acero. ¡Trabajo duro este de derribar árboles!… Y cuando a los golpes se mezclan sueños y hambre, es doblemente amargo. Esto no puede seguir así; no puedes vivir de este modo, tejiendo tus sueños entre nieblas… Te falta la paz, muchacho; estás acorralado en el bosque. *(Golpea un rato.)* Te falta la paz, sí. No tienes madre, y nadie te pone la mesa conocida. Si quieres comer, tienes que traerte la comida del bosque, del río…, y está fría. Corta astillas y hazte fuego, ásate raíces y peces; y mientras partes astillas, sigue con tus sueños. Si necesitas vestidos, vete de caza, arranca piedras para tu casucha baja, levántate temprano con los pájaros que pían, corta en el bosque vigas resistentes, y llévatelas a cuestas a tu casa. *(Tira el hacha y mira al suelo.)* Será hermosa; la torre y la veleta proclamarán la vivienda del rico señor; cortaré un remate magnífico, una sirena saliendo del mar. La veleta y las rejas serán de metal amarillo, y yo me buscaré cristales para que las gentes se paren atónitas a mirar tanto esplendor desde los montes lejanos. *(Ríe dolorosamente.)* ¡Imágenes malditas, otra vez volvéis!… Te falta paz, muchacho. *(Golpeando con fuerza.)* Tu techo contra las inclemen-

cias del tiempo serán unas cortezas. *(Mira arriba hacia el árbol.)* Está vacilante. ¡Tiene que caer! *(Golpea.)* ¡Cae, y desgarra y troncha las ramas jóvenes! *(Empieza a quitar las ramas. De pronto se para a escuchar con el hacha levantada.)* ¡Alguien viene! ¿Eres tú, viejo de Hägstad? ¡Astuto viejo! *(Se esconde detrás del árbol y espía.)* ¡Un mozo! ¡Uno solo!… Parece asustado; mira con miedo a su alrededor… ¿Qué tiene escondido en el bolsillo?… ¡Una navaja!… Se queda vacilante y tembloroso. Pone la mano sobre el tronco de un árbol tronchado. ¿Qué es eso? Está todo tembloroso. ¡Detente!… Se ha cortado. ¿No se ha cortado un dedo?… Lo envuelve en un trapo… *(Levantándose.)* ¡Diablo de hombre! ¡Un dedo completamente cortado! ¡Y con qué precauciones y cuidados!… ¡Ah, vamos, es que quiere librarse del uniforme de soldado! Eso es. Tenía que marchar a la guerra y no le agradaba. ¿Pero cortar así, separarse de un miembro?… Sí, pensarlo, bien; desearlo… ¿Pero hacerlo de veras?… ¿Cómo voy a llamar esto?… *(Mueve la cabeza y vuelve a su trabajo.)*

La casa de Aase. Todo está en desorden; los armarios están abiertos y los vestidos yacen en dispersión por todas partes; en la cama hay un gato. Aase y una mujer están ocupadas en empaquetar.

AASE.—*(Corriendo hacia un lado.)* ¡Kari, oye!

LA MUJER.—¿Qué desea usted?

AASE.—*(Corriendo hacia el otro lado.)* Dime… ¿Dónde está? ¡Habla! Te pregunto… Pero ¿qué busco yo? ¡Estoy como loca!… ¿Dónde está la llave?

LA MUJER.—Está puesta en la cerradura.

AASE.—¿Qué ruido es ese?

LA MUJER.—El último carro que sale para Hägstad.

AASE.—*(Llorando.)* ¡Ojalá que me sacasen a mí misma en un ataúd! ¡Yo muero! ¡La carga es demasiado pesada! ¡Que Dios tenga compasión de mí!… ¡La casa está vacía; el Juzgado se llevó lo que los otros no quisieron; en camisa nos quedamos! ¡Qué manera de hacer valer sus derechos!… *(Se sienta al borde de la cama.)* Nunca salvaremos ni casa ni hacienda; si el

viejo es malo, el Juzgado es peor. No habrá remedio ni compasión; y como Peer no estaba, no sabía qué hacer.

LA MUJER.—Pero puede usted quedarse aquí viviendo hasta la muerte.

AASE.—Sí, nos hicieron esa limosna a mí y al gato.

LA MUJER.—¿Qué es de Peer? ¡El muchacho la sale caro!

AASE.—¿Él? ¿Peer?… ¡Hablas tontamente y sin saber lo que dices! Ingrid volvió a casa sana y salva. ¡Contra el demonio era contra quien debían incomodarse, que es el que ha tenido la culpa de todas estas desavenencias! Él fue quien tentó a mi hijo.

LA MUJER.—¿No estará bien seguir el uso antiguo? Llame al párroco. Puede que sea necesario.

AASE.—¿Al párroco?… ¡Oh, sí; yo también lo pensaba! *(Fuera de sí.)* ¡Pero no, no puedo! ¡Aunque me costara la vida!… ¡Ayudaré a mi hijo como es mi deber; no seguiré el ejemplo de los malos! ¿Dónde está la chaqueta que le arreglé? ¡Con qué gusto le hubiese mandado una piel! ¿Dónde están los calcetines? Quiero remendárselos.

LA MUJER.—Allí están entre cacharros rotos.

AASE.—*(Revolviendo entre las cosas.)* ¿Qué es esto? Sí, es la cuchara vieja con que tantas veces jugaba. La ha fundido y hecho él mismo. Era un día en que estaban de merienda, cuando llegó él y pidió un pedazo de estaño. El padre, John Gynt, que estaba de buen humor en la borrachera, se sintió espléndido y gritó: «¡Toma; en vez de estaño, aquí tienes una moneda de plata!» ¡Dios perdone al bribón!… Aquí están los calcetines. ¡Agujero sobre agujero!… No vale casi la pena de remendarlos.

LA MUJER.—Pero piensa que…

AASE.—Cuando acabe, me iré a la cama, es decir, a las tablas duras. ¡Me falta el aliento!… *(Alegremente.)* ¡Dos zamarras de lana!

LA MUJER.—Las olvidó el ejecutor.

AASE.—¡El canalla!… Una quiero mandársela con la chaqueta… Pero no, será mejor que le mandemos las dos; la que tiene está ya muy gastada.

LA MUJER.—Pero, Aase, yo creo que es pecado…

AASE.—Puede ser; pero ya sabes que el párroco promete el perdón de todas las faltas.

Delante de una cabaña en el bosque. Hay mucha nieve. Está oscuro. Peer Gynt está delante de la puerta clavando una gran tranca de madera.

PEER GYNT.—*(Se ríe en voz alta de tiempo en tiempo.)* Hay que poner una tranca muy fuerte para que no pasen todos esos enanos, hombres y mujeres. Si no, entran y clavan sus uñas en los cuerpos de los que duermen. Vienen cuando oscurece, llaman despacio a la puerta; conozco la canción: «Abre, Peer Gynt; bailaremos y cantaremos debajo de la cama, entre la ceniza; luego subiremos por la chimenea. ¡Ji, ji! ¡Peer Gynt cree que podrán algo clavos y trancas contra nuestras ideas diabólicas!…»

(Solveig viene caminando; lleva un pañuelo a la cabeza y un hatillo en la mano.)

SOLVEIG.—¡Dios bendiga el trabajo! ¡Sé amable conmigo! Me has llamado, y aquí estoy.

PEER GYNT.—¿Es verdad, Solveig? ¿Eres tú de veras?… ¿Sí? ¿Y no te da miedo acercarte a mí?

SOLVEIG.—Primero me avisó Helga; pero luego, el viento acariciador siguió trayéndome noticias tuyas. Te veía y te oía en mis pensamientos cuando tu madre contaba historias tuyas; cuando a la noche venían los sueños, escuchaba una voz que me atormentaba, una voz que decía gozosamente: «¡Puedes venir!» Y no encontraba gusto en nada. Me parecía que no había luz para mí; no podía ni reír ni llorar. No sabía si tú me deseabas; solo sabía que tenía que venir.

PEER GYNT.—Pero ¿y tu padre?…

SOLVEIG.—No hay nada en el mundo que pueda contenerme. He roto todos los lazos.

PEER GYNT.—¡Solveig!… ¡Oh, no!… ¿Para venir conmigo?…

SOLVEIG.—¡Contigo solo! ¡Lo eres todo para mí, amado! *(Rompiendo a llorar.)* Pero fue difícil el separarme de mi hermanita y de mi padre, y más

difícil todavía de la que me dio el ser… ¡Pero perdóname, Dios mío, no sé lo que digo!… Lo más difícil fue separarme de todos.

PEER GYNT.—Pero ¿sabes la pena severa que me ha excluido de mi casa?

SOLVEIG.—Cuando dejé a los míos no fue para buscar la comodidad de otra casa.

PEER GYNT.—¿Y sabes que me acechan y que me cogerían en cuanto traspasase la linde del bosque?

SOLVEIG.—He venido a través de tormentas y desolación. Cuando me preguntaban: «¿Dónde vas?», respondía: «A casa».

PEER GYNT.—¡Entonces, fuera con trancas, clavos y tablas! Ya no vendrán más seres diabólicos. Si tú quieres quedarte con el cazador, la cabaña será sagrada. ¡Oh, déjame que te mire! ¡Pero no tan cerca! ¡Qué dulce y qué hermosa eres! ¡Nada más que mirarte! ¡Te levantaré en mis brazos!… ¡Qué suavidad y qué ligereza! Cuando te llevo, no siento peso alguno. No te ensuciaré, no tengas miedo. Te sostendré con los brazos estirados. ¡Cuándo iba yo a pensar que un día te calentaría en mi cabaña!… Pero quiero levantar para ti una casa nueva y más hermosa. ¡Qué feo me parece ahora todo aquí!

SOLVEIG.—Pero si es hermoso, es una delicia aspirar este aire puro y refrescante. Allá abajo me parecía vivir en una caverna; el aire era pesado y apretaba el pecho. Por eso me he marchado. Pero aquí, donde el viento sopla entre los pinos, me siento en casa. Aquí quiero vivir.

PEER GYNT.—¿Pero para siempre? ¿Para toda la vida?

SOLVEIG.—Para mí no hay vuelta posible.

PEER GYNT.—Sé firme, pues, y entra, que traeré leña para charlar al arrimo del calor. *(Abre. Solveig entra. Se queda un momento parado y salta de júbilo.)* ¡Reina mía, al fin te he hallado! ¡Ahora están curadas todas las heridas!

(Entra una mujer vieja con un niño muy feo.)

LA MUJER.—¡Buenas noches, Peer!

PEER GYNT.—¿Qué ocurre? ¿Quién está ahí?

LA MUJER.—Conocidos, Peer Gynt. Mi cabaña está cerca; somos vecinos.

PEER GYNT.—¿Sí? Es extraño…

LA MUJER.—Cuando construías era también para mí.

PEER GYNT.—*(Quiere irse.)* Tengo prisa.

LA MUJER.—La has tenido siempre; pero yo te seguiré sin descanso.

PEER GYNT.—¡Te equivocas, mujer!

LA MUJER.—Ya otra vez lo hice; fue en el tiempo en que me lo prometiste todo.

PEER GYNT.—¿Que yo te prometí?… ¿A ti?…

LA MUJER.—Y no cumpliste. ¿Olvidaste cuando estuviste en la sala de los Dovre?

PEER GYNT.—Olvidé lo que nunca he sabido. ¿Por qué recuerdas con placer diabólico esas cosas? ¿Cuándo nos hemos visto nosotros dos?

LA MUJER.—Lo primero ocurrió como lo último. *(Al chico.)* Da de beber a tu padre; tendrá sed.

PEER GYNT.—¿Padre? ¿Estás borracha? ¿Dices que es…?

LA MUJER.—¿No lo conoces? ¿Dónde tienes los ojos? Pues te hace honor. Tiene paralíticas las articulaciones de una pierna como tú el cerebro.

PEER GYNT.—¿Cómo te atreves…?

LA MUJER.—Sin duda que no es un ángel…

PEER GYNT.—¿Ese chicuelo bizco y con esas piernas largas…?

LA MUJER.—¡Qué quieres, poco a poco le fueron creciendo!

PEER GYNT.—¡Animal repugnante!…

LA MUJER.—¡Qué duro eres, Peer! *(Llorando.)* ¿Qué culpa tengo de no ser ya hermosa como cuando me sedujiste allá en lo alto? Y luego cuando di a luz estaba a mi lado el demonio, y la criatura se resiente de eso. Pero si quieres mirarme tan dulcemente como en aquel tiempo, tienes que echar a

la que está allá adentro, desterrarla de tus ojos y de tu memoria. Si lo haces, se marchará también el *animal*.

PEER GYNT.—¡Apártate de mí, bruja!

LA MUJER.—¿Y adónde voy a ir?

PEER GYNT.—¡Si no, te romperé la cabeza!

LA MUJER.—Es inútil. Todo lo soportaré, Peer Gynt. Vendré todos los días a vuestra casa, me deslizaré hasta vuestra puerta, miraré por las aberturas; no me apartaré de vosotros. Si estás sentado a su lado, si eres cariñoso y enamorado, me sentaré también y exigiré mi parte. Te abrazaremos alternativamente. ¡Adiós! Mañana puedes enviar a por el párroco.

PEER GYNT.—¡Mujer diabólica!…

LA MUJER.—Casi lo olvidaba: te quedarás con el chico y le darás de comer. Diablillo, ¿quieres quedarte con tu padre?

EL CHICO.—*(Escupiendo en la dirección de él.)* ¡Oh, sí; le golpearé con mi maza!

LA MUJER.—*(Besando al chico.)* ¡Dame un beso, Pedrito mío! Dentro de poco serás lo mismo que tu padre.

PEER GYNT.—*(Golpeando el suelo con el pie.)* ¡Ojalá estuvierais tan lejos…!

LA MUJER.—¿Tan lejos como estamos cerca?

PEER GYNT.—*(Retorciéndose las manos.)* ¡Y todo esto ahora!…

LA MUJER.—El pecado es tuyo. Tú lo has querido.

PEER GYNT.—¡Ay, mi dulce amada! ¡Solveig pura como el oro! ¿Y todo hoy?…

LA MUJER.—El inocente tiene que pagar, dijo el demonio cuando la madre le apaleaba porque su padre estaba borracho. *(Se va con el chico hacia la espesura. El chico le tira a Peer el jarro de cerveza.)*

PEER GYNT.—*(Tras un largo silencio.)* Anda por el mundo, me dijo, y ahora también es verdad. ¡Qué pronto se deshizo mi castillo en el aire! Ya subían los muros, ya lo veía terminarse… La esperanza se nubló, el porvenir se hizo viejo. Fuera no hay ningún camino que me lleve a ella… ¿Nin-

guno? ¡Aunque tuviese que cruzar una tabla en un abismo insondable!… Sobre el remordimiento que conmueve los corazones había algo, pero no sé lo que era, en un libro… Lo he olvidado, y por mucho que busque no encontraré guía en este desierto. ¿Remordimiento?… Muchos años tendrán que pasar antes de que lo haya encontrado. ¡Una cosa bien triste!… ¡Romper lo que era uno, limpio y hermoso, y luego reunir los pedazos y pegarlos para formar una imagen desfigurada!… ¡Pero fuera con mentiras y sueños de brujas! Ahora que la horrible mujer desapareció de mi vista… ¡De la vista, sí, pero no del pensamiento! Mis pensamientos me siguen adondequiera que me vuelva, y me señalan irónicamente a Ingrid y a las otras tres que uní a mí. ¿Quieren venir también? Me tienden las manos, como si pidiesen que las abrazara, que las llevara en mis brazos como a la que está allá adentro en la cabaña… ¡Márchate por el mundo, amigo; aunque tus brazos fuesen tan largos como los pinos que se elevan al cielo, la tendría demasiado cerca de mí, perdería el brillo y el encanto puro! ¡Fuera de un modo o de otro! ¡Tengo que salir de este círculo embrujado! ¡Lo mejor sería si pudiese olvidar!… *(Da algunos pasos hacia la cabaña, y luego se para.)* ¿Ir a verla cuando todo vacila y arde en mí? ¿Con todo el ejército de brujas y enanos? ¿Callar hablando? ¿Ocultar confesando?… *(Tira el hacha.)* ¡Es Nochebuena!… ¿Ir ahora a verla, a buscarla?… ¡Dios me castigará si tal hiciese!

SOLVEIG.—*(En la puerta.)* ¿Vienes?

PEER GYNT.—*(A media voz.)* ¡Vete por el mundo!

SOLVEIG.—¿Cómo?

PEER GYNT.—Tienes que esperar; voy a traer más leña.

SOLVEIG.—Te ayudaré; nos dividiremos la carga.

PEER GYNT.—No, quédate aquí; la traeré yo solo.

SOLVEIG.—¡Pero no me hagas esperar demasiado!

PEER GYNT.—Mucho o poco…, tienes que esperar.

SOLVEIG.—*(Asintiendo con la cabeza.)* ¡Sí; te esperaré!

(Peer Gynt se va a lo largo del camino del bosque. Solveig queda en pie a la puerta de la casa, que está abierta.)

Habitación de Aase. Hay fuego en la chimenea. Un gato está sentado sobre una silla, a los pies de la cama. Aase está acostada e intranquila.

AASE.—Todavía no se le ve, y el camino no es tan largo; no tengo a nadie para enviarle, y el tiempo apura. ¡Tan pronto lo que yo creía tan lejos!… El corazón se me aprieta… Además, me atormenta el pensar si no le habré educado con demasiada severidad.

PEER GYNT.—*(Entrando.)* ¡Buenas noches!

AASE.—¡Por fin vienes, hijo mío! ¡Alabado sea Dios! ¡Se portaron infamemente contigo! ¡Oh, qué complot de malvados!…

PEER GYNT.—Eso me preocupa poco; no he venido más que para verte.

AASE.—Sí, que se avergüence Kari, y yo podré irme en paz.

PEER GYNT.—¿Irte? ¿Adónde? ¿Quién fue el que te lo ordenó?

AASE.—Oh Peer, ¡se acaba todo!… ¡Esto es… la muerte!

PEER GYNT.—*(Paseando arriba y abajo.)* Viví entre animales salvajes; aquí creía que podía sentirme libre… ¡Pero tiemblas, parece que tienes frío!…

AASE.—Sí, Peer; pronto se habrá acabado. Cuando mis ojos hayan perdido su fuerza, ciérramelos suavemente y guarda en el ataúd los viejos huesos para que descansen. Pero que me lo pinten bonito. Solo que…

PEER GYNT.—No me enternezcas, madre.

AASE.—Lo que faltará será el dinero para pagarlo… *(Mirando alrededor.)* ¿Qué podremos coger?

PEER GYNT.—*(Con dureza.)* Ya sé que es culpa mía. ¿Por qué me lo recuerdas?

AASE.—No, la culpa es mía por haber tolerado que empezases a beber. Estabas borracho, hijo mío, ¿qué ibas a hacer? ¡Así diste el salto aquel!… ¡Naturalmente, estabas loco!

PEER GYNT.—Vale más que dejemos descansar la cosa hasta mañana. *(Sentándose al borde del lecho.)* Madre, déjanos pensar lo que puede hacer-

se, y hablemos tranquilamente, olvidando lo que nos oprime. ¡Ah!, allí está el viejo gato; le creía muerto hace tiempo.

AASE.—La última noche hacía unas cosas tan extrañas… ¿Significa eso la muerte?

PEER GYNT.—*(Evasivamente.)* ¿Qué hay de nuevo en el pueblo?

AASE.—*(Sonriendo.)* En la montaña parece que a veces una muchacha va a buscar a su amante lejano.

PEER GYNT.—*(Rápidamente.)* ¿Has visto a Mats Moen?

AASE.—*(Continuando.)* Se dice que no la encuentra nadie por su camino secreto. Debías informarte; acaso supieras remedio…

PEER GYNT.—¿Puedes decirme algo del herrero?

AASE.—¡No me hables de ese espíritu impuro! No necesitas atormentarte. Ya sabes cómo se llama la muchacha.

PEER GYNT.—Déjanos pensar en lo que puede hacerse, y hablemos tranquilamente, olvidando lo que nos oprime. Si tienes sed, te daré de beber. Estírate; la cama no es larga. Y ahora que me fijo, ¿no es mi propia cama? ¿Recuerdas cómo por las noches me acostabas y, sentada al borde, me tapabas con la piel de cordero y me cantabas canciones?

AASE.—¡Ya lo creo! Jugábamos a los trineos cuando padre estaba fuera; subíamos y bajábamos, y recorríamos el *fjord*.

PEER GYNT.—Pero lo más emocionante era cuando íbamos a caballo. Todavía me estremezco al recordarlo.

AASE.—¿Crees que no pienso en ello? El gato estaba sentado solemnemente, como en un trono, sobre una silla alta…

PEER GYNT.—Al palacio que está al oeste del Sol, al palacio que está al este de la Luna, al palacio de Yoria-Moria[1] iba el viaje. Yo cogía un bastón, que hacía veces de látigo…

AASE.—Yo iba al pescante.

PEER GYNT.—El gato se acurrucaba. Y tú me abrochabas la chaqueta y me preguntabas si tenía frío. ¡Que Dios te bendiga, vieja mía, y a tu corazón de niña!… Pero ¿te quejas?

AASE.—Me molesta una arruga.

PEER GYNT.—Incorpórate, apóyate en mí… Eso es; ahora estás bien.

AASE.—*(Inquieta.)* No, Peer; de nada sirve. Lo mejor es que me vaya enseguida.

PEER GYNT.—¡Bah, no digas eso! Tápate con la piel; yo me sentaré al borde de la cama, y te acompañaré como un viejo amigo, y te cantaré canciones.

AASE.—Vale más que te calles. ¡Tengo mucho miedo!

PEER GYNT.—Eso no son más que imaginaciones, madre. Todo se arreglará. En el palacio de Yoria-Moria hay boda de príncipes.

AASE.—Pero ¿estamos invitados, Peer?

PEER GYNT.—¡Claro que lo estamos! *(Rodea con un cordel la silla en que está sentado el gato, coge un bastón y se sienta al borde de la cama.)* ¡Caballo, apresúrate, no te hagas el perezoso; madre, va con nosotros!… ¡Sí, sí, ya se ve; llevas un paso!…

AASE.—Peer, hay algo que ríe y suena…

PEER GYNT.—Son las campanillas del caballo.

AASE.—Y ahora estalla y canturrea…

PEER GYNT.—Pasamos por un terreno húmedo.

AASE.—¡Para! ¡De las alturas amenazadoras vienen suspiros y gritos tan estridentes!…

PEER GYNT.—Es que la tormenta suena en las copas de los árboles… Estate tranquila.

AASE.—Brillan miles de ventanas… ¿Qué resplandor es ese?

PEER GYNT.—El castillo está lleno de fantasmas… ¿Oyes?…

AASE.—¡Una danza!…

PEER GYNT.—Pero allá afuera está San Pedro, y te invita a entrar amistosamente.

AASE.—¿Me saluda?

PEER GYNT.—Está sonriente y escancia vino del más dulce.

AASE.—¿Cómo? ¿Vino? ¿Tiene pasteles también?

PEER GYNT.—Naturalmente, cuantos se quieran. La mujer del pastor viene a buscarte y te ofrece café y confituras.

AASE.—¿Y nos encontraremos allí?

PEER GYNT.—Siempre que quieras.

AASE.—¡Oh Peer, siendo contigo me marcharía a gusto de este mundo!

PEER GYNT.—*(Restallando el látigo.)* ¡Aprisa, caballo; que no te tenga que azuzar!

AASE.—Pero ¿vas bien, Peer?

PEER GYNT.—El trineo va por el camino real.

AASE.—No, Peer; vamos mal.

PEER GYNT.—Ya veo el castillo; el viaje se acaba.

AASE.—¡Oh Peer, no quiero temblar! ¡Acaso todo salga bien!

PEER GYNT.—¡Pronto podrás comer, caballo mío! En la puerta hay gran gentío. Peer Gynt llega con su madre, sentada en su regazo. ¿Qué dices tú, San Pedro? ¿Dejas entrar a madre? ¡Abre, viejo verde! ¡Deja que griten las almas piadosas! A mí pueden seguir maldiciéndome; así como así pocas veces las habré edificado. Y, sin embargo, tendrías que buscar largo tiempo para encontrar una piel tan honrada como la mía. Bien, no quiero molestar a los timoratos; daré la vuelta. Me he burlado de ellos muchas veces y me lo han tomado a mal. Pero a ella tenéis que honrarla y respetarla y hacer cuanto os pida; porque si bien se considera…, muchos sanos hay que están enfermos… ¡Pero allí está Dios Padre! ¡Ahora vas a ver, San Pedro!… *(Con voz profunda.)* ¡Calla con tus tonterías! ¡Aase puede entrar cuando quiera! *(Se ríe en alta voz y mira a su madre.)* Si quisieras, te cantaría una canción. *(Con miedo.)* Madre, ¿cómo estás así tan rígida y sin moverte? *(Va a la cabecera de la cama.)* ¡No estés así mirando tan fijamente! ¡Habla, madre!… ¡Es tu Peer!… *(La toca la frente y las manos; luego tira el cordel en la silla y dice con voz apagada.)* ¿De modo que…? *(Como si se dirigiese al caballo.)* ¡Puedes descansar y esperar! ¡No seguiremos en mucho tiempo! *(La cierra los ojos y se inclina sobre ella.)* ¡Gracias por todo, por las riñas y

los golpes, y las bromas y los besos! ¡Y tú dame también las gracias por el viaje!… *(Oprimiendo su boca con su mejilla.)* ¡Este es el fin!

KARI.—*(Entrando.)* ¡Cómo…, Peer!… ¿De modo que ya ha pasado la pena mayor? ¡Qué sueño más sano duerme!… ¡Oh!…

PEER GYNT.—¡Silencio! ¡Ha muerto! *(Kari llora sobre el cadáver. Peer Gynt pasea largo tiempo arriba y abajo en la habitación; por fin se para delante de la cama.)* ¡Ahora a tributarle las últimas honras, y luego fuera, por valles y montañas!…

KARI.—¿Vas muy lejos?

PEER GYNT.—Al mar.

KARI.—¿Tan lejos?

PEER GYNT.—Y más lejos aún.

---

1. De un cuento noruego.

Acto cuarto

En la costa sudoeste de Marruecos. Bosque de palmeras. Una mesa puesta. Tiendas de campaña. Hacia dentro del bosque, tiendas de campaña. En el mar, un yate de vapor con banderas noruega y americana. En la playa, un bote. El sol se está poniendo. Peer Gynt, un hombre guapo de media edad, con elegante traje de viaje y unos anteojos de oro sobre el pecho, preside la mesa. Master Cotton, monsieur Ballon, von Eberkopf y Trompeterstrahle están a punto de terminar la comida.

PEER GYNT.—¡Bebed, señores míos! Cuando se ha nacido para la alegría hay que hacer honor a la sociedad. ¿Cómo es aquello? Lo perdido, perdido, y lo ido, ido. ¿Quieren ustedes algo más?

MASTER COTTON.—¡Qué finamente lo ha dispuesto usted todo!

PEER GYNT.—La honra la comparto con mi dinero y con mi cocinero.

TROMPETERSTRAHLE.—¡Viva! ¡Brindo por la salud de los cuatro!

MONSIEUR BALLON.—Monsieur, tiene usted un gusto, un buen tono, que hoy es muy difícil de encontrar en hombres que viven *en garçon*. Un algo que no se puede explicar.

VON EBERKOPF.—Un reflejo de una consideración libre del mundo, un poco de cosmopolitismo y un poco de desprecio. Una mirada que penetra en la lejanía y que no se ve turbada por niebla alguna. Un hálito de una misión superior, acompañado de experiencia práctica y una originalidad…, un *pli*… ¿Verdad, monsieur, que esto era lo que pensaba usted?

MONSIEUR BALLON.—Es posible; pero debo confesar que en francés no suena tan bien.

VON EBERKOPF.—¡Eh, bien! En eso acierta usted. En francés resultaría demasiado seco. Pero si quisiéramos profundizar en la causa verdadera…

PEER GYNT.—Es fácil de encontrar. La razón es que no estoy sometido al matrimonio. Sí, señores; la cosa es clara o yo no entiendo la vida. El hombre tiene que ser él mismo, y tiene que seguir siendo lo que era. ¡Hay que preocuparse de sí y de lo suyo! ¿Y es posible eso si tengo que preocuparme también de otros?

VON EBERKOPF.—¡Este ser en sí y para sí le habrá costado a usted algunas luchas!

PEER GYNT.—Sí, claro está; antes sí; pero siempre salvé el honor. Solo una vez estuve a punto de caer. Era una santita, modosa y humilde; yo no sé cómo fue, pero yo estaba perdidamente enamorado. La mujer era de familia real.

MONSIEUR BALLON.—¿De veras?

PEER GYNT.—*(Con negligencia.)* Una de las familias… ¡Ya saben ustedes!…

TROMPETERSTRAHLE.—*(Golpeando sobre la mesa.)* ¡Estos despreciadores del pueblo!…

PEER GYNT.—*(Encogiéndose de hombros.)* Los grandes desposeídos ponen un orgullo especial en alejar de su escudo manchas plebeyas, y se adornan con remiendos de púrpura.

MASTER COTTON.—¿De modo que se habrá enfriado el amor?

MONSIEUR BALLON.—Estoy viendo el espanto de la familia.

PEER GYNT.—No, *au contraire*.

MONSIEUR BALLON.—¡Ah!…

PEER GYNT.—Ya comprenden ustedes… Había cosas que mataban todo orgullo y que hacían desear que la unión se hiciese lo más pronto posible. Pero hablando francamente, el honor que se me hacía no correspondía a mi

inclinación; yo soy muy difícil de contentar. Y cuando el viejo vino a hablarme de un cambio de posición, de mi unión con una casa aristocrática, de ejecutorias y deberes superiores y otras tonterías, me llamé a engaño, rechacé su ultimátum y dejé plantada a la novia. *(Teclea con los dedos sobre la mesa en ademán contemplativo.)* Sí, en el mundo rige un destino sobre el que con razón edificamos los hombres, y esto fortalece nuestra confianza en Dios.

MONSIEUR BALLON.—¿Y acabó así la historia?

PEER GYNT.—No, ni mucho menos; porque luego se mezclaron gentes extrañas. Se produjo un gran griterío, me estrechaban de todas partes, sobre todo los jóvenes. Me batí con siete; mi honor no padeció lo más mínimo.

VON EBERKOPF.—Tiene usted para la vida el ojo que eleva al hombre al rango de pensador. Mientras otros vacilan y se paran indecisos ante todas las apariencias confusas, y siempre yerran, usted sabe reducirlo todo a unidad. Usted ve la esencia, y no la forma; sus sentidos de usted no se engañan. La luz que emana de su concepción del mundo se esparce en miles de rayos… ¿De veras que no ha estudiado usted?

PEER GYNT.—No puedo pagar más que con moneda propia. Yo soy autodidacto; aprender metódicamente es una insensatez; yo he pensado, y poco a poco me fui enterando. Comencé a estudiar en edad madura. Primero empecé con la historia, pero, naturalmente, solo la aprendí fragmentariamente, y como la religión en circunstancias difíciles es también un buen auxilio, la estudié sumariamente. De ese modo logré algo, porque si me hubiera tragado libro tras libro no hubiera ido tan lejos.

MASTER COTTON.—¡Eso es ser hombre práctico!

PEER GYNT.—*(Encendiendo un cigarro.)* Vea usted cómo ha transcurrido mi vida, amigo. Cuando llegué a América tenía vacíos los bolsillos; pasé hambre, tuve que afanarme por el pan día tras día, aguardando el buen momento. ¡Pero la vida es tan hermosa y la muerte un trago tan amargo! Por fin la vida comenzó a sonreírme y la suerte a favorecerme más y más. Las cosas marchaban bien. Y como yo ayudaba a la fortuna, caminábamos cada vez con mayor velocidad. A los diez años era el Creso de los armadores de Charlestown. Se me conocía en todos los puertos y la felicidad iba conmigo a bordo.

MASTER COTTON.—¿Y a qué negocio se dedicaba usted?

PEER GYNT.—Principalmente a la trata de negros.

MONSIEUR BALLON.—*¡Fi donc!*

TROMPETERSTRAHLE.—¡Por vida de Peer!…

PEER GYNT.—Parece que no lo encuentran ustedes bien; hasta quizás les parezca un poco sucio. Sí, yo también lo sentía vivamente; la cosa era odiosa de veras. Pero, creedme, una vez que se ha empezado es muy difícil desligarse. En empresas de naturaleza tan delicada, pararlas de repente produciría grandes complicaciones…, miles de brazos quedarían ociosos… Este *de repente* no me gusta en general; es demasiado sonoro, demasiado estridente. Sin embargo, debo decir que siempre respeté los límites establecidos entre lo que está permitido y lo que no lo está. Entretanto fueron pasando los años, me acercaba a los cincuenta y empezaron a salirme los cabellos grises que pueden verse en mis sienes. Y aun cuando soy fuerte me apena, sin embargo, la idea de cuándo se acercará la hora en que seremos clasificados, en que se separará a los lobos de los corderos. ¿Qué hacer? Era evidente que tenía que continuar con los viajes a China. Entonces encontré una idea: al mismo tiempo que enviaba ídolos enviaba misioneros; les daba los artículos necesarios, como medias, biblias, ron y arroz…

MASTER COTTON.—¿Pero con ganancia?

PEER GYNT.—¡Naturalmente! Cada cosa tiene su precio. La combinación fue excelente; pronto se vieron los resultados. Por cada ídolo exportado había un coolí convertido; así quedaban neutralizados los efectos y el campo no estaba nunca en barbecho, pues había quien lo cultivase con afán.

MASTER COTTON.—¿Pero las mercancías africanas?…

PEER GYNT.—Con esas procedí también éticamente, de un modo objetivo, como correspondía, y encontré manera de transformar el negocio. Porque la cosa tenía sus peligros, no solo en el clima de los trópicos, en las enfermedades, en los piratas, sino también en trampas humanitarias puestas por nuestros filántropos. De modo que la cosa comenzó a vacilar y yo pensé: «¡Abajo las velas antes de que el negocio sea imposible!» Me compré terrenos en el sur y me quedé con el último lote de carne, que era de primera calidad. Prosperaron y engordaron como si se les cebase, y ambas partes estábamos contentas. Yo los cuidaba incansablemente, y, puedo decirlo,

como un padre; pero Dios me protegía y pronto pude recrearme en mis ganancias. Construí escuelas para la infancia, y procuré que la virtud no descendiese por bajo de un cierto nivel. Entre estos negritos el termómetro no está demasiado alto; yo procuraba evitar tan solo los mayores abusos. Ahora me he desentendido de la empresa y he vendido la plantación modelo. El último día les di a las gentes de beber, un paquete de cigarros y un poco de rapé. De este modo estoy bastante satisfecho y pienso que, como dicen, hace el bien quien no hace el mal. Lo pasado descansa para siempre; la virtud debe reinar sola e inclinar la balanza contra los pecados antiguos.

VON EBERKOPF.—*(Chocando su copa con la suya.)* ¡Qué efecto refrescante y tonificante el ver cómo realiza usted principios, cómo da vida a teorías sin fijarse apenas en lo exterior!

PEER GYNT.—*(Que durante lo anterior ha bebido bastante.)* Nosotros, las gentes que estamos cerca del polo, entendemos la lucha por la vida. El arte difícil de…

MASTER COTTON.—¿Qué arte dice usted, querido amigo?

PEER GYNT.—Uno pequeño, pero altamente peligroso, del que nadie puede prescindir. *(Vuelve a beber.)* Lo que se pide ante todo es el arte de osar, el valor de la acción. Ir por el camino libre en medio de los lazos traidores de la vida. Saber que cada día se renueva la lucha y el dolor de la vida; que queda a nuestras espaldas el puente por el que se retrocede. Esta teoría me ha animado constantemente, y de ella han recibido color todas mis acciones y omisiones. Pero no la he elegido libremente, sino que la he heredado de mis antepasados.

MONSIEUR BALLON.—¿Es usted noruego?

PEER GYNT.—De nacimiento; pero por vocación, ciudadano del mundo. La felicidad de que ya saben se la debo a América; los estantes repletos de libros, a las escuelas modernas alemanas. Francia me ha provisto de vestidos de gracia, ingenio y también de cinismo. De Inglaterra aprendí a pensar, a trabajar y algo de egoísmo. De los judíos, la paciencia. La gente italiana me dio un poco de *dolce far niente*, y, por último, me eché en la sangre un poco de acero sueco, que fortalece el valor.

TROMPETERSTRAHLE.—*(Levantando su vaso.)* ¡El acero sueco!

VON EBERKOPF.—¡Arriba las copas! ¡Viva quien la mantenga en alto! *(Chocan con él y beben. Peer empieza a sentirse excitado.)*

MASTER COTTON.—Todo eso suena sin duda muy bien. Pero, sir, me gustaría mucho saber cuál es su plan.

PEER GYNT.—¿Mi plan?

LOS CUATRO.—*(Acercándose unos a otros.)* ¡Sí, muéstrenoslo, aunque solo sea de lejos!

PEER GYNT.—Comienza con un simple viaje, y por eso os tomé a bordo como camaradas en Gibraltar. Le gusta a uno tener un círculo de amigos fieles alrededor del altar del becerro de oro.

VON EBERKOPF.—¡Muy ingenioso!

MASTER COTTON.—Pero creo que un hombre sabio no viajará para andar constantemente sin rumbo. Se navega con algún fin, y esto es…

PEER GYNT.—¡Quiero hacerme emperador!

LOS CUATRO.—¿Cómo?…

PEER GYNT.—*(Asintiendo.)* ¡Emperador!

LOS CUATRO.—¿De dónde?

PEER GYNT.—De todo el mundo.

MONSIEUR BALLON.—¿Y cómo?

PEER GYNT.—¿Para qué me había de servir mi dinero? El plan no es nuevo. Ha sido el objetivo de mi vida. No en vano ya de niño cabalgaba sobre los mares en corceles de nubes. Llevaba manto, corona y espada, y si el final era a menudo lamentable, no por eso abandonaba mi propósito. Está escrito en alguna parte, o puede ser fue tan solo dicho por alguien: «Si poseyeras todo el mundo, pero no respetases lo que hay de noble en él, y te perdieras a ti mismo, cobarde y vacilante, todo lo que tuvieras sería como una corona sobre una calavera…» Así dice o algo semejante; en todo caso, algo a que vale la pena de aspirar.

VON EBERKOPF.—¿Y qué es entonces ese *yo* gyntiano?

PEER GYNT.—¡El mundo está detrás de mi frente! Este es mi *yo*, y no otro.

TROMPETERSTRAHLE.—¡Eso me quita toda duda!

MONSIEUR BALLON.—¡Sublime, como un cerebro de poeta!

VON EBERKOPF.—¡Filosofía del peregrino del mundo!

PEER GYNT.—*(Con agitación creciente.)* El *yo* gyntiano es el ejército de deseos, anhelos y ansias; es el mar de esperanza, de goce y temor; es, en una palabra, lo que mueve mi pecho y me sacude hasta el fondo. Pero así como Dios necesita del polvo si ha de continuar rigiendo al mundo, así yo no soy sordo al sonido del dólar.

MONSIEUR BALLON.—¡Bah!, su bolsa no está vacía.

PEER GYNT.—Si no pasara de ahí podía llevársela el demonio. Para un emperador a lo rey de Mónaco sería bastante; pero para Gynt no es suficiente; aspira a un nivel más alto; quiere ser el señor del mundo.

MONSIEUR BALLON.—*(Encantado.)* ¡Las mayores bellezas de la tierra!

VON EBERKOPF.—¡Destapar un tonel fresco todos los días!

TROMPETERSTRAHLE.—¡Ir con los grandes guerreros de Carlos XII!

MASTER COTTON.—Pero primero es preciso encontrar una ocasión propicia.

PEER GYNT.—Está encontrada ya. Por eso anclé en esta playa. A la noche zarparemos hacia el norte; los papeles que traigo a bordo anuncian una revolución. *(Levantando su copa.)* ¡También esta vez se comprobará lo que tantas veces he visto! ¡La felicidad favorece siempre a la osadía!

LOS CUATRO.—¡Pero habla!

PEER GYNT.—Grecia se ha sublevado.

LOS CUATRO.—*(Dando un salto.)* ¿Los griegos? ¿Cómo?

PEER GYNT.—Y no son cobardes. Ya se verá.

LOS CUATRO.—¡Viva!…

PEER GYNT.—Y los turcos cogidos. *(Vacía su vaso.)*

MONSIEUR BALLON.—¡A Hellas! ¡Magnífico! ¡Yo llevaré armas de Francia!

VON EBERKOPF.—¡Yo ayudaré desde lejos con una proclama!

MASTER COTTON.—¡Y yo también!

TROMPETERSTRAHLE.—¡Yo pienso en la ignominia de Bender! ¡Expulsad a los extranjeros, que os deshonran!

MONSIEUR BALLON.—*(Abrazando a Peer Gynt.)* Perdona que te haya juzgado mal un momento.

VON EBERKOPF.—*(Oprimiendo su mano.)* ¡Y yo, miserable, que le tenía a usted casi por un bribón!

MASTER COTTON.—Eso era demasiado fuerte. Yo le tenía por un loco.

TROMPETERSTRAHLE.—*(Queriendo besarle.)* Y yo por un ejemplar de la clase de yanquis más refinados… ¡Perdona!

VON EBERKOPF.—Pero todo eso ha pasado.

PEER GYNT.—Dejémonos de conversaciones inútiles.

VON EBERKOPF.—El ejército gyntiano de deseos, anhelos y ansias está formado…

MONSIEUR BALLON.—*(Lleno de admiración.)* ¿De modo que este es el gran Gynt?

VON EBERKOPF.—A su lado yo soy un niño.

PEER GYNT.—Pero díganme ustedes…

MONSIEUR BALLON.—¿No comprende usted?

PEER GYNT.—¡Que me cuelguen si entiendo una sola palabra!

MONSIEUR BALLON.—¿No pone usted el peso de su oro en el platillo griego?

PEER GYNT.—*(Despectivamente.)* ¡Aunque estuviera loco!… Lo que llevo es un préstamo para los turcos.

MONSIEUR BALLON.—¿Cómo?

VON EBERKOPF.—¡Muy ingenioso!… Como broma no está mal.

PEER GYNT.—*(Calla un momento, se apoya en una silla y toma un continente distinguido.)* Escuchadme, señores. Lo mejor será que nos separe-

mos antes de que el resto de amistad que aún nos une se disipe como el humo. Quien acalla fácilmente su conciencia y no posee nada, es fácilmente atrevido, mucho más si acaba de sufrir una bancarrota. El que no tiene más que una madre y apenas si un trocito de terreno para echarse sobre él o tan grande como su sombra, ese no es más que carne de cañón. Pero cuando se tiene que guardar, se hace uno precavido, y la osadía misma hace sus cálculos. Idos a Grecia si queréis; ved a qué sabe aquello. Yo os desembarcaré, y además os daré gratis armas. Cuanto más aticéis la hoguera, tanto mejor. Mataos por la libertad, defended cada pulgada de terreno; de todos modos, al final llevarán vuestras cabezas en la punta de las lanzas. Pero perdonadme; me es igual lo que puedan creer de mí Pedro o Juan. *(Golpeándose en el bolsillo.)* Tengo dinero y no soy héroe de lengua. *(Abre su sombrilla y se va al bosque, donde se ven las hamacas.)*

TROMPETERSTRAHLE.—¡El majadero!…

MONSIEUR BALLON.—¡No tiene el menor sentido del honor!

MASTER COTTON.—¡Oh, eso no vale demasiado! ¡Pero pensad en la ganancia que obtendría si rompiese el dominio de los turcos!…

MONSIEUR BALLON.—¡Yo ya me veía como triunfador!

TROMPETERSTRAHLE.—¡Yo encontraba las espuelas que el rey heroico perdió un día en Bender!

VON EBERKOPF.—¡Yo me veía ya llevando hasta los antípodas la *kultur* de mi patria!

MASTER COTTON.—¡El pensar que comercio con Bizancio!… ¡Qué suelo rico y fructífero!… ¿Y quién va a aprovechar ahora todo esto? Yo me veía ya dueño del Olimpo, que, si mis noticias no me engañan, es riquísimo en mineral de cobre. ¡Y luego la fuente Castalia!… Solo el agua tiene unos miles de caballos de fuerza.

TROMPETERSTRAHLE.—Me voy. Mi espada sueca tiene más valor que todos los dólares yanquis.

MASTER COTTON.—Es posible; pero ya que estamos aquí… ¡Quién sabe si nos tocaría algo!…

MONSIEUR BALLON.—¡Tan cerca de la cumbre apetecida, sería lástima que se fuese al foso nuestra dicha!

MASTER COTTON.—*(Señalando al barco.)* Por una rendija he visto las cajas, el dorado sudor de negros del Nabab.

VON EBERKOPF.—¡Pensamiento magnífico! ¡Que su Imperio sea el precio! ¡Hurra!…

MONSIEUR BALLON.—¿Qué quiere usted?

VON EBERKOPF.—¡A bordo! La marinería sigue al más fuerte. Me anexiono el yate.

MASTER COTTON.—¿Usted?

VON EBERKOPF.—Yo cojo lo que encuentro a mano. *(Va hacia el barco.)*

MASTER COTTON.—Temo que se me adelante. Le sigo. *(Se va tras él.)*

TROMPETERSTRAHLE.—¡Oh, el canalla!…

MONSIEUR BALLON.—¡Es una bribonada!… *¡Mais enfin!… (Sigue a los otros.)*

TROMPETERSTRAHLE.—Les sigo, aunque sea un mal paso. Pero protesto ante Europa. *(Se va también.)*

Otra parte de la costa. Luna y nubes. El yate se marcha a todo vapor. Peer Gynt corre a lo largo de la playa. Unas veces se retuerce las manos, otras mira hacia el mar.

PEER GYNT.—¡Qué espantoso sueño!… Pero ahora he despertado… ¿Se marchan los traidores?… ¡Es un sueño! ¡Estoy borracho y loco! *(Retorciéndose las manos.)* ¡Es imposible que vaya a morir, Dios mío! ¡Es un sueño, quiero que lo sea! ¡Estoy soñando!… ¡Horrible!… ¡Ay de mí!… ¡Pero no, es verdad!… ¡Los canallas!… ¡Oh claridad aniquiladora! ¡Señor, tú eres sabio y justo! ¡Óyeme! ¡Soy yo…, Peer Gynt! ¡No pierdas tiempo! ¡Sé bueno, y que perezcan como espuma! ¡Que calienten la caldera hasta que salte y se les chamusque la piel a esos ladrones! ¡Deja en paz las demás historias y óyeme!… ¡El mundo seguirá su curso tranquilo entretanto!… ¡No me oye! ¡Está sordo, como de costumbre! *(Elevando hacia el cielo las manos.)* ¿Has olvidado las plantaciones de negros y los misioneros a quienes

yo en persona proveí liberalmente? ¡Pues un amor bien vale otro! ¡Ayúdame a ir a bordo!…

(De pronto sale del yate un resplandor y un humo espeso. Se oye un estampido sordo. Peer Gynt da un grito y cae en la arena. Poco a poco se disipa el humo; el barco ha desaparecido.)

PEER GYNT.—*(Pálido y en voz baja.)* ¡La espada de la venganza!… ¡Se ha ido a fondo con toda la tripulación! ¡Bendita sea la casualidad que lo ha hecho! *(Conmovido.)* ¿La casualidad? ¡Oh, no; más que eso! Quería salvarme…; tenían que perecer. ¡Cayeron! No me olvida; me ha mirado. *(Respira profundamente.)* ¡Cómo consuela y conforta el saber que se le protege a uno especialmente!… Pero ¿qué va a ser de mí en el desierto? ¿Quién me da de beber y de comer? ¿Me abandono a Él? *(Alto y adulador.)* No hay miedo. Me ha visto; no quiere que perezca un pobre pajarillo; no consentirá que me pase nada. Hay que ser humilde, aguardar sin impacientarse, conservar el ánimo y dejarle obrar… *(Se estremece.)* ¿No fue un león lo que rugió en la espesura? *(Castañeteando los dientes.)* No, no, era. *(Dominándose.)* Las bestias no son tan insensatas que vayan a atacar a su señor; saben demasiado que peligra su piel; se mantienen a prudente distancia. Pero, a pesar de esto, buscaré un árbol que me proteja. Allí hay un par de acacias y palmeras; arriba las desafiaré… Cantaré además un par de salmos piadosos. *(Se sube a un árbol.)* «A menudo la noche no es igual a la mañana.» Las palabras de la Biblia pueden aplicárseme exactamente. *(Acomodándose.)* Aquí es alegre y solemne. El pensar noblemente vale más que la riqueza. Hay que tener confianza en Él. Él sabe la parte que a cada cual corresponde y el peso justo. Velará por mi persona paternalmente. *(Con una mirada al mar y un suspiro.)* ¡Pero el hospedaje que ofrece no es muy bueno!

Un campamento marroquí en la linde del desierto. Hogueras encendidas y guerreros que descansan.

UN ESCLAVO.—*(Llega y se mesa los cabellos.)* ¡Ha desaparecido el caballo ensillado del Emperador!

UN SEGUNDO.—*(Llega y rasga sus vestiduras.)* ¡Han robado el traje de fiesta del Emperador!

UN VIGILANTE.—*(Que llega.)* ¡Os daré cien azotes si no cogéis al ladrón, bribones!

(Los guerreros montan a caballo y galopan en todas direcciones.)

Comienza a amanecer. Grupo de árboles con acacias y palmeras. Peer Gynt, subido a un árbol, se defiende con una rama de un tropel de monos.

PEER GYNT.—¡Espantoso! ¡Vaya una noche incómoda! *(Pegando con la rama.)* ¿Estáis ahí otra vez?… ¡Qué caras tan repulsivas!… ¡Ahora me tiran nueces! ¡Tened cuidado! ¡Qué terribles bestias!… Es verdad que el hombre está aquí vigilante; pero no puedo más, estoy débil y cansado. *(Le atacan de nuevo; se impacienta.)* Ya me cansa el escándalo este. Voy a coger a uno de estos bichos peludos, lo ato, le despellejo y me visto con su piel… Así me tendrán los otros por un colega. ¿Qué somos los hombres? Humo que se desvanece. Pero hay que hacerse a usos y costumbres. ¡Ya vuelven en manadas! ¡Y qué ruido hacen! ¡Fuera de aquí! ¡Qué bailes más locos! Si tuviese una cola y pudiese pasar por mono… Y ahora uno de ellos sobre mi cabeza… *(Mira hacia arriba.)* El viejo con las manos llenas de excremento… *(Se encoge, lleno de miedo, y se está quieto un momento. El mono hace un movimiento. Peer Gynt le llama y le habla cariñosamente como a un perro.)* ¿Estás ahí, viejo? Es bastante amable… ¡Miren cómo se ríe! ¿No me tirarás nada, viejo verde? Sí, sí; soy yo. ¡Up, up! Nos entendemos bien… ¡Guau, guau! ¿Dónde nos hemos visto? ¿No seremos parientes? Dame la pata, amigo. Mañana tendrás azúcar… ¡Mala bestia! Me ha tirado toda la carga como si tirase un cubo por la ventana. ¡Y qué gusto!… ¡Me dan náuseas!… Pero sobre gustos no hay discusión; hay que confiar en el poder de la costumbre… ¿También vienen los chicos? *(Se defiende.)* ¡Ahí tenéis vuestro pago, hijos de Satanás! ¡Y que tenga que sufrir esto el rey de la Creación!… ¿De qué me sirve la rama? Si era malo el viejo, los chicos son peores.

Por la mañana temprano. Paisaje pedregoso, con vistas al desierto. A un lado, una cueva y una garganta de rocas. Un ladrón y un encubridor delan-

te de la cueva, con el caballo y el traje del Emperador. El caballo, ricamente enjaezado, atado a una piedra. Jinetes en la lejanía.

EL LADRÓN.—Se ven brillar las puntas de las lanzas. ¡Mira, mira!…

EL ENCUBRIDOR.—Ya veo un punto en la arena… ¡Veo mi cabeza colgada! ¡Huye, huye!

EL LADRÓN.—*(Cruzando las manos sobre el pecho.)* Mi padre era un ladrón, y su hijo tiene que robar.

EL ENCUBRIDOR.—Mi padre era un encubridor, y su hijo tiene que encubrir ladrones.

EL LADRÓN.—Tienes que cargar con tu suerte y ayudarte a ti mismo.

EL ENCUBRIDOR.—*(Escuchando.)* Vamos al bosque. Nuestra salvación está en la fuga.

EL LADRÓN.—La cueva es profunda. ¡El Profeta es grande!… *(Huyen y dejan los objetos robados. Los jinetes desaparecen en la lejanía.)*

PEER GYNT.—*(Llega cortando una flauta de corteza.)* ¡Oh, qué mañana tan magnífica! El escarabajo hace su bola para desayunarse; el caracol sale arrastrándose de su casa estrecha. Sí, la mañana es una cosa bella. Hay un poder maravilloso en este claro esplendor matinal. Se siente que músculos y venas se dilatan; quisiera uno luchar con toros… ¡Y qué paz alrededor!… ¡Oh, los goces del campo!… No puedo comprender por qué las he despreciado. Encerrarse en las grandes ciudades para que el populacho le pise y le empuje a uno… Ved cómo corre la lagartija sin rumbo ni dirección. Qué inocencia sobre este mundo de animales; cada cual hace lo que el Creador le manda. Se afanan y trabajan; nunca están ociosos, y conservan su propio *yo*, su sello puro. *(Poniéndose los lentes.)* Ahí está un sapo entre unas piedras, cerrado por todas partes, con solo la cabeza libre. Ahí descansa y mira fijamente no se sabe adónde; le es lo mismo lo que ocurre fuera: se basta a sí mismo… *(Pensativo.)* ¿Bastarse a sí mismo?… Suena de un modo particular… Alguna vez he debido leerlo de niño, pero no sé dónde ha sido. Sí, sí; voy sintiendo cómo transcurren los años; se hace uno más débil y más flaco de memoria. *(Se sienta a la sombra.)* Aquí está fresco y puede descansarse; voy a tenderme. Eso es helecho; las raíces parecen comestibles. *(Come un poco.)* Esto más bien parece un banquete para bestias; pero está escrito: «Fuerza tu naturaleza», y más adelante: «El que se ensalza será hu-

millado; el que se humille será ensalzado.» *(Inquieto.)* ¿Subir?… Sí, a eso va la ruta de todos los caminos de mi vida. Es preciso que el Destino se ponga de por medio y me saque de este atolladero. Esta es la prueba; luego vendrá la elevación… Con tal de que mi salud no sufra daño… *(Enciende un pitillo, se tiende y mira al desierto.)* ¡Qué soledad inmensa y opresora!… A lo lejos marcha un avestruz, que levanta con precaución su pata. ¿Qué pensaba Dios cuando creó este mar de arena estúpido e inerte? Que yace ardiendo sin utilidad, donde se agota toda fuente de vida… Un enigma opresor, un ¡ay! temeroso, un cadáver que desde el principio del mundo no ha dado gracias al Creador. ¿De dónde viene? ¿Qué sentido tiene? Y allá, al oeste, el mar. Un muro débil contiene la corriente, doma su ímpetu. *(Se le ocurre un pensamiento.)* ¿Un muro?… ¿Y no se podría…? La altura es estrecha; bastaría un corte, un canal… La corriente que se precipitase por la hendidura abierta en el muro y que se extendiese por el desierto sería la vida. Donde el Sol quemaba se movería un mar fresco y turbulento; los oasis flotarían en él como islas; los ganados pastarían en el Atlas; un aire fresco expulsaría el vaho caliginoso, se respiraría libremente; caería el rocío sobre las rocas, pobladas de árboles. Como pájaros gozosos navegarían hacia el sur los barcos, siguiendo el camino de las caravanas. Pronto se elevarían casas y ciudades amenas. El aire del mar soplaría por entre las copas de las palmeras. Las tierras que están al sur del amplio desierto se convertirían en costas de rica civilización. Ya desde lejos saludan al forastero las fábricas y chimeneas humeantes de Tombuctú. Bornú sería un centro de emigración, y de Abisinia iría el viajero en ferrocarril hasta el Nilo superior. Y en medio del mar, sobre un oasis fértil, se establecería la raza noruega. Su árbol genealógico llega hasta reyes, pero cada día está más podrido; una cruzada al África lo vivificaría. En una bahía, con una playa amable, levantaría la capital, Gyntiana. El mundo es viejo, y ahora le toca el turno a la Gyntiana, mi nuevo país. *(Dando un salto.)* ¡Solo me faltan capitales para que el hecho acompañe a la palabra! ¡La llave de oro para las puertas del mar! ¡La guerra es la muerte! Todo el que guarde su dinero abrirá su saco. La libertad entusiasma en todos los países. Como la paloma de Noé, llevaré la buena nueva a las playas hermosas y prósperas; libertad y riqueza reunidas… ¡Mejor idea no podía ocurrírseme! ¡Mi reino, la mitad de mi reino por un caballo!… *(El caballo relincha en el fondo de la garganta.)* ¡Un caballo!… ¡Y vestidos!… ¡A montar enseguida! *(Acercándose.)* ¡Es imposible!… ¡No es verdad!… Me han enseñado que la voluntad puede transportar montañas.

¿Ocurrirá lo mismo con los caballos? Pero el hecho es indudable, soy jinete… *Ab esse ad posse*…, etc. *(Se viste y se contempla.)* ¡Sir Peer…, y turco de arriba abajo! ¡La verdad es que he tenido suerte hoy! *(Monta a caballo.)* ¡Hasta una babucha de oro para mis pies!… En el atavío de su caballo se conoce a la gente fina. *(Galopa desierto adentro.)*

En la tienda de campaña de un reyezuelo árabe, en un oasis. Peer Gynt descansa con su traje oriental en un cojín. Anitra y otras muchachas bailan y cantan.

CORO DE MUCHACHAS.—¡El Profeta ha llegado; el Profeta que todo lo dirige, el que galopa sobre el mar de arena ha venido a nosotras! ¡El Profeta, él que jamás yerra, el que ha volado sobre el mar de arena con la velocidad de una flecha, ha venido a nosotras!… ¡Suenen las trompetas y las flautas! ¡Hundíos en el polvo para honrar al Profeta!

ANITRA.—Su tienda es blanca como la leche que fluye en el Paraíso; inclinaos ante el que nos eligió para salvarnos. Sus ojos son estrellas brillantes, y nosotras no podemos mirarlas más que de lejos; su esplendor nos deslumbraría. Vino por el desierto con resplandor de oro y perlas en el pecho. Adonde él llegaba despertaba el gozo, y tras él quedaba la oscuridad, y el simún se retorcía en danzas terribles. El desierto nada pudo contra él; su mirada es inmortal y encendida de entusiasmo; así vino a nosotros. La Kaaba, la Kaaba está vacía; él mismo nos lo ha dicho.

CORO DE MUCHACHAS.—¡Suenen trompetas y danzas! ¡Prosternaos ante el Profeta! *(Bailan con música asordinada.)*

PEER GYNT.—En algún libro leí, y es cosa conocida, que «nadie es profeta en su patria»; aquí se cumple la máxima perfectamente. En realidad, como no soy especialista, nunca me he sentido en casa; he sido siempre un invitado en mi propia mesa. En esto llegó el mensajero tras de mí; apenas sé cómo me metieron en la danza; el Destino lo quiso así, y no hay más… El populacho se quita el sombrero ante relojes, sortijas y otras baratijas y canta nuestras excelencias; claro es que no vimos los pensamientos que van por dentro, y además, relojes y anillos no son la persona. Esto de ser Profeta es una situación clara; se sabe en qué relaciones está uno con la gente; no a nuestro dinero, sino a nosotros mismos van dirigidas las oraciones; sabe

uno lo que es y lo que vale, y no se necesitan patentes, ni certificados, ni requisitos de ningún género. Ser Profeta ha sido siempre mi aspiración, y en realidad, para estos hijos de la Naturaleza soy efectivamente profeta, sin que nunca haya pensado en engañarlos. Profecía y mentira son dos cosas distintas. Ahora que si el cargo me resulta pesado, me retiro. No estoy ligado a mi trono; se trata de un asunto privado, por decirlo así. Puedo irme tan pronto como quiera; mi caballo está siempre dispuesto; en resumen: soy dueño de la situación.

ANITRA.—*(Acercándose.)* ¡Profeta y señor!…

PEER GYNT.—¿Qué deseas?

ANITRA.—Ahí afuera están los hijos de la tribu; piden que les dejes ver tu rostro.

PEER GYNT.—Diles que aguarden afuera, que atenderé desde lejos a su ruego. No me gusta tener hombres en la tienda; los hombres, hija mía, son una raza odiosa, una canalla. Tú no tienes idea, bella niña, de la osadía con que me han engañado. ¡Pero seguid cantando y bailando, muchachas! ¡Ahuyentad estos tristes recuerdos!

LAS MUCHACHAS.—*(Bailando.)* ¡El Profeta es bueno! ¡El Profeta está triste porque recuerda los pecados de los hijos del polvo! ¡El Profeta es bueno y promete el Paraíso al pecador arrepentido!

PEER GYNT.—*(Siguiendo con los ojos a Anitra mientras baila.)* Las piernas se mueven como palos de tambor, y las sayas vuelan en rápidos remolinos. Sus formas son un poco extravagantes, no están enteramente de acuerdo con las normas de la belleza. Pero ¿qué es la belleza? Pura convención, nada de real. Y precisamente lo extravagante es lo que agrada cuando se ha gustado hasta el fondo lo normal. El placer se pierde con lo permitido; se siente uno como enmohecido. O llena o completamente flaca, casi niña o en edad madura; el término medio les deja frío a los paladares selectos. Sus pies no son finos, ni sus brazos tampoco. Pero también es a su modo la belleza…; y es joven… ¡Oye, Anitra, acércate!

ANITRA.—*(Aproximándose.)* ¿Qué me ordenas? A la esclava le corresponde la obediencia.

PEER GYNT.—¡Eres encantadora, hija mía; el Profeta se siente conmovido! ¡Tú eres mi escogida! ¡Quiero hacer de ti una hurí del Paraíso!

ANITRA.—¡Imposible, señor!

PEER GYNT.—¿Crees que es broma? ¡Lo digo sinceramente, niña querida!

ANITRA.—¡Pero si no tengo alma!

PEER GYNT.—Yo te haré con una.

ANITRA.—¿Cómo es posible?

PEER GYNT.—Eso déjalo de mi cuenta… Yo me encargo de ti. Me pareces un poco tontita; lo noté desde el principio; pero no te preocupes por eso. Ya encontraremos un poco de sitio para el alma. Ven acá, déjame medir tu cabecita; hay lugar bastante, aunque un poco estrecho. Lejos no has de llegar nunca, es verdad, y por eso tendrás que conformarte con un alma pequeña. Pero no dejes caer desalentada tu cabecita amada; ya te daré un alma.

ANITRA.—¡El Profeta es bueno, pero…!

PEER GYNT.—Tus ojos me interrogan… ¿Acaso no quieres?

ANITRA.—Yo preferiría…

PEER GYNT.—Habla sin temor.

ANITRA.—El alma no me importa gran cosa. Sería mejor que me dieses…

PEER GYNT.—¿Qué?…

ANITRA.—*(Señalando a su turbante.)* Esa esmeralda tan hermosa.

PEER GYNT.—*(Dándosela encantado.)* ¡Anitra, hija de Eva, cómo por una fuerza magnética me siento impulsado hacia ti! Yo soy un hombre, y, como dice el poeta, «el eterno femenino nos atrae».

Noche de luna. Bosque de palmeras y la tienda de Anitra. Peer Gynt está sentado debajo de un árbol, con una lira árabe en la mano. Tiene un aspecto mucho más joven.

PEER GYNT.—*(Tocando y cantando.)* Cerré la puerta del Paraíso y me guardó la llave. Impulsado por la brisa fresca volaba el barco; dejé a la hermosa en la orilla junto a la tumba de su esperanza. Puse el timón al sur, hacia un país lejano donde el fruto dulce brilla dorado; la costa estaba bordada de palmeras y yo quemé mi barco. Entonces monté en el barco de desierto tormentoso y rápido y le guié de un impulso fuerte. Soy un pájaro errante. ¡Dame, Anitra, tu manecita bella! ¡Anitra, jugo dulce de palmera, leche de la vaca celestial, no hay manjar tan dulce en el mundo, Anitra, como tú! *(Se pone la lira a la espalda y se acerca a la tienda.)* ¡Silencio!… ¿Escuchará la hermosa? ¿Habrá oído mi canción? ¿No habrá descorrido la cortina…? Pero ¿qué es eso que suena alto y estridente casi como el canto de una rana? ¿Son suspiros…, canciones de amor…? No, no son más que ronquidos sanos. ¡Bien, duerme en paz, Anitra!… ¡Ruiseñor, cesa de cantar, de dar al aire tus alegrías y tu dolor!… ¡Si no callas te retorceré el cuello…! ¿Pero puedo quitarle el canto a un cantor? No; lo mismo que yo, sigue la inclinación del momento y tiene que quejarse. Ambos conmovemos los corazones cantando nuestros dolores; la noche pide canto; tras la agitación del día el alma necesita desbordarse en canciones. Y lo que me hace más feliz es el que la amada duerma, el que no pueda hacer más que acercar los labios a la copa deliciosa… Pero ahí está…, se ha despertado.

ANITRA.—*(Saliendo de la tienda.)* ¿Llamas, señor? ¿Quieres que te traiga el fresco de mi abanico?

PEER GYNT.—¡Sí que llamo yo, el Profeta! Me ha despertado un gato que andaba de caza…

ANITRA.—¡Oh, no era ruido de caza, señor; algo peor era!…

PEER GYNT.—¿Qué podía ser?

ANITRA.—¡Ten piedad de mí!

PEER GYNT.—¡Habla!

ANITRA.—¡Me da rubor!…

PEER GYNT.—*(Acercándose.)* ¿No sería quizás un sentimiento análogo al mío cuando satisfice tu anhelo de una esmeralda brillante?

ANITRA.—¡Compararte a ti, señor, con un gato viejo!

PEER GYNT.—Hija mía, desde el punto de vista amoroso, vienen a ser lo mismo un Profeta y un gato.

ANITRA.—¡Qué gentilmente bromeas! Es como si manase miel de tus labios.

PEER GYNT.—Muchacha…, voy a decírtelo en confianza. Generalmente los grandes hombres no saben más que humedecer los labios en la copa; pocas veces llegan a ser buenos catadores. Como acabas de ver, soy bastante inclinado a la broma, y mucho más así a solas, aunque mi posición oficial me obligue a adoptar una máscara de seriedad solemne. Los deberes cotidianos me sorben la alegría de las venas y me hacen de una estupidez profética. Pero a tu lado no soy mudo; toda esa huera solemnidad desaparece. A tu lado, en *tête à tête*, soy yo mismo, soy Peer, nada queda en mí del Profeta, ni quiero nada fuera de ti. *(Se sienta debajo de un árbol y la atrae a sí.)* Siente el fresco de las palmeras y cómo las hojas se mueven cariñosas. Soñemos de amor y dicha bajo estos árboles. Murmuraré a tu oído dulces palabras, y tú sonreirás enajenada.

ANITRA.—*(A sus pies.)* Todo cuanto dices suena dulcemente en mi alma, aun cuando no entienda gran cosa. ¿Pero crees que tu proximidad me traerá el alma?

PEER GYNT.—¿Cómo…? ¿Vacilas? La luz del espíritu se te dará más tarde, cuando amanezca rosado el día. Entonces te daré lecciones y cuidaré de tu educación. Pero en esta serenidad de la noche sería una profanación llenar tu cabecita graciosa con desperdicios de saber. Además, si bien se considera, no es el alma lo deseable, sino el corazón.

ANITRA.—Me envolvía una niebla espesa, y la luz que se desprende de ti va poco a poco disipándola.

PEER GYNT.—La luz excesiva es la mayor oscuridad; demasiada prudencia, tontería; gritar desacordadamente equivale a ser mudo. La verdad, exagerada mentira; muchas veces la cobardía, atrevimiento. Yo he tenido ocasión de estudiar almas que a pesar de su gran osadía no llegaban a adquirir claridad sobre sí mismas. ¿Sabes lo que significa vivir?

ANITRA.—Todas las cosas son claras para ti.

PEER GYNT.—Vivir es caminar lentamente. ¡Ay del que corre osado siguiendo el curso de la corriente que desemboca en el mar lejano! Pero eso

solo se consigue si la vida se apoya sólidamente en el fundamento de lo varonil. El águila vieja humilla las alas; el caballo viejo obedece a una rienda floja; los hombres viejos caminan sin objetivo. ¡Juventud! ¡Juventud! ¡Quiero reinar como un sultán plena y absolutamente! No en el brillo falso de Gyntiana, entre palmeras y brotes, no; elegiré lo mejor para mí; reinaré sobre almas de mujeres. ¿Ves ahora, querida mía, por qué te he reducido, y a pesar de ser Profeta me he cuidado de ocupar tu corazón vacío? En tu corazón quiero levantar el nuevo califato. En el nuevo Estado del amor soy el único autócrata; tú has renunciado a tu propio ser, todos tus sentimientos son míos, yo solo te poseo. Si nos separásemos, tu vida perdería el sentido. Todo tu ser, sin voluntad, está penetrado del pensamiento en mí. El anillo oscuro de tus rizos y todas las cosas bellas que hay en ti son círculos encantados donde yo hago sacrificios de amor. Por eso es preferible que sigas sin alma y que continúes viviendo tu estrecho círculo; el alma lleva a la meditación y a oscurecer la claridad de los sentidos… *(Anitra ronca.)* ¿Cómo…? ¿Duerme…? Se sonríe dulcemente. ¿No habrá oído mis palabras de amor? Ahora se encontrará en el paraíso de las huríes. Duerme arrullada por mi voz. ¡Duerme, Anitra, y sueña dichosa! *(Se levanta y deja unas joyas en su regazo.)* ¡Nada ha de faltarte; duerme, sueña con Peer! ¡En sueños has ceñido la corona a tu emperador!…

Camino de caravanas. El oasis queda muy lejos. Peer Gynt va por el desierto en su caballo. Anitra montada delante de él.

ANITRA.—¡Déjame, que te muerdo!

PEER GYNT.—¡La fierecilla esta…!

ANITRA.—¿Qué es lo que quieres?

PEER GYNT.—¡Jugar a la paloma y el milano, robarte, hacer locuras!

ANITRA.—¡Avergüénzate! ¡Un viejo Profeta…!

PEER GYNT.—¡Oh, parece que quieres bromear con mi edad! ¡El Profeta no es tan viejo, tontilla!

ANITRA.—¡Déjame! ¡Quiero irme a mi casa!

PEER GYNT.—Eso me hace gracia. ¿Para con tu suegro? ¿Para con tus primos y parientes? Nosotros, pajarillos alegres huidos de la jaula, navegaremos libremente por las ondas de la vida. Además, hija mía, siempre es malo quedarse demasiado en el mismo sitio. Se conoce mejor a las gentes, pero el respeto no gana nada, y si se lleva la carga de un Profeta, pronto empieza uno a desacreditarse. ¡Hay que ser fugitivo como una poesía de juventud! Ya era tiempo para hacer estas consideraciones. Empezaban a mostrarme menos respeto, sin disculparse siquiera; echaba de menos el incienso y otros homenajes.

ANITRA.—¿Pero eres Profeta?

PEER GYNT.—*(Va a besarla.)* ¡Soy tu emperador!

ANITRA.—Dame el anillo que llevas en tu mano.

PEER GYNT.—Toma todos los chirimbolos, Anitra mía.

ANITRA.—Tu voz suena como música y te rejuveneces a cada momento.

PEER GYNT.—¡Oh, quien es amado tan íntima y fuertemente…! Voy a bajarme, yo conduciré el caballo. ¡Seré tu esclavo! *(Le da el látigo y se apea.)* ¡Bella rosa mía, quiero tirarme sobre la arena y revolearme; quiero tostarme y sudar al sol! ¡Soy joven, Anitra encantadora…! ¡Ve cómo bromeo y acaricio! Es el exceso de fuerza; bromas y burlas es lo usado entre los jóvenes, y no hay que disculparse por ellas. ¡Qué simple eres, no hay misterio alguno! Tu amante bromea…, luego es joven.

ANITRA.—Sí, joven, claro está. ¿Tienes más anillos de esos?

PEER GYNT.—¿Que si…? ¡Mira! Hago cabriolas como un ternerillo; si hubiese aquí hojas de parra, me las tejería en una corona. ¡Sí, joven de veras! ¡Mira cómo bailo! *(Baila y canta.)*

ANITRA.—Tú sudas, Profeta, te desvaneces casi. ¡Dame las cosas pesadas que tengas en el cinto!

PEER GYNT.—¡Oh conmovedor cuidado! Toma para siempre la bolsa. Para el corazón amante el dinero solo es vanidad. *(Vuelve a cantar y bailar.)* Peer Gynt el joven está loco rematado. ¿Sobre qué pie tiene que estar? ¡Bah, dice Peer, y déjale andar! ¡Peer Gynt el joven está loco rematado!

ANITRA.—¡Son edificantes tus versículos, Profeta!

PEER GYNT.—¡Abajo el Profeta! ¡Vamos a cambiar los vestidos!

ANITRA.—¿Qué voy a hacer yo con la largura del tuyo? El cinturón es demasiado ancho…, las medias, demasiado estrechas…

PEER GYNT.—¡Eh, bien…! *(Arrodillándose.)* ¡Uf, esta posición me hace daño! ¡Pero es tan dulce sufrir por el ser amado! ¿Sabes una cosa? Vámonos hacia mi patria.

ANITRA.—¿Al Paraíso? ¿Hay mucho camino?

PEER GYNT.—Unas mil millas…

ANITRA.—¡Es demasiado lejos!

PEER GYNT.—¡Bah, no es más que un juego! Y antes de que lleguemos te daré el alma.

ANITRA.—Me manejo perfectamente sin alma… Pero decías que un dolor…

PEER GYNT.—*(Poniéndose en pie.)* Sí, me atormenta terriblemente. Fuerte, pero de poca duración…; así como para un par de días.

ANITRA.—¡Anitra obedece al Profeta! ¡Adiós! *(Le da un latigazo y galopa por el desierto hacia casa.)*

PEER GYNT.—*(Se queda un rato como petrificado.)* ¡Oh, ya podía…!

El mismo sitio. Una hora más tarde. Peer Gynt se quita tranquilamente y con cuidado los vestidos de turco, pieza por pieza. Últimamente saca su gorra de viaje del bolsillo de la chaqueta, se la pone y aparece de nuevo con su vestimenta europea.

PEER GYNT.—*(Tirando lejos de sí el turbante.)* Allí queda el turco y aquí estoy yo. El paganismo no me sienta, bien lo veo. ¡Y menos mal que solo lo he traído en los vestidos y que no penetró en la carne! Yo no servía para ese papel. Se está mejor si se vive como cristiano, si solo se guía uno por ley y moral y se es fiel a sí mismo hasta el último momento, en el que nos está asegurada una oración fúnebre y una corona… *(Da algunos pasos.)*

¡La locuela!… Estuvo en un punto que no me volviese la cabeza del revés; no puedo negarlo, fue una tontería, mía… Puede ser que otro me explique el por qué llegué a estar medio loco. Si hubiera andado un paso más por la pendiente, me hubiera convertido en un insensato o en algo peor… Fue un error. Pero ahora veo claramente que la situación la hacía casi necesaria. Lo insensato de mi conducta respondía a la ficción profética, a haber estado sentado sobre un trono de humo sin la sal verdadera y viva. ¡El arte de los profetas es una verdadera insensatez! Por frío y razonable que se sea, solo lo tonto y lo absurdo parece propio del cargo. Así es posible que eso me sirva de disculpa por haber tributado mis homenajes a una pava… ¡Entonces sí que era completamente profeta! *(Rompe a reír.)* ¡Figuraos, querer detener los años con cabriolas, luchar con monadas contra la corriente, tocar la cítara, canturrear, y saltar y acabar como un gallo, es decir, pelado! ¿Verdad que tengo razón al decir que todo esto es muy profético? ¿De modo que pelado?… Por el momento es una situación difícil. Pero tengo las espaldas guardadas: en América todavía me queda para el bolsillo. No me encuentro aún en la situación de un mendigo. Pero lo más importante es que no estoy ligado ni a caballo, ni a cochero, ni a equipaje; soy dueño de la situación, soy libre… Pero ¿qué camino será el mejor? La elección distingue al sabio del insensato. Mis negocios son un capítulo terminado; mi amor, un vestido desechado. «Tan lejos está la ida como el regreso, tan ancho es adentro como afuera», así dice un poeta… ¡De modo que algo nuevo!… Un fin digno de dinero y esfuerzo. ¿Escribiré mi vida, un libro para enseñanza de la posteridad? ¿Qué tal si me dedicase a la investigación y estudiara el pasado más remoto a la luz de la situación actual? Ya en las nieblas de mi patria leía las crónicas; tenía una debilidad por ellas… Seguiré las huellas del género humano, nadaré por la corriente en que se espeja la basílica de la Historia. Seré testigo de la lucha de las naturalezas fuertes por libertad, derecho y por todo lo grande…, pero a distancia prudente, como simple espectador. Veré caer pensadores, desangrarse mártires; veré fundarse y desvanecerse imperios; veré cómo de pequeñas causas salen épocas históricas. Tomaré de la Historia las cosas grandes, y el resto lo ignoraré. Es verdad que la tarea no es fácil. El ser de la Historia es problemático, y hay que saber acomodar con habilidad el fin al comienzo, armonizando los resultados; pues muchas veces siendo el comienzo fútil y vacío, el final es altamente interesante… ¡Qué elevadora esta renunciación de aspirar a un fin más firme y más alto! *(Íntimamente conmovido.)* ¡Romper los lazos que me ligan a mi patria, a

mis amigos, a los lugares de mi juventud; hacer saltar al aire en pedazos los tesoros fatigosamente adquiridos; rasgar redes seductoras! Y todo solo para investigar el misterio de la verdad… *(Se limpia una lágrima.)* ¡El puro criterio del investigador! Me siento dichoso, indeciblemente feliz. Este día se cuenta entre los más hermosos de mi existencia. Hallé la solución del enigma de mi vida, y con ella salud duradera. No eres únicamente más viejo: eres también más sabio. Puedes sentirte como hombre, Peer Gynt, y llamarte emperador de la existencia humana… Pero solo lo pasado es digno de mi esfuerzo; el presente es una lucha de presos, vacía, que no vale ni una salva de pólvora. Los actos de los hombres no tienen jugo ni fuerza; no se sabe adónde va la galera. *(Encogiéndose de hombros.)* ¿Y las mujeres?… ¡Sexo, inconstante!… *(Vase.)*

Día de verano. En el norte. Una cabaña en el bosque. Las puertas están abiertas. Una manada de cabras delante de la cabaña. Una mujer rubia y bonita, de media edad, está sentada hilando fuera a la luz del Sol.

LA MUJER.—*(Mirando al camino, canta.)* Pasará el verano, y luego el invierno; otro año pasará, y tú estarás todavía lejos. Pero al cabo vendrás y te quedarás aquí; yo esperaré hasta que vuelvas, como te prometí. *(Llama a las cabras, hila y sigue cantando.)* ¡Que Dios te dé la fuerza necesaria adonde quiera que vayas! ¡Que Dios te bendiga cuando te postres ante Él! Yo aguardaré aquí hasta que vuelvas, amigo mío; y si me esperas allá, pronto estaremos juntos.

En Egipto. Amanecer. La Estatua de Memnon en la arena. Peer Gynt llega caminando, y mira un momento a su alrededor.

PEER GYNT.—Aquí podría comenzar mi peregrinación… ¿De modo que me hallo entre egipcios, pero egipcios según el *yo* gyntiano? Después pienso ganar Asiria, pues comenzar desde luego con la creación del mundo sería dañar a la empresa. La historia bíblica tiene muchos partidarios; se encuentran constantemente huellas suyas, y el seguirlas exactamente es instructivo, sin duda, pero en la limitación se conoce al maestro. *(Se sienta sobre una piedra.)* Quiero descansar y esperar los espíritus; cuyo canto hace

sonar la Estatua. Después del desayuno subiré a una de las Pirámides. ¿Debo penetrar también en el interior? El verdadero investigador no debe cejar nunca; acaso encuentre la tumba de Putifar… En el mar Rojo tomaré a la derecha… Así me hago asiático. En Babilonia anotaré las galantes damas y los jardines colgantes. Luego investigaré la situación de Troya, y después me iré con el vapor al paso sagrado que guardó Leónidas, y de allí a la magnífica Atenas. Aquí ni una piedra se escapará a mis miradas. Examinaré los sistemas filosóficos, es decir, los mejores, así como la cárcel en que el sabio bebió la copa del veneno. ¡Pero me olvidaba de que los griegos estaban justamente en guerra! El Destino quiere que tenga que domar mi espíritu de investigador. *(Mira a su reloj.)* ¡Es extraño lo que tarda en salir el Sol! Pasa el tiempo… ¿De modo que desde Troya adónde ir?… *(Se levanta y escucha.)* ¿Qué rumor hay en el aire? *(Sale el Sol.)*

LA ESTATUA DE MEMNON.—De las cenizas del semidiós se levantan rejuvenecidos pájaros cantantes. Zeus, el omnisciente, el todopoderoso, los creó para su perdición. Búho de la sabiduría, ¿dónde están mis pájaros? Tienes que adivinarlo o morir.

PEER GYNT.—Me parecía como si saliesen sonidos de la Estatua, música del pasado. La voz subía perceptiblemente y bajaba. Lo anotaré para sujetarlo a posterior crítica. *(Escribe en un cuaderno de notas.)* «La Estatua cantó en un estilo original. Del texto no entendí mucho; fue, naturalmente, una ilusión de los sentidos. La Estatua cantó, sin duda, figuradamente.» *(Continúa andando.)*

En el pueblo de Gizeh. La Esfinge. A lo lejos, las cúpulas y minaretes de El Cairo. Peer Gynt llega y contempla atentamente la Esfinge, unas veces a través de los anteojos y otras a través de la mano.

PEER GYNT.—Que venga alguien a decirme dónde podría encontrar un bloque entero como este. Sin embargo, en alguna parte lo he visto…, aunque acaso no tan grande. ¿Era una persona? No puedo recordarlo. El Memnon (eso se me ocurrió después) recordaba completamente al viejo Dovre; con esa misma inmovilidad de piedra estaba sobre su columna. Pero este terrible animal, león y mujer a un tiempo, ¿lo recuerdo de algo que me ocurrió? ¿O me habrá quedado de algún cuento? ¿De algún cuento? ¡Ah, amigo

Edel!… ¡Sí, es el torcido, con su cráneo de hierro! Es decir, soñaba…, tenía fiebre. *(Acercándose.)* Los mismos ojos, la misma boca… La mirada no es tan fija; pero, en cambio, parece más astuto… No sé a cuál de los dos preferiría… De manera que te pareces a un león, torcido, especialmente visto por detrás… ¿Te preguntaré…? ¡Tú entiendes de enigmas, no eres ningún tonto! Tengo curiosidad… Enséñame, torcido… ¿Quién eres?

UNA VOZ.—*(Detrás de la Esfinge.) Ach Sphinx, wer bist du?*[1].

PEER GYNT.—¡El eco contesta en alemán!

LA VOZ.—*Wer bist du?*

PEER GYNT.—Lo anotaré antes de que siga: «Eco alemán. Dialecto berlinés.»

BEGRIFFENFELD.—*(Saliendo por detrás de la Esfinge.)* ¡Un hombre!

PEER GYNT.—¡Bah, aquí no hay nada que adivinar! *(Escribiendo.)* «Más tarde llegué a otros resultados.»

BEGRIFFENFELD.—*(Con gestos inquietos.)* ¡Señor mío, perdone usted!… Permítame que le pregunte qué es lo que le trae a este lugar.

PEER GYNT.—Vengo a hacerle una visita a esta amiga que…

BEGRIFFENFELD.—¿A la Esfinge?

PEER GYNT.—Una amiga antigua.

BEGRIFFENFELD.—¡Admirable! ¡Y esto después de una noche semejante!… ¡Mis sienes parece que quieren saltar! ¿Le conoce usted, hombre? ¿Tiene usted la solución ansiada? ¿Tiene usted el poder?

PEER GYNT.—Pero ¿no ve usted cómo se ríe irónicamente? Es… ella misma.

BEGRIFFENFELD.—*(Dando un salto.)* ¡La solución del enigma! ¡Un rayo de luz! ¿De manera que es ella misma?

PEER GYNT.—Eso dice poco más o menos.

BEGRIFFENFELD.—¡Ella misma!… ¡Así acaba la muerte, la vida!… *(Quitándose el sombrero.)* ¿Su nombre, señor?

PEER GYNT.—Me llamo Peer Gynt.

BEGRIFFENFELD.—*(Con admiración.)* ¡Peer Gynt!… Eso es alegórico… Lo no llamado. ¡Peer Gynt!… Eso quiere decir: lo desconocido, lo que viene y está hace mucho tiempo anunciado.

PEER GYNT.—Pero dígame usted qué es lo que encendía así…

BEGRIFFENFELD.—¡Peer Gynt!… ¡Profundo! ¡Enigmático! ¿Qué digo? ¡Cada palabra es una enseñanza incomprensible! ¿Quién es usted?

PEER GYNT.—Yo procuro siempre honrarme siendo yo mismo… Por lo demás, aquí tiene usted mi pase.

BEGRIFFENFELD.—¡Yo mismo! ¡Otra vez la palabra enigmática, profunda! *(Cogiéndole de la mano.)* ¡Al Cairo! ¡He encontrado al Emperador!

PEER GYNT.—¿Al Emperador?

BEGRIFFENFELD.—¡Vámonos!

PEER GYNT.—¿De veras me ha conocido?

BEGRIFFENFELD.—¡El Emperador pensador! ¡El que inventó el *sí mismo*! ¡La clave de la interpretación!

En El Cairo. Un gran patio con muros altos y edificios alrededor. Ventanas con rejas. Jaulas de hierro. En el patio hay tres vigilantes y entra un cuarto.

EL RECIÉN LLEGADO.—Dime, Schafmann, ¿dónde está el director?

UN VIGILANTE.—Ha salido esta mañana en coche.

EL RECIÉN LLEGADO.—Temo que le haya pasado algo malo, porque esta noche…

OTRO.—Acaba de volver.

(Begriffenfeld entra a Peer Gynt, cierra la puerta y se guarda la llave en el bolsillo.)

PEER GYNT.—*(Para sí.)* En verdad es un hombre de talento extraordinario; apenas si se pueden seguir sus pensamientos. *(Mirando alrededor.)* ¿De modo que este es el Club de los Sabios?

BEGRIFFENFELD.—Aquí se encuentran todos los ilustres, todo el círculo de los setenta que buscan la verdad y se aman estrechamente. ¡Michel, Schlingelberg, Schafmann, Fuchs!… ¡Vosotros adentro enseguida, a las jaulas!

LOS VIGILANTES.—¡Cómo! ¿Nosotros?

BEGRIFFENFELD.—¿Quién si no? ¡Fuera, fuera! Tampoco la Tierra está quieta en el mismo lugar. *(Les obliga a entrar.)* Esta mañana llegó el gran Peer; no os digo más: ya no me sois necesarios. *(Cierra la jaula y tira la llave en un pozo.)*

PEER GYNT.—Pero mi buen señor director…, señor presidente…

BEGRIFFENFELD.—Desgraciadamente, ya no soy ni lo uno ni lo otro. Pero ¿no puede usted callar? Es uso entre nosotros…

PEER GYNT.—*(Con inquietud creciente.)* ¿Qué es?

BEGRIFFENFELD.—¡Fíjese usted bien, se lo suplico!

PEER GYNT.—Lo procuro.

BEGRIFFENFELD.—*(Al oído.)* La razón absoluta ha muerto esta noche.

PEER GYNT.—¡Dios me salve!…

BEGRIFFENFELD.—Sí, es extraordinariamente lamentable, y mi situación muy difícil, pues este establecimiento pasaba hasta ahora por un manicomio. Ahora ya no puede serlo.

PEER GYNT.—*(Pálido y en voz baja.)* ¡Un manicomio!… ¡Ahora comprendo!… ¡Y este hombre está loco! ¿Cómo podré marcharme? *(Se aleja un poco.)*

BEGRIFFENFELD.—*(Siguiéndole.)* Pero entendámonos bien: al decir que la razón murió, quiero decir que se salió de su fiel, como el zorro de Munchausen.

PEER GYNT.—¡Perdone usted!…

BEGRIFFENFELD.—*(Sujetándole.)* No, no como un zorro: como una anguila, se escabulló como una anguila.

PEER GYNT.—¡Qué horror!

BEGRIFFENFELD.—Le cortaron el cuello a la anguila, y ¡fuera la piel!

PEER GYNT.—¡Espantoso! ¡Este hombre está completamente loco!

BEGRIFFENFELD.—Y ahora es esclavo, y apenas si podrá ocultarse. Este salirse de sí misma, libertándose de las circunstancias de tiempo y lugar, pegó lo que antes estaba roto. Los enfermos se hicieron normales de pronto, a las once de la noche en punto, conforme con las fases novísimas que nos ha dejado la razón al escabullirse. En cambio (y la cosa es lógica), desde las once los llamados sanos enloquecieron.

PEER GYNT.—¡Habló usted de la hora! No me queda tiempo…

BEGRIFFENFELD.—¿El tiempo? Casi olvidaba lo más importante. *(Abre una puerta y llama.)* ¡Afuera! ¡El tiempo, un niño en crecimiento, ha llegado! ¡La razón ha muerto! ¡Viva Peer Gynt!

PEER GYNT.—No, mi buen amigo…

(Los locos van saliendo.)

BEGRIFFENFELD.—¡La razón ha muerto! ¡Saludemos a la aurora de la libertad! ¡Aquí está un Emperador!

PEER GYNT.—¿Cómo un Emperador?

BEGRIFFENFELD.—¡Claro está!

PEER GYNT.—Pero ¿cómo puedo atreverme…? Una honra tan grande…

BEGRIFFENFELD.—¡Nada de falsa modestia en una hora como esta!

PEER GYNT.—Pero ¿por qué tanta prisa? Estoy tronchado del viaje.

BEGRIFFENFELD.—Un hombre para quien son claros los enigmas más oscuros; que es él mismo por entero…

PEER GYNT.—Eso es verdad: yo mismo de arriba abajo. Pero precisamente no soy vuestro hombre. Aquí, donde cada cual es él mismo…

BEGRIFFENFELD.—¡Equivocación grande! Aquí pueden todos ser ellos mismos sin limitación alguna, hasta las consecuencias más extremas. Aquí puede uno entrar en el tonel de sí mismo, sumergirse en él hasta el fondo. ¿A quién importa aquí el dolor del enfermo? Nadie pregunta por las ideas y pensamientos de otros. Seamos nosotros mismos en nuestro pensar

y en nuestro obrar, nosotros mismos en todo lo posible. Y por eso, al elegirle como Emperador, elegimos al hombre que necesitamos.

PEER GYNT.—Quisiera ser…

BEGRIFFENFELD.—¡Nada de escrúpulos! Todas las cosas son nuevas al principio. Ser *sí mismo*… Aquí tiene usted un ejemplo: escogeré a cualquiera. ¡Buenos días, Huhu! ¿Cómo va ese valor, viejo? ¡Siempre ese dolor del mundo!

HUHU.—¿Cómo puede ser otra cosa cuando veo que se suceden unas a otras las generaciones que desprecian las lenguas? *(A Peer Gynt.)* Tú eres nuevo aquí. ¿Quieres oír?

PEER GYNT.—*(Inclinándose.)* ¡Dios me libre!

HUHU.—Déjame que te enseñe. Lejos, al oriente, en países florecientes, se encuentran las playas malabares. A ellas llegaron, portadores de civilización, portugueses y holandeses. Además de ellos, viven allí malayos autóctonos. Y todos ellos, mezclando sus lenguas, formaron una algarabía imposible. Pero en tiempos remotos dominaban allí los orangutanes. Estos eran señores de sí mismos; podían morderse y arañarse, podían seguir libremente sus instintos naturales, y saltar y tumbarse. Nadie les molestaba en sus chillidos; todo respetaba su voluntad. El lenguaje de la selva desapareció ante los forasteros como la desnudez ante la camisa. Una noche de cuatrocientos años reinó allí donde señoreaban los monos. El lenguaje primitivo de la selva ha enmudecido: ya no se chilla más. Si queremos cambiar nuestras ideas, tenemos que escuchar palabras. ¿No es esto una vergüenza para todos los países? Portugueses, holandeses, mestizos y malayos han tenido que sufrir las consecuencias de tal desafuero… Yo he intentado luchar por los verdaderos sonidos de la selva; he intentado reavivar este cadáver, galvanizándolo con fuertes empujes; quisiera animarlo, renovarlo al menos para el canto popular. Pero los locos desechan todas mis solicitudes… Espero que tú comprenderás mi dolor… Gracias por haber escuchado mi enseñanza. Si sabes remedio para el mal, dímelo.

PEER GYNT.—*(Para sí.)* Lo más cuerdo será seguirle el humor a este loco; quiero ayudarle. *(Alto.)* Amigo, si el recuerdo no me engaña, en el interior de Marruecos hay una manada de monos que me dieron mucho que hacer. La lengua que empleaban parecía altamente bárbara; por lo menos

aria no lo era. Vete allá y átate una cola, y podrás llevar la cultura a tus compatriotas.

HUHU.—Gracias por haberme oído con tanta amabilidad. Me voy hacia el oeste, como tú dices. *(En tono patético.)* ¡Mi patria, sorda a mis ruegos!… ¡El oeste tiene orangutanes!… *(Vase.)*

BEGRIFFENFELD.—Ahora ya es él mismo el mozo; quiero decir lleno de sí mismo solamente, él mismo en todo lo que da; su *yo* lo único que ama… Ahora voy a enseñarle a uno del país; también recobró ayer la razón. *(A un fellah que trae a espaldas una momia.)* Bien, rey Apis, ¿cómo va desde ayer?

EL FELLAH.—*(Impetuosamente a Peer Gynt.)* ¿Soy yo el rey Apis?

PEER GYNT.—*(Escondiéndose detrás del doctor.)* No quisiera ofenderle a usted; no me doy cuenta todavía de la situación. Pero el tono y la pregunta me convencen.

EL FELLAH.—¡Mientes!

BEGRIFFENFELD.—Su Majestad, dígnese adoctrinarnos.

EL FELLAH.—Voy a hacerlo. *(Volviéndose a Peer Gynt.)* ¿Ves este que traigo a la espalda? Le llamaban el rey Apis. Ahora le llaman una momia, y es conocida como tal. Ha construido pirámides y levantado la gran Esfinge, y, como el doctor ha averiguado, se ha peleado a derecha e izquierda con los turcos. Por eso todo Egipto le adora como dios y le ha puesto en los templos en la figura de un buey. Yo soy este rey Apis, eso es claro como la luz del Sol; y si no lo entendieres así, ahora te lo explicaré. El rey Apis salió de caza y se bajó de su caballo, y encaminose al campo que había dado a mi padre. El campo que Apis abonaba me alimentaba con su trigo. Si esto no te pareciese conveniente, y quisieras otras pruebas, te mostraría el cuerno de Apis. Y ahora ve lo triste de mi destino: nadie reconoce mi rango; siendo por nacimiento el rey Apis, todo el mundo se ríe de mí, como si fuera un fellah. Si puedes darme un consejo, me harás doblemente rico. ¿Cómo voy a arreglarme para parecerme al rey Apis el grande?

PEER GYNT.—Construya Vuestra Majestad pirámides y esfinges, y peléese, como su antepasado, a derecha e izquierda con los turcos.

EL FELLAH.—Eso estaría bien si yo no fuese un fellah, un pobre hambriento. Tengo bastante que hacer con limpiar de ratones mi cabaña. No; busca algo mejor que me haga grande y célebre, tan célebre como el rey Apis, cuya momia traigo a las espaldas.

PEER GYNT.—¿Qué tal si Vuestra Majestad se ahorcara y se pusiese luego en la sepultura? Ese es un límite de la vida… Mejor consejo no lo encuentro.

EL FELLAH.—¡Es verdad! ¡Mi vida por una cuerda!… ¡Ahorquémonos! ¡No estaré muerto más de un año!

(Hace preparativos para ahorcarse.)

BEGRIFFENFELD.—Era una personalidad… Un hombre de método.

PEER GYNT.—Llegará lejos… Pero ¿se ahorca en serio?… ¡Que Dios nos ampare! ¡Me pongo malo…, casi he perdido la razón!…

BEGRIFFENFELD.—Palabra que no es más que un tránsito corto.

PEER GYNT.—¿Un tránsito? ¿Para dónde? Tengo que irme.

BEGRIFFENFELD.—*(Reteniéndole.)* ¿Está usted loco?

PEER GYNT.—¡No, todavía no, a Dios gracias!

(Ruido. El ministro Hussein se abre paso por entre la gente.)

HUSSEIN.—He oído decir que ha llegado un Emperador. *(A Peer Gynt.)* ¿Es usted?

PEER GYNT.—*(Fuera de sí.)* ¡Naturalmente! Y encantado de…

HUSSEIN.—Aquí hay unos despachos que hace tiempo esperan contestación.

PEER GYNT.—¡Muy bien, excelente!… ¡Voy a arrancarme el cabello!

HUSSEIN.—¿Tiene usted la bondad de mojarme? *(Inclinándose profundamente.)* Yo soy una pluma.

PEER GYNT.—*(Inclinándose aún más.)* Yo cogeré el palillero. Y yo soy un papel.

HUSSEIN.—Mi historia puede contársela, desgraciadamente, todo el mundo. Paso por ser una salvadera, y soy una pluma.

PEER GYNT.—La mía es trágica también, señor pluma. El papel está en blanco.

HUSSEIN.—Todos aseguran que no sirvo más que para echar arena.

PEER GYNT.—A mí una muchacha me tomó por un hermoso libro. Sí, loco o cuerdo, no es más que una errata de imprenta.

HUSSEIN.—¡Y qué cosa más trágica para una pluma no sentir el corte del cuchillo!

PEER GYNT.—*(Saltando.)* ¿No es trágico para un reno tirarse desde arriba y no tocar nunca suelo firme?

HUSSEIN.—¡No tengo punta! ¡Un cuchillo! ¡Que me corten! ¡Perecerá el mundo si me dejan sin punta!

PEER GYNT.—¡Oh, lástima de mundo que tanto les gusta a Dios y a los hombres!

BEGRIFFENFELD.—¡Aquí hay un cuchillo!

HUSSEIN.—*(Cogiéndolo.)* ¡Voy a usarlo! ¡Qué placer el de cortarse! *(Se corta el cuello.)*

BEGRIFFENFELD.—*(Apartándose.)* ¡No me salpiques!

PEER GYNT.—*(Con terror creciente.)* ¡Cogedle!

HUSSEIN.—¡Sí, cogedme! ¡Pronto, la pluma! ¡Pronto el papel sobre la mesa!… *(Cae al suelo.)* Ya he acabado de escribir… Epitafio: «Todo el mundo sabe que vivió y murió como una buena pluma.»

PEER GYNT.—*(Tambaleándose.)* ¿Qué voy a hacer? ¿Qué soy yo?… ¡Tú, grande sabio…, soy lo que tú quieras: un turco, un bicho, un enano…, pero ayúdame! ¡Este fue el último golpe! *(Gritando.)* ¡No puedo acordarme de tu nombre! ¡Ayúdame tú…, el tutor de los locos! ¡Sujétame! *(Cae sin sentido.)*

BEGRIFFENFELD.—*(Con una corona de paja en la mano, salta sobre él y se coloca a horcajadas sobre su cuerpo.)* ¡Ved qué magníficamente yace en el polvo! ¡Ha perdido el dominio de sus sentidos! ¡Es tiempo! *(Le pone la corona y grita.)* ¡Viva, viva el Emperador de sí mismo!

SCHAFMANN.—*(En la jaula.) Es lebe hoch der grose Peer*[2].

1. Esfinge, ¿quién eres tú?
2. ¡Viva el gran Peer!

Acto quinto

La escena en un barco, en el mar del Norte, cerca de la costa de Noruega. Puesta de Sol. Tormenta. Peer Gynt, un viejo todavía fuerte; con barba y cabellos blancos, está cerca del timón. Viste una blusa de marinero y botas altas, todo bastante gastado. Su cara está tostada y tiene una expresión dura. El capitán y el timonel, al timón. Los marineros, lejos hacia el fondo.

PEER GYNT.—*(Se apoya en la banda y mira hacia tierra.)* Ved el Halling en traje de invierno, con la cabeza encendida del Sol poniente. El Jókul, en azul, se pone el manto de hielo, y Folgefonden tiene un contorno tan fino y descansa como una doncella sobre lienzos de nieve… ¡No seáis locas, viejas montañas; estad donde estáis, bloques de granito!

EL CAPITÁN.—¡Dos hombres a los remos! ¡Arriba los faroles!

PEER GYNT.—Hay una brisa fuerte.

EL CAPITÁN.—Viene un huracán.

PEER GYNT.—¿Se ven desde aquí las grandes Rondas?

EL CAPITÁN.—No, desde aquí no pueden verse.

PEER GYNT.—¿Y la altura azul?

EL CAPITÁN.—No; solo se ve a veces un trozo del Rigg.

PEER GYNT.—¿Dónde está el Hasteigen?

EL CAPITÁN.—Allá en la orilla.

PEER GYNT.—Claro está.

EL CAPITÁN.—Parece que conoce usted esto.

PEER GYNT.—Al marcharme, fue lo último que vi, y el recuerdo de la juventud es el que más perdura. *(Escupe y mira hacia la costa.)* Allá, donde las rocas se abren en un valle como una cueva, y abajo, en el *fjord*, en la playa estrecha, también allí encontró el hombre una vivienda. *(Al Capitán.)* Viven aislados y lejos unos de otros.

EL CAPITÁN.—No es fácil que se visiten.

PEER GYNT.—Habremos llegado antes de la mañana.

EL CAPITÁN.—No hay más que el tiempo justo. Depende del viento y el temporal.

PEER GYNT.—Al oeste hay tormenta.

EL CAPITÁN.—Sí que la hay.

PEER GYNT.—Recuérdemelo mañana cuando nos veamos: pienso regalar algo a la gente.

EL CAPITÁN.—Gracias por ellos.

PEER GYNT.—Mucho no puede ser. Busqué oro, y perdí lo que encontré. No conocí nunca a la Fortuna, y lo poco que traigo a casa es el resto de lo que se fue al diablo.

EL CAPITÁN.—Sobrará para dar a usted prestigio entre las gentes.

PEER GYNT.—¿Parientes y aduladores? Nadie espera al tío rico; no habrá apreturas para recibirme.

EL CAPITÁN.—Vea usted, ahí está el temporal.

PEER GYNT.—Pues ya le decía: si alguno está necesitado de veras, yo no soy hombre que se preocupe por el dinero…

EL CAPITÁN.—Eso está bien. La mayoría lo pasan con estrechez; tienen mujer e hijos en gran número. Lo que ganan es poco, y si se agregase una sumita de dinero, la vuelta sería muy alegre.

PEER GYNT.—¿De modo que casados?… ¿Mujer e hijos?

EL CAPITÁN.—Una bandada de ellos. Esa es la cuestión. Pero el que está peor es el cocinero. Ya le habrá visto usted, fresco, joven… En casa tie-

nen hambre.

PEER GYNT.—De modo que casados…, una vuelta alegre…, mujer e hijos que le esperan a uno al regresar de largos viajes… ¿Y se alegran?

EL CAPITÁN.—Sí, a su manera.

PEER GYNT.—¿Y si llama tarde a la puerta?

EL CAPITÁN.—La mujer saca lo que había guardado para el padre y se guisa, se asa…

PEER GYNT.—¿Encenderán también una luz?

EL CAPITÁN.—Y acaso dos, y si puede, le da una copa de licor al marido, que viene helado.

PEER GYNT.—¿Y se sientan juntos a la lumbre con los hijos a su alrededor? ¿Los pequeños corren y gritan, el padre cuenta y ellos le preguntan por mil cosas?

EL CAPITÁN.—Puede ser. Por eso estaría bien contribuir a que los necesitados…

PEER GYNT.—¡Que me lleve el diablo!… ¿Cree usted que estoy loco? ¿Que me habría fatigado para darles a las gentes lo que les falta? Lo he ganado amargamente a costa de mi sudor. Nadie espera al viejo Peer Gynt.

EL CAPITÁN.—Bien, bien, como usted quiera. Después de todo es su dinero.

PEER GYNT.—Exacto. Y no partiré con otros. Cuando lleguemos, calculad el precio de mi billete en segunda clase desde Panamá. A las gentes deles aguardiente. ¡Iba yo a trabajar para mujeres y arrapiezos!… *(Se va.)*

(Oscurece. Se enciende una luz. El mar está cada vez más alborotado. Niebla y lluvia.)

PEER GYNT.—¡Tienen en casa mujer e hijos que se pegan al padre como moscas a la cola!… ¡Saben que está muy lejos, y le siguen con el pensamiento!… ¿Hay alguien que haya pensado en mí? ¿Una luz…, dos? Se me hace noche. Quiero discurrir algo… Los emborracharé; ni uno solo bajará a tierra sereno. Que lleguen alocados, sumidos en hediondez, de tal modo que inspiren repugnancia a los niños; con la razón perdida. Que pe-

guen puñetazos sobre la mesa y echen de la casa a la mujer, que llora. *(El barco se inclina profundamente, y solo con trabajo se levanta.)* ¡El golpe ha sido bueno!… El norte es siempre el viejo obstinado, y el mar se desborda como un puchero lleno de tea. ¿Qué grito es ese?

EL VIGILANTE.—*(Hacia adelante.)* ¡Un choque!

EL CAPITÁN.—*(En medio del buque.)* ¡Maniobrad hacia la izquierda!

EL TIMONEL.—¿Ha caído alguno?

EL VIGILANTE.—Tres.

PEER GYNT.—¡Abajo el bote de salvamento!

EL CAPITÁN.—Se lo ha llevado un golpe de mar. *(Va hacia adelante.)*

PEER GYNT.—¿Quién piensa en eso? *(A algunos de los hombres.)* ¡Están en peligro! Ya podíais arriesgar el mojaros las blusas.

EL BOTERO.—Imposible con estas olas.

PEER GYNT.—Vuelven a llamar… ¡Se estrellan! ¡Aquí, cocinero; esta es la tuya!… ¡Yo pago pronto!…

EL COCINERO.—Aunque me diese usted doscientas libras…

PEER GYNT.—¡Almas cobardes!… ¡Tú, perro ambicioso!… ¡También a esas gentes les esperan mujer e hijos!…

EL BOTERO.—La paciencia también es sana.

EL CAPITÁN.—¡Cuidado con el banco de arena!

EL TIMONEL.—¡Jesús, el choque fue tremendo!

PEER GYNT.—No se oye ya nada…

EL BOTERO.—Si fuera lo que usted cree, podían llorar tres nuevas viudas.

(El temporal crece. Peer Gynt se aparta.)

PEER GYNT.—Ya no hay lealtad entre los hombres; se acabó el cristianismo tal como lo pide la Escritura. Apenas rezan; sus corazones están vacíos y no temen al Todopoderoso. En un temporal no puede bromearse con Dios. Se me figura que ya han reconocido lo peligroso que es jugar con ele-

fantes. A algunos ya los han comido los lobos. Yo, por mí, estoy limpio de culpa; yo he abierto enseguida mi portamonedas, puedo probarlo. ¡Pero de qué me ha servido!… Es verdad que se dice que una conciencia limpia es una buena almohada. Pero a bordo, en la tormenta, de poco sirve que haya un justo entre gentes que nada saben de caridad y cristianismo. Aquí no puede descansarse en sí mismo; hay que seguir a los otros, hacer lo que ellos hacen. Si suena la hora de la expiación para esta canalla, se cae lo mismo que ellos caen. Se convierte uno en un cero indigno de consideración. Yo he sido siempre piadoso y tonto, y solo se recoge desagradecimiento por todos los beneficios. Si fuera más joven, volvería a empezar. Pero todavía no es tarde. Sabrán que Peer Gynt ha llegado del otro lado del mar. Será mía la casa y la posesión, si no por las buenas, por la astucia. La transformaré en un palacio magnífico, y ya pueden venir mendigando y suplicando… Ya que el Destino ha sido tan duro conmigo, que sepan ellos lo que es llorar y pedir.

EL PASAJERO.—¡Buenas noches! *(Surgiendo en la oscuridad.)*

PEER GYNT.—¡Buenas noches! ¿Con quién tengo el honor…?

EL PASAJERO.—Soy un pasajero, para servirle.

PEER GYNT.—Creía que era yo el único; no le he visto a usted nunca…

EL PASAJERO.—Ya ve usted que se equivocaba.

PEER GYNT.—Sin embargo, es extraño que hasta esta noche…

EL PASAJERO.—Yo no salgo más que cuando el tiempo es fresco y confortante.

PEER GYNT.—No me parece usted muy alegre; está blanco como una sábana.

EL PASAJERO.—Pues no estoy mareado; me siento muy bien.

PEER GYNT.—La tormenta es fuerte. El mar está alborotado.

EL PASAJERO.—¡Sí, magnífico!

PEER GYNT.—¿Magnífico?… ¿Quiere explicarme…?

EL PASAJERO.—Vea usted esas olas altas como casas… La boca se le hace a uno agua si piensa en cuántos barcos se estrellarán hoy…, en cómo

las gentes flotarán, se hundirán y…

PEER GYNT.—¡Dios nos libre!…

EL PASAJERO.—¿No ha visto usted algún ahogado o ahorcado a punto de acabar? Los cadáveres ríen, solo que algo forzadamente, como si se mordiesen en la lengua.

PEER GYNT.—¡Apártese usted de aquí! ¿A qué esos sarcarmos?

EL PASAJERO.—Nada de sarcarmo. Pero quisiera preguntarle una cosa. Si ahora tropezáramos con un bajo, perdiéramos el suelo bajo los pies y nos hundiéramos de pronto…

PEER GYNT.—¿Usted cree que aquí…?

EL PASAJERO.—Suponiendo que yo saliese libre del susto, y que usted, querido, dejase la pelleja…

PEER GYNT.—¡Qué tonterías!…

EL PASAJERO.—Bien; en peligros tan grandes se hace uno blando si piensa en dádivas generosas…

PEER GYNT.—*(Echándose mano al bolsillo.)* ¡De modo que dinero!…

EL PASAJERO.—¡Oh, no; no quisiera más que su respetable cadáver!

PEER GYNT.—¡Esto ya es demasiado!

EL PASAJERO.—¡Por la ciencia!

PEER GYNT.—¡Basta!

EL PASAJERO.—Seccionaré el cadáver amorosamente, según un sistema moderno, orgullo de la ciencia… Buscaré el lugar exacto de los sueños… Tenga la seguridad de que procedo críticamente.

PEER GYNT.—¡Esto ya es demasiado, señor mío! ¡Uno de los dos…!

EL PASAJERO.—Paciencia, amigo; si no es más que el cadáver…

PEER GYNT.—¡Es una blasfemia! ¡Fuera, insensato!… La cosa es bastante seria. En esta confusión horrorosa cada momento puede traernos la muerte, el abismo puede tragarnos… ¡Y todavía desafía usted al Destino!…

EL PASAJERO.—No parece usted dispuesto a seguir tratando; pero el porvenir produce muchos cambios. *(Saludando amistosamente.)* Al hundirnos, volveremos a hablar. Es posible que entonces tenga usted mejor humor. *(Se va al camarote.)*

PEER GYNT.—¡Horribles tipos estos fanáticos de la ciencia! Se las dan de sistemáticos… Pero… *(Al botero, que pasa.)* Una palabra, amigo: ¿quién es el pasajero? Parece que no está bien.

EL BOTERO.—Usted es el único; no tenemos otro.

PEER GYNT.—¿Nada más que yo? ¿Ningún otro? El caso es interesante. *(Al grumete, que sale del camarote.)* ¿Quién entró ahí?

EL GRUMETE.—¡El perro, señor! *(Sigue.)*

EL VIGÍA.—*(Grita.)* ¡Tierra a la derecha!

PEER GYNT.—¡Mi baúl, mi dinero! ¡Pronto sobre cubierta!

EL BOTERO.—¡Tenemos otras cosas que salvar!

EL CAPITÁN.—¡El palo ha caído!

EL TIMONEL.—¡Se ha rasgado la vela!

EL BOTERO.—*(Gritando desde el fondo.)* ¡Vamos a chocar!

EL CAPITÁN.—¡Nos estrellamos!

(El barco choca. Gritos y confusión.)

Cerca de la costa, entre los bajos y la rompiente. El barco se hunde. Entre la niebla se ve un botecito con dos hombres. Una ola lo cubre; da la vuelta. Se oye un grito; hay un momento de silencio. Poco después aparece la quilla del bote, y Peer Gynt cerca de él.

PEER GYNT.—¡Socorro! ¡Un bote! ¡Sálvame, Dios mío! *(Se agarra al bote.)*

EL COCINERO.—*(Asomando al otro lado.)* ¡Oh, Dios mío, piensa en mis pequeños! ¡Ten compasión y déjame unirme a ellos! *(Agarrándose también al bote.)*

PEER GYNT.—¡Suelta!

EL COCINERO.—¡Suelta!

PEER GYNT.—¡Mira que te pego!

EL COCINERO.—¡Yo también!

PEER GYNT.—¡Suelta, o te destrozo! ¡Fuera esa mano! ¡El bote no resiste dos personas!

EL COCINERO.—¡Eso creo yo también!

PEER GYNT.—¡Fuera!

EL COCINERO.—¡Fuera tú!

PEER GYNT.—¡Abajo! *(Luchan. El Cocinero, de un golpe, se paraliza una mano, y con la otra se mantiene sujeto.)* ¡Quita esa mano!

EL COCINERO.—¡Ten piedad de mí! ¡Piensa en mi mujer y en mis pobres hijos!

PEER GYNT.—Yo también ansio un hijo, y por eso no necesito menos que tú la vida.

EL COCINERO.—Usted ha vivido. Yo soy todavía joven.

PEER GYNT.—¡Fuera, suelta! ¡Basta ya, bribón!

EL COCINERO.—¡Tenga caridad como cristiano! ¡A usted no le echará de menos ninguna persona amada! *(Grita y se suelta.)* ¡Me hundo!…

PEER GYNT.—*(Cogiéndole.)* Te sostendré un momento. Di el *Padrenuestro*, estúpido.

EL COCINERO.—No me acuerdo… No veo nada…

PEER GYNT.—Di, al menos, lo más esencial.

EL COCINERO.—El pan nuestro de cada día…

PEER GYNT.—¡Salta, cocinero! Allá te darán lo que necesitas.

EL COCINERO.—El pan nuestro de cada día…

PEER GYNT.—La oración de los mentecatos… Se ve que has nacido para cocinero. *(Le suelta.)*

EL COCINERO.—*(Hundiéndose.)* El pan nuestro… *(Se sumerge.)*

PEER GYNT.—¡Amén, majadero!… Sin embargo, fuiste fiel a ti mismo hasta el último aliento. *(Salta a la quilla del bote.)* Vaya, Peer, ¿qué va a ser de tu vida?

EL PASAJERO.—*(Agarrándose al bote.)* ¡Buenos días!

PEER GYNT.—¡Ah!…

EL PASAJERO.—Acaba usted de llamar. Me alegro de encontrarle. ¿Habrá usted maldecido de mis profecías?

PEER GYNT.—¡Suelta! ¡Aquí apenas si hay sitio para uno!

EL PASAJERO.—Yo nado como un pez; una pierna me basta para sostenerme. No necesito más que meter un dedo en una raja del bote… Y por lo que al cadáver…

PEER GYNT.—¡Cállate!…

EL PASAJERO.—El otro se fue en un momento.

PEER GYNT.—¡Haga el favor de guardar silencio!

EL PASAJERO.—¡Oh, completo! *(Callan ambos.)*

PEER GYNT.—¿Qué ocurre?

EL PASAJERO.—Yo estoy callado.

PEER GYNT.—¿Es que estoy en el infierno? ¿Qué hace usted?

EL PASAJERO.—Esperar.

PEER GYNT.—*(Pasándose la mano por los cabellos.)* ¡Voy a volverme loco! ¿Quién es usted?

EL PASAJERO.—Su amigo.

PEER GYNT.—¡Cómo se ríe y cómo me mira!…

EL PASAJERO.—¿No ha conocido usted a nadie que se me pareciese?

PEER GYNT.—¡Oh, sí; a uno a quien se le hace la señal de la cruz!

EL PASAJERO.—¿No es una manera de encender luz en la noche de la vida anunciar el terror?

PEER GYNT.—Parece que comparte la opinión de otros bichos semejantes a usted de que en realidad son enviados de la luz.

EL PASAJERO.—¿No ha sentido usted en su vida un profundo dolor de alma, un gran temblor?

PEER GYNT.—Eso suena muy patético. Pero claro que cuando se acerca el peligro se acude al fetiche.

EL PASAJERO.—¿Y no ha conseguido usted la victoria originada en ese miedo?

PEER GYNT.—Este mar furioso que nos rodea no es el sitio más a propósito para predicar.

EL PASAJERO.—¿Sería un triunfo mayor celebrado al lado de la estufa?

PEER GYNT.—Bien; pero cada cosa tiene su momento.

EL PASAJERO.—Quien yace largo tiempo entre cenizas, no irá en coturno los días de labor.

PEER GYNT.—¡Apártate de mí, espantapájaros! ¡Vete! ¡No quiero morir! ¡Me defenderé!

EL PASAJERO.—Por lo que toca a eso, no haya cuidado; no se muere en medio del quinto acto.

PEER GYNT.—¡Ya te tenemos!… ¡El fanfarrón no era más que un moralista aburrido!

Cementerio en una comarca montañosa. Pasa un entierro. Sacerdotes y gente del pueblo. Peer Gynt marcha por un camino diferente.

PEER GYNT.—*(A la puerta.)* Ahí llevan a un compatriota. ¡Gracias a Dios que no soy yo!

EL SACERDOTE.—*(Hablando al lado de la sepultura.)* Ahora que el alma va en busca de su Juez, que solo quedó la cáscara sin fruto, recordemos su camino en este valle terrenal. Todos le conocíais: tenía el cabello rapado; su voz era débil, y poco varonil su compostura. Dotado de escasas facultades, era tímido; sus palabras luchaban en vano por encontrar el sentido

justo. Cuando entraba tímidamente en la iglesia, era como si sus ojos implorasen licencia para rezar. Había llegado aquí del valle de Gudbrand cuando era casi un niño. Y para recordar algo característico suyo aquí, ante sus cenizas, pensad en que llevaba siempre la mano derecha en el bolsillo. ¡La mano en el bolsillo!… Este rasgo expresa todo el ser de este hombre. Y luego recordad su modestia en el andar y sus reverencias sonrientes cuando entraba tímidamente en la casa de un vecino. Vivía siempre solo y andaba por caminos apartados. Pero aun cuando siempre fue un extraño entre nosotros, y guardaba su secreto como un ladrón, una cosa sabíamos: sabíamos que no tenía más que cuatro dedos. Recuerdo todavía el tiempo aquel; fue en Lunde, hace muchos años. En nuestro pequeño mundo se había desatado la guerra, las gentes andaban preocupadas y la patria estaba en todas las bocas. Yo estaba allí. En una larga mesa estaban sentados el capitán, el médico y el alcalde, e iban entrando sucesivamente los mozos. Se les medía, se les inscribía en un libro, y ya eran soldados. La habitación estaba llena; nadie se atrevía a rechistar; pero afuera se oían las risas contenidas de las muchachas. En esto se pronuncia un nombre. El llamado entra, blanco como un ventisquero y con la mano derecha envuelta en una venda. Vacila, tiembla y, por último, se aproxima al borde de la mesa. Respira con trabajo y no le salen palabras. Hasta que al fin, con apresuramiento febril, con violencia y en voz baja, habla de una cuchilla que le cortó el dedo. En la sala se hizo un silencio general; las gentes se miraban y torcían el gesto, y él seguía allí mudo y petrificado. Sentía lo que pasaba, pero no lo veía. El capitán entonces se levantó de la mesa, le mostró la puerta, escupió colérico y gritó: «¡Sal de aquí!». Se fue. Todo el mundo se apartó, para evitar su contacto. Llegó a la puerta y se precipitó fuera de la casa en carrera veloz hacia el bosque y las rocas. Y así corriendo, llegó hasta su cabaña, arriba en la montaña, entre rocas sombrías… Medio año más tarde se vino a vivir con nosotros, con una muchacha, junto con su madre y una niña. Se fue a la parte más baja del pueblo a vivir solo, sin criados. Se casó, levantó una casa y roturó el campo. Pronto estaba sembrado y florecía, y el viento movía las espigas doradas. Nadie veía su mano, siempre escondida; pero en casa sus nueve dedos trabajaban por diez. Una inundación se lo llevó todo. Fue en un momento, y nada puede salvar. Pero no se abate por eso ante el Destino; busca un paraje más protegido y comienza de nuevo a roturar y trabajar. Pronto humea su chimenea, y los campos circundantes lucen su verdor. En esto viene un desplome de nieve, y todo queda entre escombros. Pero su voluntad no se quie-

bra ante ningún golpe del Destino. Animoso, comienza a cavar, a bregar, a transportar, y antes del próximo invierno está en pie por tercera vez su casa. Tuvo tres hijos, tres muchachos animosos. Llegó el momento en que tenían que ir a la escuela. Pero ¿cómo, si después de atravesar el puerto peligroso había que caminar por senderos que bordeaban abismos? El mayor se las arreglaba lo mejor que podía; si tenía miedo, le ataba una cuerda por debajo de los brazos; al otro lo llevaba a sus espaldas. Los niños crecieron; él luchaba encarnizadamente. ¡Cómo podrán pagarle lo que hizo por ellos! Hoy son tres señores ricos, que viven lejos de aquí y apenas se acordarán del viejo padre… Su horizonte era estrecho, y más allá de él no pasaba, no veía a lo lejos. Para él eran palabras hueras, sonidos vacíos, lo que a otros corazones les enciende en entusiasmo: el pueblo, la patria, el esplendor, la altura. Él no veía más que el humo de su propia casa; era modesto y humilde. Pero en el día grande no podrá esconderse ante su Dios y Juez. Tendrá que sacar la mano derecha y mostrarse como delincuente frente a su país. Pero no todo esclavo débil es condenado; no se sabe cómo podrá ser la sentencia. Fue un mal ciudadano, un árbol sin fruto para el Estado. Pero aquí, en este desierto, donde tarde y temprano trabajó y luchó, era grande, era fiel a sí mismo, era su propia imagen. Y por eso duerme en paz, guerrero caído en esta guerra cotidiana del labrador. No es a nosotros, polvo humilde, a quien corresponde preguntar. El que está arriba examinará su corazón. Sin embargo, yo, como su representante, le declaro salvo. Ante Dios no es un cobarde este pecador.

(La comitiva fúnebre se disuelve. Peer Gynt se queda solo.)

PEER GYNT.—¡Esto es verdaderamente cristiano! Nada que le espante a uno; pues el ser fiel a sí mismo (y evidentemente de eso se trataba) no deja de ser un buen principio. *(Mira a la sepultura.)* Es posible que fuera el que se mutiló aquel día que yo cortaba árboles en el bosque. ¡Quién sabe!… Si no estuviera con mi cayado al borde de la sepultura de este pecador, podía pensar que era yo el muerto, y llorar por un ataúd. Es una bella costumbre cristiana esta de arrojar una ojeada a la vida de un muerto; por mí no temblaría si fuese este señor quien dijese mi oración fúnebre. Pero para estas ceremonias hay tiempo hasta que el sepulturero me invite a bajar a su fosa. ¡Y bien que me gusta que se aplace este acontecimiento! Porque «mejor es mejor», y «cada día tiene su quebranto», y «no debes prestar sobre tu entierro», como en la Biblia se dice. Otras veces todo esto me parecía bastante

huero; ahora veo que le hace a uno bien si una persona entendida dice lo mismo que uno acaba de aprender. La máxima consoladora de que «tal la siembra, tal la cosecha», como la de «sé fiel a ti mismo», suenan muy razonablemente y son aplicables a lo grande y a lo pequeño, pues aunque te queda la honra de haber vivido conforme a moral y doctrina… ¡Y ahora a la patria! Sean los que sean los obstáculos que se te presentasen, no te dejes amedrentar por el Destino. El viejo Peer Gynt sigue su propio camino, pobre, sí, pero firme y constante. *(Vase.)*

Ladera, y al fondo el lecho seco de un arroyo. En el arroyo, un molino en ruinas. Signos de destrucción en derredor. Arriba, una granja considerable. Delante de la granja se está realizando una almoneda. Hay mucha gente; se bebe y se grita. Peer Gynt está sentado sobre un montón de escombros en las cercanías del molino.

PEER GYNT.—El camino es el mismo a la ida que a la vuelta; lo mismo da dentro que fuera… El tiempo desgasta y se secan los arroyos. «No te inquietes, pues», dijo el torcido, y dijo una gran verdad.

UN HOMBRE DE LUTO.—Ahí están entretenidos restos sin valor. *(Viendo a Peer Gynt.)* ¿También hay forasteros aquí? ¡Salud, buen hombre!

PEER GYNT.—¡Salud, amigo! Parece que hoy es un día de fiesta. ¿Qué se celebra, boda o bautizo?

EL HOMBRE DE LUTO.—Se bendice de nuevo, por decirlo así, una casa. El novio está en la caja de los gusanos.

PEER GYNT.—Y los gusanos se disputan el entierro.

EL HOMBRE DE LUTO.—Así acaba la canción.

PEER GYNT.—Todas las canciones tienen el mismo fin, y todas son viejas; de niño las conocía ya.

UN MUCHACHO DE VEINTE AÑOS.—*(Con una cuchara de fundir.)* He matado este pájaro. Aquí fundía Peer Gynt sus botones.

OTRO.—Yo, por cinco chelines, he adquirido el morral de viaje.

PEER GYNT.—Habéis hablado de Peer Gynt. ¿Quién era ese?

EL HOMBRE DE LUTO.—Solo sé de cierto una cosa: que era cuñado de la muerta y de Aslak, el herrero.

UN HOMBRE VESTIDO DE GRIS.—¡Cuñado!… ¡Una copa de aguardiente a la salud de los cuñados!

EL HOMBRE DE LUTO.—¡Que el diablo sea cuñado!…

EL HOMBRE VESTIDO DE GRIS.—Déjalo estar; la sangre no se ha adelgazado bastante todavía. Seguimos sintiéndonos emparentados con Peer Gynt. *(Se va con él.)*

PEER GYNT.—*(Aparte.)* Todavía se encuentra uno conocidos.

UN MUCHACHO.—*(Al hombre de luto.)* Si te vas a beber, Aslak, te seguirá madre desde la sepultura.

PEER GYNT.—No se puede hablar con el labrador; cuanto más caves, mejor huele.

UN MUCHACHO.—*(Con una piel de oso.)* Aquí está la piel que les puso por Navidad a los gnomos.

OTRO.—*(Con una calavera de reno.)* Este es el reno en el que cabalgaba Peer Gynt.

UN TERCERO.—*(Con un martillo le grita al hombre de luto.)* ¡Tú, Aslak!, ¿conoces el martillo? ¿No partiste con él un día la nuez?

UN CUARTO.—*(Con las manos vacías.)* Aquí está la capa que hace invisible. Con ella entró Peer en la habitación de Ingrid.

PEER GYNT.—¡Aguardiente, muchachos! Y ahora permitidme a mí, pobre viejo, que subaste unas cuantas cosas.

UN MUCHACHO.—¿Qué es lo que vendes?

PEER GYNT.—Tengo un palacio. Está en el aire; pero es de piedra sólida.

UN MUCHACHO.—¡Un botón doy por él!

PEER GYNT.—Para ofrecer eso, vale más que te regales uno a ti mismo.

OTRO MUCHACHO.—¡Es un viejo de buen humor!

(Rodea a Peer Gynt una porción de gente.)

PEER GYNT.—¡Aquí tenéis a *Grane*, mi caballo! ¿Cuánto dais por él?

UNO DE LOS CIRCUNSTANTES.—¿Dónde está?

PEER GYNT.—¿Dónde quieres que esté? En Occidente. Hacia la puesta del Sol. ¡Ese sí que galopa rápido! ¡No ha mentido Peer Gynt tan aprisa, muchachos!

VOCES.—¿Qué más cosas tienes?

PEER GYNT.—Perlas como espuma. Fueron compradas con grandes trabajos. ¿Me producirán algo? Difícilmente.

UN MOZO.—¡Más cosas!

PEER GYNT.—Mi imperio. Ahí lo tenéis; haced con él lo que queráis.

EL MOZO.—¿Va la corona con él?

PEER GYNT.—De la paja más magnífica. Ponéosla con confianza, que le está bien a todo el mundo. ¡Más cosas! ¡Sueños en abundancia!… ¡El cabello gris de un insensato! ¡Una barba de profeta! ¡Todo ello para el que sepa decirme: ese es el camino!

EL ALCALDE.—*(Que acaba de llegar.)* Si continúas así, amigo mío, tu camino te llevará a la cárcel.

PEER GYNT.—*(Con el sombrero en la mano.)* Lo creo. Pero dime una cosa, amigo: ¿quién era Peer Gynt?

EL ALCALDE.—¡Qué sé yo! Dicen que era un poeta, un soñador…

PEER GYNT.—¿Un poeta?

EL ALCALDE.—Sí. Cuantas cosas grandes imaginaba las recitaba como si las hubiera hecho. Pero basta ya; hemos hablado lo suficiente. *(Vase.)*

PEER GYNT.—¿Y qué es ahora de ese tipo curioso?

UN VIEJO.—Se embarcó, y fue a dar a un país extraño. Allí, como era de prever, le fue mal. Hace ya varios años que le han ahorcado.

PEER GYNT.—¿Ahorcado? Tal como yo me lo figuraba. El difunto se fue fiel a sí mismo hasta la tumba. *(Saludando.)* ¡Adiós, amigos, y gracias por todo! *(Da algunos pasos, y se detiene.)* ¿Qué os parece, queréis que en pago de vuestra amabilidad os cuente una historia?

VARIOS.—Sí; si sabes alguna, cuéntanosla.

PEER GYNT.—No hay inconveniente. *(Se acerca al grupo; en su rostro brilla una expresión extraña.)* En mis viajes estuve en San Francisco buscando oro. Allí podíais haber encontrado gentes que conocían todas las habilidades. El uno hacía maravillas sobre los dedos de los pies; el otro bailaba danzas españolas de rodillas; de un tercero se contaba que escribía versos traspasándole el cerebro con un clavo. Un día se apareció por allí el demonio, y quiso probar fortuna como todo el mundo. Su habilidad consistía en gruñir como un verdadero cerdo. Su aspecto atrajo mucha gente, a pesar de que no se le conocía. La casa estaba llena, y reinaba gran expectación. El demonio se presentó envuelto en una capa, debajo de la cual llevaba escondido un lechoncito. Empezó la función; el demonio pellizcaba al lechón, y este gruñía, como es uso inmemorial en su especie. Siguió así la representación largo rato, hasta que, después de un gruñido final, el artista saludó finamente a la concurrencia. Inmediatamente comenzaron los entendidos a dar su opinión. Fulano decía que los gruñidos eran demasiado débiles, y Zutano que el gruñido final era muy afectado. Pero todos coincidían en que el gruñido resultaba demasiado exagerado… Esto le ocurrió al demonio por ser demasiado cándido y no estudiar los gustos de su público. *(Saluda y se va. La multitud queda desconcertada y silenciosa.)*

Pascua de Pentecostés. Por la tarde. En el bosque. A cierta distancia, sobre un trozo de tierra labrada, una cabaña, con cuernos de reno colgados en la puerta. Peer Gynt anda arrastrándose y recogiendo cebollas silvestres.

PEER GYNT.—Después de todo, este es también un punto de vista: prueba de todo, y quédate con lo mejor. Así lo he hecho yo: desde César hasta comer raíces y hierbas, como Nabucodonosor. He aquí que con la cabeza gris vuelvo a buscar el pecho maternal. De la tierra, se dice, es de donde vienes… Procura tener la panza llena; eso es lo esencial… ¿Vivir de cebollas silvestres? No, no es ninguna delicia. Para eso prefiero poner lazos a los animales. Aquí, en el arroyo, hay agua y peces, y puedo aprovecharlos también. Siendo un animal, puedo tener aún consideración. Si un día muero (y será difícil evitarlo), me tenderé bajo un árbol azotado por los vientos, me taparé con hojas como un oso, y en la corteza grabaré con letras enormes este epitafio: «Aquí yace Peer Gynt, honra de su patria y emperador de

todos los demás animales…» ¿Emperador?… *(Se ríe interiormente.)* ¡Siempre la antigua pretensión ridícula!… ¡Peer mío, no eres emperador; eres una cebolla, y ahora te voy a descortezar! Y no te lamentes, que de nada te sirve. *(Coge una cebolla y la va descortezando casco tras casco.)* Esta es la telilla exterior, sucia y destrozada. Este es el que ha bregado con la vida y ha fracasado en ella. Esta es la piel de pasajero, delgada y tenue…; su sabor tiene algo de Peer Gynt. Esta es el buscador de oro que he sido… ¡Afuera con él! El jugo ha desaparecido, si lo tuvo alguna vez. Esta corteza gruesa es la piel del cazador de la bahía de Hudson. Esta otra parece una corona; le daremos sin más el pasaporte. Esta recuerda al investigador de antigüedades, pequeño, pero recio; y esta es el profeta, fresco y lleno de jugo; hiede a mentiras, como se dice en la Escritura. Esta telilla que se pega blandamente a los dedos es el caballero que vivió en magnificencia y goces. La que sigue parece que está enferma; tiene manchas negras; lo negro lo mismo puede referirse a los negros que a los curas. *(Rompe varias de una vez.)* ¡Pero esto no se acaba nunca! Siempre quedan nuevas capas. ¿No aparecerá nunca el núcleo? *(Arranca todos los cascos.)* He llegado hasta el final, y ved lo que he hallado: cortezas y cortezas cada vez más pequeñas. ¡Qué bromas nos gasta la Naturaleza! *(Tira el resto al suelo.)* ¡Malditas cavilaciones! Si se para uno a reflexionar, acaba mal. Bien; después de todo, nada me queda que perder en la postura, pues aquí me estoy a cuatro patas… ¡Qué asombroso es el rodar del mundo! Parece como si la vida tuviera una pulga tras la oreja. Pero cuando vamos a asirla desaparece, y cogemos otra cosa, o simplemente aire. *(Llega hasta cerca de la cabaña y se detiene.)* ¿Qué cabaña es esta, aquí, en este bosque de pinos?… ¡Hum!… *(Frotándose los ojos.)* Siento como si la hubiera visto alguna vez… La cabeza de reno colgada en la puerta… Una sirena, con cuerpo de mujer del talle abajo… Pero no, no… ¡Es mentira! ¡Idos, pensamientos falaces!

SOLVEIG.—*(Cantando en la cabaña.)* Todo está preparado para la fiesta pascual. Amor mío que estás fuera, ¿estás muy lejos todavía? Labra tu obra recia sin apurarte. Yo espero, espero, como te prometí.

PEER GYNT.—*(Se levanta en silencio, pálido como la muerte.)* Ella guardó fidelidad, y yo la olvidé. Yo derroché mi vida como si fuera un juego, y ella espera sentada. ¡Y jamás podrá remediarse esto! ¡Qué horror! ¡Aquí estaba mi reino! *(Se marcha bosque adentro.)*

Noche. Bosque que ha sufrido un incendio. Se ven muchos troncos de árboles carbonizados. Aquí y allá se elevan del suelo nubes blancas de humo. Peer Gynt llega corriendo.

PEER GYNT.—¡Qué tormento para mi oído! Voces de niños, llantos, sones… Ante mis pies ruedan pensamientos… *(Dándoles con el pie.)* ¡Fuera! ¡Me estorbáis!

LOS PENSAMIENTOS.—Somos pensamientos; debieras habernos pensado.

PEER GYNT.—Di toda mi vida a uno… Anduve con piernas vacilantes.

LOS PENSAMIENTOS.—Queríamos trocarnos en coros plenos y gloriosos, y tenemos que rodar aquí. ¿Quién nos oirá?

PEER GYNT.—*(Tambaleándose.)* ¡No me tendáis lazos! ¡Fuera, u os picaré la cabeza! *(Huye.)*

HOJAS SECAS.—*(Traídas por el viento.)* Nosotros somos una palabra; tú debías esparcirla. Ahora estamos secas, sin sostén; no fuimos coronas, ni protegimos con nuestra sombra los frutos. En medio de la primavera florida nos comían los gusanos.

PEER GYNT.—Hay un modo de que os rejuvenezcáis, y es sirviendo de abono.

SONES EN EL AIRE.—Nosotros somos las canciones que debías haber cantado. No hemos sonado nunca. Tú nos sepultaste en las profundidades de tu corazón, y no te cuidaste más de nosotras.

PEER GYNT.—¡Qué gentes endiabladas! ¡Cómo si hubiera tenido tiempo para entretenerme en hacer coplas! *(Corre más aprisa.)*

GOTAS DE ROCÍO.—*(Goteando de las hojas.)* Nosotras somos las lágrimas que debieras haber llorado. Por no haber llorado, la culpa se aferra más a tu cuello. No has sido sabio, pues no has tenido paciencia.

PEER GYNT.—¡Bah! ¿Y de qué sirve la paciencia?

TALLOS TRONCHADOS.—Nosotros somos las obras que tú debías haber realizado. En el último de tus días, lo que no ha ocurrido viene con su queja. ¡Es hora de que llores!

PEER GYNT.—Nadie puede hacerme responsable de pecados negativos. *(Sigue corriendo.)*

VOZ DE AASE.—*(A lo lejos.)* Tú, mal cochero, que me volcaste, ¿dices que soy vieja? ¡Qué tontería! Me has guiado mal… ¿Dónde está el palacio, Peer? Pronto verás al demonio persiguiéndote con un bastón.

PEER GYNT.—A un pobre hombre quieren cargarle los pecados del diablo, cuando ya los propios son bastante pesados.

EL FUNDIDOR.—*(Con una caja y una gran caldera, viene de uno de los caminos laterales.)* ¡Buenas noches, viejo!

PEER GYNT.—¡Buenas noches, amigo!

EL FUNDIDOR.—Parece que tienes prisa. ¿Vamos juntos?

PEER GYNT.—Yo voy a un entierro. Gracias por el honor,

EL FUNDIDOR.—Con permiso…, ¿te llamas Peer acaso?

PEER GYNT.—Peer Gynt; así me llaman.

EL FUNDIDOR.—¡Eso es tener suerte, pues precisamente era a Peer Gynt a quien buscaba!

PEER GYNT.—¿De veras? ¿Qué quieres de mí?

EL FUNDIDOR.—¿Qué te parece que seré? Pues soy un fundidor, y tienes que entrar en mi caldera.

PEER GYNT.—¿Para qué?

EL FUNDIDOR.—Para ser fundido de nuevo.

PEER GYNT.—¿Cómo?

EL FUNDIDOR.—Ya está todo dispuesto. Tu fosa está cavada, y encargado tu ataúd. Espero que tu cuerpo les gustará a los gusanos. Los carbones del maestro arden ya que es un contento. Pero yo solo tengo que llevar tu alma.

PEER GYNT.—¡Imposible! ¡Y sin avisar!…

EL FUNDIDOR.—Es la costumbre desde tiempo inmemorial. En los bautizos, y también en los entierros, se saca sin más a los invitados de sus casas.

PEER GYNT.—Es verdad. ¡Se me va la cabeza!… ¿Eres acaso…?

EL FUNDIDOR.—¡Bah! Yo he fundido algunos ya.

PEER GYNT.—¡El anzuelo se llama de muchas maneras! Tú quieres pescarme. Me gustaría poder decirte amén… Y hasta alguno habría que se consideraría muy honrado. Pero yo me juzgo digno de un tratamiento más benévolo. No soy tan malo como es posible creáis; he hecho también cosas buenas… Y además se juzgan con menos severidad las faltas, aunque realmente se sea un gran pecador.

EL FUNDIDOR.—Esa es la dificultad. Te conocemos y sabemos que no eres un pecador en grande estilo. Por eso no vas al fuego, sino solamente a mi caldera.

PEER GYNT.—Llámalo fuego del infierno, llámalo caldera. ¡Apártate, Satán!

EL FUNDIDOR.—Espero que no serás tan grosero que digas que yo ando al trote o al galope.

PEER GYNT.—Un casco de caballo y un pie de zorro son parientes cercanos. De modo que vete pronto.

EL FUNDIDOR.—Parece que no te das cuenta de tu error. Bien; tengo prisa, y para ahorrarte tiempo voy a explicarte la cosa. Eres, tú mismo lo reconoces, un pecador corriente, y eso apenas.

PEER GYNT.—Si me conoces, así es posible que haya avenencia…

EL FUNDIDOR.—A eso ya llegaremos. Sin embargo, llamarte bueno sería ir demasiado lejos.

PEER GYNT.—Ni yo lo pretenderé nunca.

EL FUNDIDOR.—Eres uno de los medio malos; es verdad que hoy hay muy pocos pecadores en gran escala. Para eso hace falta algo más que revolcarse en el fango.

PEER GYNT.—Ya veo que te parece que no he sido bastante fuerte.

EL FUNDIDOR.—Amigo, tomaste demasiado cobardemente el pecado.

PEER GYNT.—Era como una mancha: al principio no se nota.

EL FUNDIDOR.—Estamos, pues, de acuerdo. No eres digno de la caldera de azufre; por tanto, serás fundido.

PEER GYNT.—¿Eso lo habréis pensado mientras yo andaba por el extranjero?

EL FUNDIDOR.—La costumbre es antiquísima. No todos los pecadores cubren gastos.

PEER GYNT.—¡Qué importa!

EL FUNDIDOR.—¡Oh, sabe que el maestro es económico! No tira nada que pueda aprovecharse todavía. Tú eras un botón blanco en el chaleco de la tierra; pero ahora serás fundido junto con los demás.

PEER GYNT.—¿Quieres fundirme con otros? ¿Quieres que corra confundido con la canalla?

EL FUNDIDOR.—Así lo he pensado y así lo hemos hecho. Fundimos las monedas sin que nos importe que haya reyes y príncipes en ellas.

PEER GYNT.—¡Pero esto es una vergüenza!… ¡Mira, querido, déjame libre! ¡Un botón, una moneda gastada!… ¿Qué va a hacer el maestro con esa miseria?

EL FUNDIDOR.—Valor siempre lo tienen; por lo menos el del metal.

PEER GYNT.—¡Pues yo digo que no y que no! Me defenderé con todos los medios; no quiero una expiación tan miserable. No, yo no puedo renunciar a mi *yo*. Castigadme si queréis; pero perder mi propia personalidad, nunca.

EL FUNDIDOR.—Pero, querido Peer, ¿por qué alterarse por una pequeñez semejante? Si no has sido nunca tú mismo, ¿qué te importa que te separen de tu ser?

PEER GYNT.—¡Que no he sido el mismo!… Me hacéis reír. Peer Gynt ha sido el mismo en todas las cosas; examina el corazón y los riñones de Peer Gynt, y no encontrarás otra cosa que Peer y Peer. Aquí se ve cómo también un demonio puede errar.

EL FUNDIDOR.—Esas son alusiones personales. Yo vengo mandado. La orden dice: «Peer Gynt se burló del destino de su vida. Su recompensa está en la caldera.»

PEER GYNT.—No es posible. Se tratará de otra persona. ¿Dice realmente Peer? ¿No dirá Rasmus o John?

EL FUNDIDOR.—A esos hace ya tiempo que los he fundido. Pero date a las buenas y déjate de farsas.

PEER GYNT.—Sí, sí, espera. ¡Qué bien estaría que mañana resultase que no era de mí de quien se trataba!… Conque ten cuidado y piensa en las consecuencias que puede tener.

EL FUNDIDOR.—Nada arriesgo; está perfectamente claro.

PEER GYNT.—Dame tiempo, y te probaré que he sido el mismo en todos los tiempos; sobre eso versaba la discusión.

EL FUNDIDOR.—Probar, ¿con qué?

PEER GYNT.—Con testigos y documentos.

EL FUNDIDOR.—¿Y si resultan insuficientes?

PEER GYNT.—¡Imposible! Pero eso es otra cuestión. No tendría inconveniente en dejarme en prenda; pronto estoy de vuelta… No se vive más que una vez, y el propio *yo* no lo reemplaza ningún monumento.

EL FUNDIDOR.—Pero no trates de burlarme. En la próxima encrucijada te encontraré.

(Peer Gynt vase corriendo.)

En otro lugar del bosque.

PEER GYNT.—*(Con gran apresuramiento.)* Me gustaría saber (el tiempo es oro) qué ocurrirá con eso de la encrucijada. La tierra quema como un hierro ardiente. ¡Un testigo, un testigo!… ¿Dónde podría encontrarlo pronto? En medio del bosque no me parece muy probable. Todo se vuelven complicaciones y traiciones cuando uno trata de probar un derecho tan claro.

(Un anciano encorvado, con un bastón en la mano y un saco a la espalda, camina lentamente delante de él.)

EL ANCIANO.—*(Parándose.)* ¡Hermano, tenga compasión de un pobre viejo impedido!

PEER GYNT.—Mi buen amigo, llegas en mala hora; no traigo ningún dinero conmigo.

EL ANCIANO.—¡Príncipe Peer!… ¡Qué alegría más grande!…

PEER GYNT.—¿Quién eres?

EL ANCIANO.—¿No te acuerdas del castillo de Ronde?

PEER GYNT.—¿Serás acaso…?

EL ANCIANO.—El viejo Dovre.

PEER GYNT.—¿El viejo Dovre?

EL VIEJO DOVRE.—Sí, vinieron mal las cosas…

PEER GYNT.—¿Te robaron?

EL VIEJO DOVRE.—Ya lo ves: tengo que andar mendigando hambriento como un lobo.

PEER GYNT.—¡Qué suerte la mía!… Testigos como este no encontraré muchos.

EL VIEJO DOVRE.—Pero el príncipe tampoco se ha hecho más joven.

PEER GYNT.—Los años le acaban a uno, querido suegro. Pero olvidemos todos los negocios privados, y ante todo la pelea y todas aquellas cosas… Yo era muy violento entonces.

EL VIEJO DOVRE.—Sí, el príncipe era muy joven. ¿Y qué no hará la juventud?… Pero fue prudente el príncipe al rechazar a la novia. Luego tuvo una conducta algo tonta; a poco se entendía con otro hombre, y es maestra en todos los ardides. Ya ve: ahora vive con Troh.

PEER GYNT.—¿Con cuál?

EL VIEJO DOVRE.—De Walfjeld.

PEER GYNT.—Esa es la venganza por haberle quitado yo la novia.

EL VIEJO DOVRE.—Pero mi nieto es robusto y alegre, y sus hijos están esparcidos por el país.

PEER GYNT.—Querido, hoy no me interesan esas historias. Estoy metido en un atolladero, y no saldré de él si no encuentro testigos y certificados. Si quieres servirme, amigo, el dinero no importa.

EL VIEJO DOVRE.—¡Oh, si yo puedo!…

PEER GYNT.—Escucha de qué se trata. Te acordarás del tiempo en que gané a tu hija.

EL VIEJO DOVRE.—¡Señor príncipe, para nosotros era un honor!

PEER GYNT.—Lo mejor será que te guardes lo de príncipe. En aquel tiempo estuvisteis crueles conmigo. Me hubieseis sacado de buena gana un ojo para convertirme en un *troll*. ¿Y qué hice yo? Me negué violentamente, juré seguir siendo hombre. Renuncié al amor, al poder y a los honores, para poder ser yo mismo plenamente. Y quiero que atestigües eso ante el Tribunal.

EL VIEJO DOVRE.—No puedo hacerlo.

PEER GYNT.—¡No digas insensateces!

EL VIEJO DOVRE.—¿Quiere usted obligarme a mentir?… Aceptó usted nuestra ley, bebió nuestra cerveza…

PEER GYNT.—Esas son argucias. Pero últimamente me resistí a vosotros, y en eso se conoce al hombre; el final es lo que importa.

EL VIEJO DOVRE.—Pero el final fue precisamente lo contrario.

PEER GYNT.—¡Absurdos!

EL VIEJO DOVRE.—Aceptaste un lema…

PEER GYNT.—¿Cuál?

EL VIEJO DOVRE.—El lema osado y fuerte…

PEER GYNT.—¿Qué lema?

EL VIEJO DOVRE.—El lema claro y orgulloso: «¡*Troll*, bástate a ti mismo!»

PEER GYNT.—*(Retrocediendo un paso.)* ¡Bástate a ti mismo!…

EL VIEJO DOVRE.—Tú has obrado conforme a esa máxima en todas las situaciones.

PEER GYNT.—¿Cómo es posible que yo…?

EL VIEJO DOVRE.—*(Llorando.)* ¡Así me agradeces lo que hice por ti! Has vivido como *troll*, pero lo has mantenido en secreto. Yo te lo enseñé. Ese lema te protegió adondequiera que fuiste. Y ahora vienes y reniegas de él y de mí… Eso lo pagarás.

PEER GYNT.—¡Bástate a ti mismo!… ¡Un egoísta!… ¡Todo eso no tiene sentido!

EL VIEJO DOVRE.—*(Sacando un paquete de periódicos viejos.)* ¿Crees que no tenemos Prensa? Pues mira: en el *Correo de la Montaña*, que tiene gran circulación, tres artículos sobre tus viajes, en los que se te alaba sobre medida. Y análogamente el *Eco de las Rocas*, que en ciertos círculos tiene gran aceptación. Sobre la cuestión de la nacionalidad de los *troll* de la montaña, afirma que no son decisivos ni cuernos ni cola. «El bástate a ti mismo es lo característico», termina, y te cita como ejemplo.

PEER GYNT.—¿Yo un *troll* de la montaña?

EL VIEJO DOVRE.—La cosa es clara.

PEER GYNT.—Entonces hubiera sido mejor que me hubiese quedado con vosotros. Estaría tranquilo y me hubiese ahorrado trabajos y algunos pares de botas. ¿Peer Gynt un *troll*? ¡Eso es absurdo! Toma una corona para comprarte tabaco.

EL VIEJO DOVRE.—Guárdatela, príncipe Peer.

PEER GYNT.—No estás bueno. Debes irte a un hospital.

EL VIEJO DOVRE.—Sí que lo haré; no me queda otro recurso. De mis nietos, ninguno pregunta por el viejo abuelo; creen que no existe; me consideran como un ser legendario.

PEER GYNT.—Querido amigo, eso les ha ocurrido a otros.

EL VIEJO DOVRE.—Luego nosotros no tenemos sociedades de socorros mutuos, ni nadie que nos cure gratis.

PEER GYNT.—¡Claro! ¡Bástate a ti mismo!…

EL VIEJO DOVRE.—Al señor príncipe no le agrada eso… Y si quisiera hablar en mi favor…

PEER GYNT.—Amigo, estás sobre una pista falsa; he vuelto hecho un mendigo.

EL VIEJO DOVRE.—¡Imposible! Un príncipe no puede ser un vagabundo.

PEER GYNT.—Mi oro y mi principado se han ido al fondo, y eso os lo debo a vosotros, malditos.

EL VIEJO DOVRE.—Entonces me voy a ver si llego mendigando a la ciudad.

PEER GYNT.—¿Qué vas a hacer allí?

EL VIEJO DOVRE.—Me dedicaré al teatro; ahora piden carácter nacional.

PEER GYNT.—¡Buen viaje! ¡Recuerdos! Si salgo de esta, te seguiré. Haré una comedia con esta historia, con el título de *Sic transit gloria mundi*. *(Sale corriendo. El viejo le sigue, llamándole.)*

Un cerro. Un sendero que se desliza culebreando. Un hombre flaco, con traje talar y con una red para coger mariposas, corre por los altos.

PEER GYNT.—¡Un clérigo con una red de mariposas! ¡La verdad es que siempre he sido un hombre de suerte! ¡Buenas noches, señor cura! ¡Cuidado con no caerse!

EL FLACO.—¿Qué no se hará por un alma?

PEER GYNT.—¿De modo que va un alma al Cielo?

EL FLACO.—No; el potro en que cabalga la llevará al infierno.

PEER GYNT.—¿Puedo acompañarle un rato, señor pastor?

EL FLACO.—Como mucho gusto; pero yo voy a buen paso.

PEER GYNT.—Tengo una cosa…

EL FLACO.—Venga con ella. Diga.

PEER GYNT.—Aquí tiene usted a un hombre honrado. No infringí nunca las leyes, no estuve nunca en la cárcel. Siempre he procurado afirmar el

pie. Sin embargo, algunas veces rocé…

EL FLACO.—Eso les pasa a los mejores.

PEER GYNT.—Pero siempre fueron pecadillos…

EL FLACO.—¿Nada más?

PEER GYNT.—Me aparté siempre de los pecadores en grande.

EL FLACO.—Entonces, amigo mío, va a enfriarse nuestra amistad. Yo no soy lo que usted cree. ¿Qué ve usted en mis dedos? ¿En este, por ejemplo?

PEER GYNT.—Unas uñas extraordinariamente desarrolladas.

EL FLACO.—Y mire usted aquí abajo, a mis pies…

PEER GYNT.—Se refiere usted a la pezuña… *(Señalando con el dedo.)*

EL FLACO.—Naturalmente.

PEER GYNT.—Hubiera creído que era usted un clérigo… De modo que tengo el honor… Bien; yo no soy hombre que se asuste. Si está abierta la puerta de la sala, no hay por qué atravesar la cocina. Si se visita al rey, se desprecia a los lacayos.

EL FLACO.—Parece que es usted hombre sin prejuicios. ¿En qué puedo servirle? Pero no pida usted poder o dinero; no puede usted figurarse lo difícil que es eso. El negocio es terriblemente flojo; las gentes, cada vez más grises; ínfima la oferta de almas; solo alguna que otra cae.

PEER GYNT.—¿De modo que se han mejorado?

EL FLACO.—No; al contrario, se han aguado únicamente; por eso la mayor parte van a la caldera.

PEER GYNT.—Sí, ya he oído hablar de eso; pero me gustaría saber más.

EL FLACO.—Hable sin ambages.

PEER GYNT.—Si no es demasiada inmodestia, quisiera…

EL FLACO.—Un puesto, claro está…

PEER GYNT.—Espero que no encontrará usted del todo injusta mi pretensión. Y puesto que los negocios marchan mal, bien puede usted cerrar un

ojo.

EL FLACO.—Pero querido…

PEER GYNT.—Con tal de que me dejen tranquilo, no exijo grandes cosas; pero sí pido un buen trato.

EL FLACO.—¿Una habitación caliente?

PEER GYNT.—No excesivamente caliente. Ante todo quiero licencia para escabullirme sin hacer ruido, para deslizarme, si es posible, entre los bienaventurados.

EL FLACO.—Lo siento mucho, amigo mío; pero no tiene usted idea de las muchas súplicas análogas que me envían las gentes cuando tienen que abandonar su terrenal morada.

PEER GYNT.—Es que si reflexiono sobre mi conducta, creo que tengo derecho a la entrada.

EL FLACO.—¡Pecadillos!…

PEER GYNT.—No soy tan simplemente malo. Después de todo… me dediqué a la trata de negros…

EL FLACO.—Otros muchos trataron con corazones y almas, y no consiguieron lo que usted quiere.

PEER GYNT.—Envié imágenes de Brahma a la China.

EL FLACO.—Hay muchos que hacen caricaturas de santos en sermones, arte y literatura, y, sin embargo, no pasan del umbral.

PEER GYNT.—Pero yo hice mucho más: en África hice de profeta.

EL FLACO.—¡En el extranjero!… ¡Bah! Por eso no tiene que temer. Esos pecados se funden en la caldera. Las pequeñeces que usted haya hecho de nada le sirven; tiene que apoyarse en cosas más grandes.

PEER GYNT.—Además, una vez, en un naufragio, nadaba yo, cuando llegó un bote; a mi lado nadaba el cocinero; luchamos desesperadamente…, y cayó. Creo que esto bastaría. Realmente le quité la vida.

EL FLACO.—Cada cual piensa primero en sí mismo. Sabido es que el que se ahoga se agarra a cualquier tabla. Con respeto sea dicho, todo eso no es más que humo. Y, para acabar, no querrá usted que para pecadillos como

los que usted tiene vayamos a gastar una gran cantidad de combustible, mucho más con los precios de ahora… Bueno, quiero hablarle francamente para que reconozca su error. ¡De qué sirve que el jabalí se debata, ciego con sus dientes!… Lo mejor es que se acostumbre usted al pensamiento de que tiene que ir a la caldera; es lo más cómodo. El recuerdo está bien; pero ya ve usted que no es muy agradable para el corazón y para la inteligencia. Usted no es ni ángel ni demonio; su vida no ofrece motivos de júbilo ni de desesperación; no hay nada que le fuerce a usted a reír ni a llorar. Toda su vida no es más que pequeñas faltas e incomodidades nimias.

PEER GYNT.—Es que nadie sabe cómo aprieta el zapato si él mismo no lo tiene puesto.

EL FLACO.—Perfectamente; pero tenga usted en cuenta que yo no puedo llevar botas. Y ya que pienso en botas, recuerdo que la noche se acerca y que tengo que buscar todavía un asado; el fuego arde y la caldera está dispuesta.

PEER GYNT.—¿Puedo saber con qué pecados se alimentó el hombre ese?

EL FLACO.—El buen loco fue siempre el mismo desde que salió del vientre de su madre.

PEER GYNT.—¿Y son de su negociado esa clase de gentes?

EL FLACO.—Según. La puerta está entreabierta siempre. Ahora se puede ser uno mismo de diversas maneras… Hace poco recibí cartas de París en que se me anuncia un descubrimiento. Se trata del efecto de los rayos del Sol sobre una placa. Se pueden obtener imágenes directas y otras llamadas negativas. En estas, luz y sombra están invertidas, y a los ojos vulgares parecen feas, pero la semejanza es perfecta. Ahora, si se hace una negativa de la vida de un alma, no se guarda la placa, sino que me la entregan a mí. Yo entonces la someto a un procedimiento, con el que se produce una transformación: evaporo, sumerjo, quemo y limpio hasta que uno luz y sombra, hasta que se destaca lo oculto, hasta que la imagen brilla con toda claridad. Pero el que, como usted, se haya hecho borroso, por más que se mezcle y se separe, no da más que una imagen borrosa.

PEER GYNT.—Acato su arte. De lejos se parece un águila, y de cerca resulta uno una gaviota. Pero quisiera saber quién es ese a quien queréis so-

meter ahora a tal operación.

EL FLACO.—Peer Gynt.

PEER GYNT.—¡Peer Gynt! ¿Realmente? ¿Es Peer Gynt el mismo?

EL FLACO.—Así lo asegura.

PEER GYNT.—Entonces puede creérsele; no le gusta mentir.

EL FLACO.—¿Le conoce usted?

PEER GYNT.—De lejos nada más. De vista…

EL FLACO.—Dispongo de poco tiempo. ¿Dónde estaba últimamente?

PEER GYNT.—Abajo, en el Cabo…

EL FLACO.—¿De Buena Esperanza?

PEER GYNT.—Disponiéndose a zarpar. Parecía tener prisa.

EL FLACO.—¡Encantado de la noticia! Voy a ensillar el mejor de mis caballos. El Cabo ha sido siempre una preocupación para mí. Hay allí unos misioneros alemanes… *(Se va hacia el sur.)*

PEER GYNT.—¡El majadero!… Allá va corriendo con la lengua fuera… Ya te conocemos. Eres un burro; con tu cara grave te das importancia y estás flaco como una tabla, como si de hambre te hubieras comido a ti mismo. ¡El muy mezquino quiere ahorrar la leña del infierno!… Verdad es que tampoco soy gran cosa desde que me han echado del gremio de los fieles a sí mismos. *(Cae una estrella. Peer la saluda con la mano.)* ¡Se te saluda, correo de la luz de las estrellas! ¡Las luces se apagan, se aniquilan! *(Le acomete el miedo, se adentra en la niebla, calla un rato y luego grita.)* ¿No hay nadie que me oiga? ¿Ni en el abismo, ni en el cielo, nadie? *(Sigue bajando, tira en tierra el sombrero y se mesa los cabellos. Poco a poco va calmándose.)* ¿Es posible? ¿Puede un alma ser tan espantosamente pobre en el horror de la muerte? ¡Tierra hermosa, no me odies porque haya hollado tu hierba verde! ¡Sol centelleante, tuviste que dilapidar en muros vacíos tu luz amorosa! No había nadie que pudiese calentarse con ella, porque el dueño no podía encontrar el camino a casa. ¡Luciente Sol, Tierra hermosa, en vano esperabais que alimentase a mi madre!… La Naturaleza derrocha sus dones; las aspiraciones no son nada; se paga el nacimiento con su vida… Quiero subir a la cima más alta de las montañas a ver salir otra vez el Sol, a con-

templar, hasta que me agote, la tierra prometida. Luego, que una lavina me sepulte. Mi epitafio: «Aquí yace alguien enterrado». Y luego…; ¡el luego no lo conoce nadie!

FIELES QUE VIENEN A LA IGLESIA.—*(Cantando por la senda del bosque.)* ¡Oh mañana magnífica en que las lenguas del reino de Dios caen como acero en llamas sobre la Tierra! ¡De la Tierra al Cielo cantan los hombres en el lenguaje llameante del reino de Dios!

PEER GYNT.—*(Estremecido.)* ¡No mirar nunca allí donde no sale el Sol! Yo estaba ya muerto mucho antes de mi muerte. *(Trata de escabullirse por entre los árboles y llega a la encrucijada.)*

EL FUNDIDOR.—¡Buenos días, Peer! ¿Dónde está el documento?

PEER GYNT.—¿Crees que no he buscado?

EL FUNDIDOR.—¿No encontraste ninguno?

PEER GYNT.—Solo encontré a un fotógrafo, que caminaba con mucha prisa.

EL FUNDIDOR.—El plazo termina.

PEER GYNT.—Sí, todo se acaba. Se huele la caldera. ¿Oyes ese murmullo?

EL FUNDIDOR.—Es el canto de la mañana.

PEER GYNT.—*(Apuntando con el dedo.)* ¿Ves ese resplandor?

EL FUNDIDOR.—Es que hay luz en la cabaña.

PEER GYNT.—¿Y eso que se escucha?

EL FUNDIDOR.—Es el canto de una mujer.

PEER GYNT.—Allí encontraré el registro de mis pecados.

EL FUNDIDOR.—*(Cogiéndole.)* ¡Busca tu casa! *(Han salido del bosque y están junto a la cabaña. Amanece.)*

PEER GYNT.—¿Que busque mi casa? Ahí está. ¡Vete! Aunque tu caldera fuese tan grande como un cajón, no cabrían en ella mis pecados.

EL FUNDIDOR.—Peer, en la tercera encrucijada te veré por última vez… ¡Allí habrá acabado todo! *(Vase.)*

PEER GYNT.—*(Acercándose a la cabaña.)* La ida está tan lejos como la vuelta; dentro es tan amplio como afuera. *(Se para.)* ¡Oh dolor profundo, infinito lamento!… ¡Correr el mundo entero para acabar arrastrándose moribundo hacia casa!… *(Da algunos pasos y se para.)* «¡Anda por el mundo!», dijo… *(Oye cantar en la cabaña.)* ¡No, esta vez entraré, aunque fuese en mi daño! *(Corre hacia la casa. Solveig, vestida para ir a la iglesia, aparece en la puerta, con un libro de rezos y un bastón en la mano. Se para y le mira amorosamente.)*

PEER GYNT.—*(Arrojándose al suelo delante de la puerta.)* ¡Aquí está un pecador! ¡Pronuncia la sentencia!

SOLVEIG.—¡Ahí está! ¡Dios mío!… ¡Volvió, al fin, a casa! *(Va a tientas hacia él.)*

PEER GYNT.—¡Di en alta voz el pecado que he cometido!

SOLVEIG.—¡Tú no cometiste ningún pecado, niño mío querido! *(Le encuentra.)*

EL FUNDIDOR.—El registro, Peer.

PEER GYNT.—¡Declara mis pecados!

SOLVEIG.—*(Sentándose a su lado.)* Has hecho de mi vida un hermoso canto… ¡Oh, gracias! ¡Gracias por haber venido, aunque haya durado tanto tiempo! ¡Oh, qué hermosura encontrarte al fin!

PEER GYNT.—¡Perdido!…

SOLVEIG.—Que sea otro el que pese tus acciones.

PEER GYNT.—¡Perdido!… ¡Si pudieras descifrar el enigma!

SOLVEIG.—¿Un enigma? Dilo.

PEER GYNT.—Sí, te lo voy a decir. ¿Sabes dónde estaba desde que nos vimos la última vez?

SOLVEIG.—¿Dónde estabas?

PEER GYNT.—Sí; con la marca sobre mi frente. Con la chispa divina en mi cerebro. ¿Puedes decirlo? ¿Puedes aclararlo? Si no, me hundiré en el más profundo de los abismos.

SOLVEIG.—*(Sonriendo.)* ¡Ah, el enigma es fácil!

PEER GYNT.—¡Bendita sea tu boca! ¿Sería posible que aún me quedara un consuelo? ¿Dónde estaba siendo yo mismo…, intacto, pleno…, rodeado de una aureola divina?

SOLVEIG.—Conmigo en fe, esperanza y amor.

PEER GYNT.—*(Retrocediendo estremecido.)* ¿Qué dices?… ¡Oh, calla! ¿Serías, pues, la madre del extraviado? ¡Di la verdad!

SOLVEIG.—Sí que lo soy, y a mi lado está el padre, que perdona al pecador.

PEER GYNT.—*(Su rostro se esclarece y grita.)* ¡Oh madre mía! ¿Me absuelves? ¡Escóndeme, escóndeme en tu regazo! *(Se aferra a ella y esconde su rostro. Pausa larga. Sale el Sol.)*

SOLVEIG.—*(Canta bajo.)* ¡Duerme, niño querido; yo te acunaré, yo te velaré! El niño reposaba en el regazo de la madre; jugaron juntos hasta que fue mayor. El niño descansó en el pecho de la madre su vida entera. ¡Oh, mi alegría! Descansó en el corazón, en el alma de la madre su vida entera, y ahora está cansado. ¡Duerme, niño mío querido; yo te acunaré, yo te velaré!

LA VOZ DEL FUNDIDOR.—*(Detrás de la casa.)* Volveremos a encontrarnos en la encrucijada, Peer. Ya veremos si… No digo más.

SOLVEIG.—*(Canta más alto. La claridad aumenta.)* ¡Te acunaré, te velaré! ¡Duerme y sueña, niño mío!

FIN

Nota sobre esta edición

Esta edición reproduce la traducción de José Ramón Pérez Bances publicada en *Dramas de Enrique Ibsen*, tomo V (Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando, 1926; Biblioteca Clásica, tomo CCLVI), a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

La traducción es en prosa. Las notas a pie de página son del traductor.

¡Gracias por leer este libro de
WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web